



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLARK CARRADOS
**LA DAMA DEL
ASPA ROJA**

LA DAMA DEL ASPA ROJA

CLARK CARRADOS

LA DAMA DEL ASPA ROJA

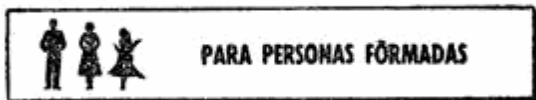
1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 16167 – 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 4713/61

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

662 — Ruta sin destino. 670 — Río Furias. 725 — La mina fantasma.

En Colección SERVICIO SECRETO:

587 — Radiación. 593 — Los muertos necesitan hielo. 597 — Yo, el juez.

En Colección BÚFALO:

364 — Un hombre malo. 382 — Círculo de odio. 396 — El tren de las 7,30.

En Colección CONGO:

6. — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

247 — El hombre de la cicatriz. 279 — El honor de un pistolero. 297 — El juez Damas.

En Colección CALIFORNIA:

224 — Rancho Panteón. 233 — El parador del Infierno. 240 — Doble rescate.

En Colección COLORADO:

83 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos!



CAPÍTULO PRIMERO

EL jefe de guardianes hizo girar el pomo de la puerta con la mano derecha y con la izquierda efectuó un gesto definitorio.

—Pase, Brendyck.

Al cruzar el umbral me quité el gorro. Avancé unos cuantos pasos y me detuve ante la pesada mesa de despacho, tras la cual se hallaba el alcaide de la penitenciaría examinando unos papeles.

Homer Dugson era un hombre fornido y cuadrado, con mandíbula de luchador, bajo cuyo aspecto nadie hubiera podido sospechar se hallaba el cerebro de un abogado y un graduado en Psicología. Quitóse las gafas y separó la vista del papel para clavarla en mi rostro.

Sus ojos azules eran sendos bloques de hielo despidiendo duros destellos en un rostro de granito. Agitó ligeramente el fajo de documentos qué tenía en la mano y dijo:

—Brendyck, tengo que darle una buena noticia. La Comisión Estatal de Libertad Bajo Palabra, ha acordado concederle una remisión condicional de su pena.

A pesar de que en los últimos años me había acostumbrado a reprimir mis más íntimos sentimientos, no pude evitar un estremecimiento.

Dugson lo notó.

—Le sorprende, ¿verdad?

—¿Por qué negarlo, señor? —contesté.

Entonces, el alcaide tuvo un gesto inesperado.

—Siéntese, Brendyck. Quiero hablarle y usted va a escucharme. Y por su propio bien, le diré que debe no solo aceptar, sino seguir al pie de la letra mis consejos.

Abrió una caja de habanos y la empujó hacia mí. Negué con la cabeza.

—Prefiero un cigarrillo —dije.

—A su gusto.

Dugson tomó un cigarro y mordió la punta, arrojándola con un resoplido a la escupidera que tenía a su izquierda. Durante unos momentos, ambos estuvimos muy ocupados con el humo de nuestros tabacos respectivos. Después, el alcaide continuó:

—Brendyck, le he estado observando atentamente durante los cuatro años que ha permanecido con nosotros y sé que ha acumulado en su ánimo el rencor suficiente para hacer volar un acorazado. Le sugiero descargue ese rencor en alguna cosa inofensiva, útil a ser posible. Pero no trate de ejecutar los propósitos que lleva entre ceja y ceja o volverá a verse metido de nuevo entre cuatro muros.

Agitó nuevamente los papeles.

—Remisión condicional de la pena quiere decir que esta subsiste aun cuando usted esté libre. Pero a la más mínima señal de delito, la policía lo traerá aquí y tendrá que cumplir íntegramente el resto de su condena, más lo que pudieran sumarle encima por ese delito, ¿me comprende?

—Sí, señor —contesté secamente.

—Ha sido usted víctima de un error. Quizá de una confabulación monstruosa. Esa es mi opinión personal, que me guardaré muy bien de hacer pública a nadie que no sea usted mismo. Para mí ha sido un penado más, un simple número... —miró la pechera de mi uniforme grisáceo—. El dos-cero-nueve-nueve-uno. Esto, en el aspecto digamos oficial de nuestras relaciones mutuas. En el otro aspecto, usted era (es) un médico que tuvo mala suerte.

—Es posible —murmuré.

—Posible, no, seguro. Usted llevaba una carrera magnífica y se encontró de repente con una patata caliente en las manos y estas se

le abrasaron. No supo o no pudo sacudirse a tiempo la patata de encima.

—Si no le importa —dije fríamente—, preferiría no hablar de lo que ya ha pasado, señor.

—Refiérase a lo que pasó antes de su entrada en la penitenciaría. «Yo» —el alcaide subrayó el pronombre— quiero hablarle de lo que ha hecho usted desde que se le endosó ese número.

El habano apuntó como el cañón de una pistola a mi pecho.

—Muy bien. Le escucho, señor.

—Cuando vino aquí, se le ofreció un puesto de acuerdo con sus posibilidades. Usted se negó rotundamente a ello. No podíamos obligarle, salvo en caso de necesidad extrema, y tenemos un buen médico. En lugar de ello, prefirió ir a la cantera.

—Era el sitio que me correspondía.

—¡Eso es falso, y usted lo sabe bien! Pudo haber sido ayudante de nuestro doctor. ¿Por qué no lo hizo?

—Estaba harto de la ciudad y deseaba pasar una temporada en el campo. Durmiendo bajo techado, por supuesto. Además, hacía tiempo que no realizaba ningún ejercicio físico...

—¡No siga! —explotó el alcaide—. No quiero oír más sus estúpidas majaderías. Está bien, olvidémoslo. Volvamos al principio. Guarde su rencor. Olvide lo que le ha sucedido. Emprenda una nueva vida. Usted es joven, hábil y fuerte. Puede rehacer por completo su existencia. Quienes le conocen bien, saben de su inocencia, pese a lo que las pruebas puedan aducir en su contra.

—¡Mi inocencia! —exclamé con amargura—. Nadie se presentó a testificar en mi favor. Todos aquellos a quienes yo conocía, huyeron como ratas.

—Eso no prueba nada, sino que la humanidad es cobarde, Brendyck. Ya le digo que debe olvidarlo todo, incluso lo que acabo de mencionar. Reorganice su vida. Váyase incluso de la ciudad. Pero —inclinó el torso hacia adelante, mirándome con ojos que llameaban—, no intente hacerse justicia con su mano. No lo intente —tronó— o le pesará por el resto de sus días.

Le contemplé con aire impasible.

—¿Y cómo sabe usted que es eso lo que pretendo hacer, alcaide?

—¿Olvida usted que tengo un grado en Sicología? ¿Olvida usted que, desde que se negó a trabajar en el hospital de la prisión, le he estado observando día a día, minuto a minuto? No ha cambiado con sus compañeros de reclusión más que las palabras imprescindibles, no se ha creado amistades, no ha escrito a nadie, ha roto todas las cartas que se le dirigieron, sin leerlas siquiera... Para un hombre como yo, más sicólogo casi por los años y el cargo que por el título, ¿qué cree que significa todo eso? Usted tiene dentro de sí una cantidad inmensa de rencor, que le hace odiar a toda la humanidad entera, de tal modo, que si pudiera atraparnos a todos con una sola mano, nos estrujaría como si fuéramos un simple racimo de uvas —Dugson tomó aliento y chupó nerviosamente el cigarro—. No es usted el único que se ha hallado en un caso similar, Brendyck. ¿Quiere que le diga qué les pasó a quienes pensaban igual que usted? —señaló con el índice hacia abajo—. Acabaron en el cementerio de la prisión, después de haber pasado por un cuarto donde hay un patíbulo. Y usted es un hombre que vale demasiado para terminar con el cuello roto a manos del ejecutor de la justicia.

Hojeó los papeles de nuevo.

—Su ficha médica es insuperable. A los veintitrés años había terminado la carrera con notas máximas. Entonces fue a Corea, donde permaneció tres años, obteniendo unas cuantas medallas por varias intervenciones sumamente arriesgadas, ejecutadas bajo un intenso fuego enemigo. Además, su habilidad y suma de conocimientos hicieron que salvase numerosas vidas que de otro modo se hubieran perdido. Al licenciarse, se estableció aquí y pronto, destacó notablemente en su especialidad, pese a su juventud, hasta el punto de no tener rival en ella. A los treinta años se abría ante usted un magnífico porvenir... que solo usted es capaz de reencontrar de nuevo.

Las palabras del alcaide me excitaron. Solo su presencia y el recuerdo del lugar donde me hallaba me impidieron prorrumpir en un furibundo estallido de cólera.

—¡Reencontrar mi porvenir! —barboté—. ¿Y de qué manera? ¿Cómo, quiere decírmelo?... Después de lo que me sucedió,

ninguna Asociación Médica de la nación querrá admitirme en su seno. Mi ficha penal irá siempre por delante en toda solicitud de colegiación... ¿Y qué cree que dirán, cuando sepan los motivos que me trajeron aquí? —levanté mis manos, enseñándole las palmas para que las viera bien—. Además, aun cuando consiguiera engañarles, ¿qué podría hacer con estas manos? Antes tenía en ellas sensibilidad suficiente para dividir con el bisturí un cabello en diez hilos y notar cada uno de ellos. Ahora... fíjese bien, parecen las pezuñas de un caballo. Callos y durezas por todas partes... ¿Qué cree que podría hacer con ellas? ¿Cómo podría sostener un bisturí con estos dedos que parecen los de un cargador de muelle?

Dugson soportó impávido la dura requisitoria.

Luego dijo:

—Eso es culpa suya, Brendyck. Cuando trabajaba en la cantera, cada vez que bajaba el mazo parecía que iba a romper la cabeza de un hombre a quien odiase infinitamente. Pudo, lo repito, haber estado en otro sitio mejor, pero prefirió ir a la cantera, a fin de demostrar el odio que sentía por todos nosotros. Cúlpese a usted mismo y no a los demás, Brendyck.

—Bien —dije secamente—. Si es eso todo cuanto tenía que decirme...

—Todo no, aún queda algo. Quiero que sepa una cosa. Su condena primitiva fue de once años, de los cuales solo ha cumplido cuatro casi justos. La Comisión de Libertad Bajo Palabra ha tenido en cuenta determinadas circunstancias relativas al delito que se le imputó, entre ellas, que no trató nunca de rehuir la acción policial y que, conociendo su reputación profesional, era muy extraño que se hubiera metido en un lío semejante.

—Las pruebas aparecían claras —mascullé.

—No basta, a veces, con las pruebas —respondió el alcaide—. Pero esto es agua pasada. Estamos hablando de usted y de su caso. La Comisión ha estimado, además, su buena conducta, buena conducta que, en un sentido estricto, se ha ceñido solamente a lo reglamentario. Pero para obtener la remisión condicional se necesita, por otra parte, que el penado ofrezca síntomas de arrepentimiento y de querer regenerarse, y en usted, desgraciadamente, no se ha dado esa circunstancia.

—¿Cómo quiere que me arrepienta de lo que no hice? —estallé

—. ¿Cómo quiere que me regenere si jamás he sido un delincuente?

—Usted sabe bien a lo que me refiero. En justicia, mi voto como alcaide y encargado de su observación directa, debiera haber sido negativo. No se puede soltar a un hombre en sus condiciones, Brendyck. Pero no olvido lo que hizo conmigo. Vivo gracias precisamente a usted. Y no me gusta ser desagradecido... y, además, tengo la vaga esperanza de que acabará portándose bien.

Masculló algo entre dientes. El cigarro se le había apagado. Yo hacía rato que había consumido el mío y encendí un segundo.

—Fue una extraña coyuntura que el médico de la penitenciaría se pusiera enfermo al mismo tiempo que yo. Si se había propuesto no tocar un instrumento quirúrgico mientras estuviera aquí, ¿por qué lo hizo?

Preferí mantener cerrada la boca.

—Yo se lo diré —continuó el alcaide—. Porque, a pesar de todo, hay en usted buenos sentimientos que no han muerto todavía, Brendyck. Usted no pudo resistir saber a un hombre en peligro de muerte, como estaba yo, y por eso acudió en mi auxilio. Eso demuestra concluyentemente que aún queda en usted un gesto de bondad. No lo malgaste, no lo arroje por la borda. Cuídelo y, si es posible, auméntelo. Deseche el odio y el rencor. Ni son buenos consejeros ni han dado nunca la felicidad. Pórtese bien, sea cualquiera el trabajo que realice. Brendyck —concluyó el alcaide—, tengo fe en usted; no me defraude.

Estas fueron las últimas palabras que crucé con Dugson. Después de aquello, ya solo me restaba permanecer dentro de la penitenciaría el tiempo indispensable.

Realizaron conmigo los mismos trámites que a la llegada, solo que en sentido totalmente inverso. Incluso me puse el mismo traje civil que vestía. La ropa me había quedado ligeramente holgada, pero si bien había perdido algunos —pocos— kilos de peso, había ganado en fortaleza. No se trabaja durante cuatro años seguidos en una cantera sin adquirir una constitución de Hércules. Nunca he sido un tipo flojo; mi profesión me exigía muchas horas de trabajo y las resistía perfectamente; pero una cosa es trabajar diez o doce horas como médico y otra es empuñar una maza para partir piedras en una cantera.

El proceso me había consumido una cantidad exorbitante de

dinero, tanto por los gastos de mis abogados como por la indemnización que hube de pagar a los familiares de la víctima. Sin embargo, aún me habían quedado unos miles de dólares en el banco, con los cuales, si seguía los consejos de Dugson, podía emprender una nueva vida.

Al trasponer la última puerta, el jefe de guardianes me alargó la mano.

—Celebro que se vaya, Brendyck. Procure no volver jamás por aquí.

Le contemplé con cierta simpatía que no expresé al exterior. Bien mirado, ¿qué culpa tenía él de lo que me había sucedido? Era un hombre duro y avezado a tratar con gentes de toda catadura, su profesión lo exigía. Pero, como tantos otros, se limitaba a ejecutar los dictados de la justicia. No era un motor, sino un instrumento. Posiblemente tenía en casa esposa e hijos que le esperarían todas las noches para cenar y que se sentirían felices viéndole presidir la mesa.

—Gracias, jefe —dije, estrechándole la mano.

Luego hice un giro hacia la izquierda y avancé hacia el taxi que había mandado pedir.

Penetré en el vehículo, sentándome en el asiento posterior. El chofer preguntó:

—¿A dónde le llevo... —y tras corta vacilación, agregó—: señor?

Dudé unos segundos. Al fin, dije:

—Hacia el centro. Ya le avisaré.

—Sí, señor.

El taxi arrancó y emprendimos la marcha hacia la ciudad, que distaba unos ocho kilómetros de la penitenciaría.

Rodamos en silencio durante unos momentos. Al acometer la curva que había al final de la pendiente, volví el rostro hacia atrás.

La inmensa mole del edificio destacaba contra el fondo púrpura del cielo. Estaba situada en lo alto de una roma colina, que dominaba ampliamente la llanura que se extendía en su torno, y en sus orígenes había sido un fuerte destinado a defender la frontera en los tiempos heroicos de la colonización y las guerras con los indios. Al hacerse la paz, se había construido el edificio y allí

estaba, enorme, vacío, amenazador, como un castillo siniestro del cual fueran a salir los vampiros todas las noches al dar las doce.

Fui a volver la vista, pero entonces me di cuenta de un detalle. Un coche negro nos seguía a prudente distancia.

Arrugué el ceño. Aquella tarde era yo el único que había sido puesto en libertad. Los abogados no solían ir a aquellas horas, si no se trataba de un caso urgente, y tampoco era el coche que utilizaba el médico. El relevo de los guardianes se efectuaba dos veces: a las diez de la noche y a las diez de la mañana. Hacían doce horas de un tirón y luego descansaban treinta y seis completas. Entonces sí había algún coche más en la explanada fronterá a la entrada. Pero ahora, a punto ya de anochecer...

Terminé diciéndome que no eran más que aprensiones mías. Saqué un cigarrillo y lo encendí, retrepándome en el asiento.

La ciudad me salió al encuentro con un estallido de luz, que me hizo parpadear en el primer momento, habituado a la iluminación monótona de la cárcel. Los anuncios en todos los colores asaltaron mis retinas, produciéndome un leve mareo, que se me pasó bien pronto.

Atravesamos varias calles y luego el chófer dobló para entrar en la avenida Cleveland, la arteria más importante de la ciudad. Entonces, el taxista volvió ligeramente el rostro para preguntarme:

—¿Dónde, señor?

Miré en torno mío.

—Aquí mismo —dije.

El coche frenó, acercándose al bordillo de la acera. Saqué un par de billetes del bolsillo, parte del dinero ganado en la cantera, y se los entregué al conductor.

—Guárdese la vuelta —dije, enderezándome.

—Gracias, señor.

Al mirar por casualidad por encima del techo del automóvil, vi el coche negro que rodaba lentamente por el asfalto. Su conductor parecía una estatua, pero en el asiento posterior divisé dos hombres que me miraban fijamente, aunque al hallarse sus rostros en la sombra, no pude captar los rasgos distintivos de sus facciones.

Uno de los individuos agitó la mano de pronto y el coche aceleró, perdiéndose rápidamente en la densa corriente del tráfico.

Entonces me quedé solo, en pie, en la acera, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirme por el momento.

Después de unos cortos momentos de vacilación, dije que me convenía tomar algún alimento. Lo hice así, y al concluir la comida, que me supo mejor que nunca, puesto que era la primera que hacía en libertad, salí nuevamente a la calle.

No tenía ganas de acostarme aún. Quería gozar de mi primer día de hombre libre, después de cuatro interminables años de encierro; poder disponer de mí mismo, gozar de la libertad de ir adonde quisiera, sin tener encima de mí constantemente la vigilante mirada de un guardián... Pero, lenta e inexorablemente, los recuerdos se apoderaron de mí y, sin saber cómo, encaminé mis pasos en determinaba dirección.

Doblé por la avenida Cleveland, enfilando la calle Pershing, mucho menos importante que la anterior. Al concluir la calle Pershing me hallé en una amplia avenida, la Valley Forge, en la cual las edificaciones estaban mucho más espaciadas y compuestas, casi exclusivamente, por casas de uno o dos pisos rodeadas de su correspondiente jardín.

Caminé lentamente por la acera. Había buena iluminación, pero no podía compararse con la de la avenida Cleveland u otras arterias de la ciudad. La avenida Valley Forge era tranquila, prácticamente un barrio residencial, y allí era donde yo, cuatro años antes...

De pronto, unas risas y unos gritos atrajeron mi atención, haciéndome olvidar lo que pensaba en aquellos momentos. Pasaba por delante de una cafetería de tranquilo aspecto normalmente, donde yo había desayunado en más de una ocasión. La «Golden Lance» no era precisamente el tipo de establecimiento que los jóvenes prefieren para atronar el espacio haciendo funcionar la «juke box» o jugarse hasta las pestañas en los billares automáticos.

Pero en aquel momento, parecía como si hubiese cierta clientela de aquella índole. Casi antes de que hubiera podido darme cuenta, tuve que echarme a un lado, para no ser arrollado por dos parejas que salían en torbellino, sin preocuparse mucho de los obstáculos que podían hallar en su camino.

Eran dos hombres y dos mujeres. La catadura de estas no animaba a pensar precisamente en las delicias del hogar y de la familia. En cuanto a ellos, no pude fijarme demasiado, porque en

aquel momento...

Estaba ya en la esquina del edificio y vi una mano enguantada en negro que salía por el otro lado, armada con un revólver. El cañón del arma brilló en la penumbra con amenazadores destellos, apuntando hacia la parte delantera del automóvil, cuyos ocupantes no se habían percatado hasta entonces de aquel siniestro detalle.

CAPÍTULO II

MI reacción fue instantánea. Salté hacia adelante y aferré la muñeca armada con la mano derecha, bajando el brazo hacia el suelo.

—¡No dispare! —exclamé.

—¡Suélteme! —jadeó una voz de indudables acentos femeninos, cosa que me dejó helado por un instante.

Ella trató de aprovechar la ocasión para desasirse de mi presa. Pero cuatro años en la cantera proporcionan una fuerza de hierro a los dedos, y así sus esfuerzos resultaron vanos. Pegué una leve sacudida y el arma cayó al suelo.

—No sea estúpida —dije—. ¿Quiere que la ahorquen por tener un rapto de celos por un hombre que seguramente no lo merece?

En aquel momento arrancaba el automóvil, cuyos ocupantes, enormemente divertidos con la algazara que formaban, no se habían dado cuenta siquiera de nuestra presencia. Al pasar frente a nosotros, un rayo de luz que salía por una de las ventanas de la cafetería dio de lleno en el rostro del conductor.

Todo mi cuerpo se puso rígido al reconocer al individuo. Por un momento lamenté no haber dejado disparar a la desconocida. Solamente lo había visto una vez, pero sus facciones no se borrarían jamás de mi memoria, aunque viviera mil años.

El auto arrancó velozmente, impidiendo cualquier reacción por mi parte. La avenida Valley Forge no es lugar donde abunden los taxis en busca de cliente y yo no tenía coche; de lo contrario, me hubiera lanzado en su persecución, olvidando por completo a la mujer que tenía al lado.

Pero si hay alguna cosa de la cual pueda sentirme orgulloso es de mi buena memoria, casi fotográfica, que me había permitido captar y retener el número de matrícula del vehículo, lo mismo que

había conservado hasta entonces la imagen del individuo que lo conducía. Repetí mentalmente el número para estar seguro de que no lo olvidaría, y luego me volví hacia la mujer.

Ella, con toda frialdad, dijo:

—¿Le importaría mucho dejar mi brazo?

Solté un respingo. Abstraído con lo que había visto, no me había dado cuenta de que aún tenía sujeta su muñeca. Abrí los dedos y ella se retiró un paso.

—Nunca debió impedirme hacer lo que quería —dijo.

Antes de contestar, la examiné a mi sabor. Era alta, de talle esbelto y curvas generosas, puestas de relieve por el ajustado vestido negro que llevaba. Y negros eran también los restantes complementos de su atavío, desde los zapatos y las medias hasta el bolso y los guantes.

Ver a una mujer enlutada totalmente no es espectáculo muy corriente, al menos a aquellas horas de la noche. Pero no fue esto lo que más me extrañó, sino el que llevara el rostro cubierto enteramente por un espeso velo negro, que no permitía divisar absolutamente sus facciones, excepto los ojos, negros, rasgados, que fulguraban en la penumbra como ojos de un gran felino. El velo estaba sujeto a una especie de bonete negro, redondo, casi aplastado, que dejaba ver parte de una cabellera tan oscura como la noche.

Me estremecí. De no haberla visto con un revólver a punto de ser disparado, aquella mujer hubiera podido muy bien pasar por la esposa de algún vampiro, tal era el aspecto que presentaba. Debía ser, indudablemente, muy hermosa, los ojos y las generosas rotundidades de su cuerpo así lo indicaban. Pero ¿qué significaba el velo? ¿Una máscara, acaso?

Todo esto pasó en cuestión de segundos. Después de observarla, me incliné y recogí el revólver. Era de cañón corto, pequeño, pero tan mortífero a corta distancia como la pistola de mayor calibre.

Lo sostuve en la mano con actitud dubitativa. Ella, por su parte, tampoco se decidía a tomarlo.

—La muerte no resuelve nunca nada, señora —dije.

Su pecho se agitaba rápidamente. Poco a poco, la respiración se normalizó.

Dijo:

—Quizá tenga que darle las gracias algún día por haberme impedido cometer un crimen, señor...

—Brendyck, Lark Brendyck —contesté, con el corazón en un puño, por si ella me reconocía. Mi caso había armado bastante ruido.

Pero si había oído mi nombre con anterioridad, no dio señales de extrañeza.

—Me llamo Concordia Shine —tomó el revólver con dos dedos y lo introdujo en el bolso. Su voz era extraordinariamente suave, aunque firme y bien modulada—. Debí haberme vuelto loca para intentar matar a ese tipo... Aunque, bien mirado, si usted conociese mi caso, quizá lo hallara justificado.

—Salvo la legítima defensa, no hay nada que exculpe una muerte, señora Shine.

—Señorita —me corrigió ella.

Calculé su edad entre los veinticinco y los veintiocho años, no podía ser más exacto a causa del velo que cubría su rostro.

—Gracias. Y ahora, ¿por qué no trata de tranquilizarse un poco, señorita Shine? Aquí al lado tenemos un bar donde nos servirán algo de...

—No —ella meneó la cabeza—. Gracias, no tengo costumbre de beber en público... Dispénsame, señor Brendyck.

—A su gusto. De todas formas, si no tiene inconveniente, podría acompañarla hasta su casa.

Ella dudó ligeramente. Al fin accedió.

—Bien —dijo solamente.

Echamos a andar. Nunca he sido un tenorio, en parte por convicciones propias y también porque no he tenido tiempo para devaneos. Pero aquella mujer, que se adivinaba debía ser muy hermosa, me intrigaba.

¿Por qué había querido matar al hombre a quien yo había buscado a toda costa durante tanto tiempo, sin poder hallarlo hasta la precisa noche de mi salida? De haber encontrado a aquel individuo a tiempo, mi proceso habría tenido seguramente un rumbo muy diferente, Pero, aun cuando ya no se pudiesen borrar los años de cárcel, si lo hallaba y conseguía hacerle confesar, tal

vez pudiera reanudar mi carrera, cosa que, por el momento, amaba más que a todas las cosas de este mundo.

Luego estaba la misteriosa Concordia Shine. ¿De qué conocía ella al individuo? ¿Por qué había querido matarle? Era una curiosa coincidencia que nos hubiésemos encontrado los dos, y más todavía, un hecho providencial, el que yo hubiera podido ver el revólver y detener su gesto a tiempo. Si el fulano hubiese muerto, ¿cuáles hubieran sido los resultados para mí? Fácil es suponerse.

Pero ahora, teniendo, al lado a Concordia y conociendo, además, la matrícula del coche, las perspectivas empezaban a aclararse un tanto. Mi porvenir, ese porvenir de que tanto me había hablado Dugson, podía rehacerse de nuevo.

Fuimos hasta su casa, situada en la calle Colony, no demasiado lejos de la avenida Valley Forge. Al llegar a cierta casa, Concordia se detuvo.

Quitóse el guante de la mano derecha y dejó ver una mano de incomparable blancura, rematada en cinco uñas apenas coloreadas. Bajo el espeso velo que cubría sus facciones, creí adivinar la sombra de una sonrisa.

—Gracias por lo que ha hecho por mí, señor Brendyck.

—Soy yo quien tiene que dárseles por haberme permitido acompañarla, señorita Shine —y después de breve vacilación, agregué—: ¿Podré tener el placer de verla otro día?

Ella dudó también.

—No, no lo haga.

Traté de ocultar la decepción que la negativa me había producido.

—Muy bien —murmuré, estrechando su mano. Ella se estremeció vivamente al sentir el contacto de la mía—. ¡Adiós!

—Adiós.

Giró rápidamente sobre sus talones y se metió en la casa. Acto seguido, prendí fuego a un cigarrillo y reanudé la marcha en sentido inverso.

Media hora más tarde, me hallaba delante de un edificio de moderno estilo, de dos pisos, rodeado de un jardín que aparecía notoriamente descuidado. La casa estaba cerrada y no se veía ninguna luz a través de las ventanas.

Permanecí largo rato en la entrada del jardín, con las manos en los bolsillos. No había nada de particular en aquella casa, pero debía serenarme. ¡Habían pasado tantas cosas en aquellos cuatro años!

Cuatro años antes yo era un hombre feliz, con una posición envidiable y con un porvenir no menos envidiable, una buena cuenta en el banco, un buen paquete de sólidas acciones en la caja fuerte del mismo... y una mujer que me quería y que iba a ser mi esposa en breve plazo. Y de repente, había bastado que la mano del Destino me hubiera golpeado con leve papirotazo para destruir todo mi presente y todo mi porvenir. Los dientes me dolieron de pronto y hube de aflojar la inconsciente tensión de mis mandíbulas.

Inspiré fuerte y crucé el jardín, llegando al porche. Miré al suelo, no quedaban ya manchas de sangre. Había llovido tanto... A la izquierda de la puerta, sin embargo, se veían aún los cuatro orificios, que habían servido para sujetar la placa de metal dorado en donde constaba mi nombre y mi especialidad quirúrgica. ¿A dónde habría ido a parar la placa?

Dudé unos momentos sobre si entrar o no. Pero, en fin, aquella era mi casa. Después del proceso, aún me había sobrado dinero suficiente para seguir pagando los impuestos y había conservado la propiedad. En último caso, aún tenía el recurso de venderla para obtener dinero, si algún día me veía en dificultades económicas.

Tenía las llaves en el bolsillo. Con ellas había ido a la cárcel y con ellas había sido puesto en libertad. Inserté en la cerradura la que correspondía a la puerta y penetré en el edificio.

Mi nariz fue asaltada inmediatamente por el típico olor de las casas que han permanecido largo tiempo cerradas. Di la luz del vestíbulo; aún seguían suministrando fluido.

Crucé el vestíbulo y pasé a una especie de amplia encrucijada de donde partía la escalera que conducía al piso superior y en la cual había varias puertas. Una de ellas era mi despacho y otra era la sala de consulta. La tercera pertenecía al quirófano, donde solía operar si el paciente lo pedía y era lo bastante afortunado como para, además de la intervención, permanecer en alguna de las habitaciones que yo tenía instaladas en el piso superior para el período postoperatorio.

La cuarta puerta daba a una especie de cuarto de estar y

comedor. Abrí la puerta y apenas lo había hecho, me quedé quieto en el umbral.

La luz estaba encendida.

CAPÍTULO III

FRENTE a la puerta había un hombre sentado en un sillón, mirándome con una amplia sonrisa retratada en su rostro. Otro estaba en pie a su lado, apoyado de tal manera en un aparador que hacía resaltar el bulto que tenía en el lado izquierdo de su chaqueta.

Permanecemos unos momentos mirándonos en silencio. Nunca los había visto, pero estaba seguro de que si habían ido a verme allí no era para nada bueno.

—Pase, doctor, pase —dijo el que estaba sentado, un tipo de ojos claros y pelo negro y engominado—. Nos ha hecho esperar usted bastante rato. Ya empezábamos a desconfiar de que viniera.

¿Eran aquellos tipos los que me habían seguido en el coche al salir de la penitenciaría?, me pregunté.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —dije, avanzando un par de pasos. Y en aquel momento, la puerta se volvió a mis espaldas.

Giré velozmente sobre mis talones, temiendo una asechanza. Pero no ocurrió nada, excepto que había habido un tipo oculto al otro lado de la puerta, que era el que la acababa de cerrar. Era un fulano de aspecto tan gigantesco como repelente, con la cara recubierta de un vello que parecía el de una bestia y con manos capaces de abollar una plancha de acero a puñetazos. El desagradable aspecto de su físico estaba aumentado por el párpado izquierdo, caído hasta el punto de hallarse casi cerrado, constituyendo lo que vulgarmente suele decirse párpado perezoso. Posiblemente tenía el cerebro de un mosquito, pero, en contraposición, su fuerza era la de un tanque pesado.

—No tema, doctor... —dijo el que había hablado en primer lugar—. Monk no le hará daño, a menos, específicamente, que usted trate de hacérselo.

Volví el rostro y me enfrenté con el individuo.

—¿Y bien? Desearía que se marchasen de mi casa cuanto antes. Digan pronto lo que tengan que decir.

El hombre del sillón se puso en pie y se acercó a mí, sin dejar su sonrisa insolente y retadora a un tiempo.

—Sabemos cuáles son sus propósitos, doctor. No nos gustan. Abandónelos, olvídelos... Tuvo mala suerte; a eso estamos expuestos cualquiera de los humanos. Es el destino de cada uno. Usted ha pasado cuatro años malos: procure olvidarlos a partir de ahora. Deje a un lado, para siempre, lo que sucedió... ¿De qué le serviría removerlo si no iba a conseguir recuperar ya esos cuatro años?

Traté de contener la ira que me producían aquellas palabras.

—Parece que están muy bien enterados de mis intenciones —contesté.

—Que yo sepa, no es cosa frecuente en usted, doctor. Pero a lo largo de los años, es inevitable soñar en voz alta por las noches. Y entonces uno deja escapar lo que quería mantener en secreto.

—Vaya —dije—. Eso significa que alguno de mis compañeros de celda se ha convertido en un maldito soplón.

—Según se mire —sonrió el individuo—. No fue con el cuento a las autoridades de la prisión, naturalmente; pero era amigo nuestro y se creyó en el deber de apercibirnos al salir de la cárcel.

—Le ajustaré las cuentas si lo encuentro algún día. ¿Qué más?

—Nada más —la voz del fulano era engañosamente suave—. Con eso ya tiene dicho todo. Aún es joven y puede empezar una vida nueva, doctor. Olvide sus propósitos, no le servirían de otra cosa que de fuente de disgustos... y quizá se llevase uno «definitivo»... —hizo una pausa—. De todas formas, nos hacemos cargo de que usted no lo ha pasado muy bien durante todo ese tiempo y que ha sufrido graves quebrantos económicos. Por tanto, hemos creído nuestro deber ofrecerle una pequeña compensación pecuniaria que alivie un tanto su precaria situación... y le ayude a salir de la ciudad para siempre.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un tono conminatorio que no admitía réplica. Al concluir, el individuo levantó la mano, agitándola brevemente, como si llamara al otro

tipo que se hallaba tras él.

El fulano se acercó. Metió mano en el lado derecho de su chaqueta y extrajo de ella un paquete envuelto en papel fuerte y sujeto con una goma. El paquete era rectangular y ofrecía todas las características de un fajo de billetes.

El hombre de pelo negro y ojos claros tomó el paquete y alargó la mano derecha hacia mí.

—Doctor, hay aquí trescientos billetes de a cien. Tómelos y váyase. Puede vender esta casa, le darán casi otro tanto. Es una pequeña fortuna que le permitirá rehacer su vida en cualquier otra parte. Pero no aquí, en esta ciudad.

La cólera se había ido acumulando en mi pecho, no durante aquellos minutos, sino a lo largo de cuatro años. El hecho de que aquellos individuos me ofrecieran treinta mil dólares por mi inacción provocó el estallido. No, no se puede tener encerrado a un inocente durante tanto tiempo y luego ofrecerle dinero para que se esté quieto o como compensación por los daños morales sufridos. Siete mil quinientos dólares por año, cuando yo había llegado a ganar casi diez veces esa cantidad.

Mi ira se concentró en el puño derecho, que se proyectó con terrorífica violencia hacia adelante, antes de que el fulano del pelo engominado pudiera adivinar mis intenciones. Su mandíbula crujió alarmantemente.

Abrió los brazos, soltando el paquete del dinero, y retrocedió hasta hallar un sillón, por encima del cual volteó aparatosamente, cayendo al otro lado. Entonces, el otro trató de echar mano a su pistola.

Me arrojé sobre él, aferrándome a su brazo. Quiso golpearme con el izquierdo, pero levanté el codo y su golpe resultó inofensivo. Alcé la rodilla y se la clavé en el bajo vientre.

El tipo emitió un agónico alarido. Se dobló sobre sí mismo y se derrumbó como una masa cuando mi puño explotó detrás de su oreja.

Acto seguido, me agaché al mismo tiempo que me echaba a un lado. El gesto no pudo ser más oportuno, porque una décima de segundo más tarde, una enorme mole pasaba por el lugar que había ocupado un instante antes. Al no encontrar el blanco que había esperado hallar, el gorila cayó en el suelo, haciendo retumbar el

piso.

Me incorporé ágilmente. El gorila, a pesar de su aparente pesadez, no era torpe. Vi que nunca podría dominarle con mi sola fuerza física, de modo que agarré una mesita baja que tenía al alcance de mi mano y se la estrellé en la cabeza antes de que hubiera tenido tiempo de protegérsela con los brazos. El mueble estalló en un millar de voladoras astillas y el gorila se desplomó sin sentido.

Entonces sonó una voz imperativa:

—¡Quieto, doctor! ¡No se mueva o le lleno el cráneo de plomo!

Volví la vista. El del pelo engominado, cuyos cabellos le pendían ahora en desorden a ambos lados de la cara, tenía en la mano una pistola descomunal, con la cual me apuntaba rectamente.

—Me hubiera gustado perforarle las tripas —dijo rabiosamente. La mandíbula tenía ya un feo color y empezaba a hinchársele—. Pero las órdenes que tengo son muy otras.

Avanzó hacia mí. Claramente se veía en sus ojos el ansia de matar que le poseía y que le había transformado, de un hombre correcto y bien educado, en una fiera ávida de sangre.

—Tomará los treinta mil y se irá de la ciudad o se quedará en ella, en un lugar desde el que no podrá hacer daño a nadie.

Tenía el fajo de billetes en la mano izquierda y me lo arrojó de repente al rostro. Desvié la cabeza instintivamente; esto era lo que él esperaba.

Al ladear la cabeza, su mano derecha se movió fulgurantemente. Sentí un vivísimo dolor tras la oreja y luego me derrumbé al suelo, completamente inconsciente.

Me desperté bastante más tarde, hallándome sobre el diván de la sala. La cabeza me dolía enormemente en el lugar donde había recibido el golpe y sentí unas violentas náuseas que solo merced a un poderoso esfuerzo de mi voluntad pude dominar.

Esperé un buen rato hasta que el dolor hubo cedido algo. Entonces me puse en pie y caminé hacia el cuarto de baño.

Me curé la herida, que había sangrado un poco, aplicándome en ella unas compresas de agua fría hasta que la inflamación hubo cedido un tanto. Luego ingerí un par de aspirinas, acto seguido de lo cual me dirigí a la cocina, en donde empecé a prepararme un

poco de café.

Mientras hacía todas estas cosas, mi mente estaba ocupada con lo que me había sucedido aquel día después de que saliera de la penitenciaría. Pensaba que todo se iba a desarrollar normalmente, pero en lugar de ello había tenido participación en dos aventuras a cuál más extraordinaria.

Hondamente pensativo tomé el café. Luego encendí un cigarrillo y, de repente, mi cuerpo se puso rígido.

Miré en torno mío. Todo aparecía inmaculadamente limpio, sin una mota de polvo, con los cristales perfectamente lacados y cada cosa en su sitio. Incluso la nevera, como pude comprobar segundos más tarde, estaba repleta de alimentos.

¿Quién había hecho todo aquello? ¿Quién había limpiado la casa? El interior aparecía como si me hubieran estado aguardando, como si supieran que yo hubiese de reanudar mi trabajo al día siguiente. Esto demostraba que alguien había estado allí, ejecutando todas aquellas operaciones de limpieza. Y mi abstracción había sido tal, que había estado haciéndome el café como si en lugar de faltar tantos años, hubiera vuelto después de un viaje de horas tan solo.

Sacudí la cabeza. No podía haber sido más que una persona, mi fiel enfermera Betty Mac Quaid, la única que había testificado a mi favor durante el proceso y que, paradójicamente, había estado ausente en los días en que se produjera el caso que tantas perturbaciones me había causado. Pero, claro, su testimonio poco había contado a mi favor, salvo que siempre había sido un buen médico y que estaba segura de que yo no podía haber cometido el delito que se me imputaba, al no haber tenido la menor intervención en el acto que me había llevado a picar piedra en la cantera. De todas formas, su fidelidad había sido, y era, muy de agradecer, y seguía demostrándolo, dejándome la casa en condiciones para mi salida de la cárcel.

Por primera vez en mucho tiempo, una débil sonrisa afloró a mis labios. Todavía había alguien que se acordaba de mí y para una cosa buena, además. Consulté el reloj; era bastante tarde ya para llamarla y agradecerle lo que había hecho.

Naturalmente, al subir al piso superior, me encontré el dormitorio en condiciones. En el armario había ropa limpia de

todas clases, así que después de desnudarme me puse un pijama limpio y me metí en la cama. Tenía muchas preocupaciones, pero me quedé dormido casi al instante.

Al día siguiente me desperté muy entrada ya la mañana. Con los ojos cerrados, permanecí un buen rato en el lecho, tratando de centrar mi atención. Ya no estaba sobre el duro jergón carcelario, sino en mi cama, en un blando colchón de espuma de goma y entre sábanas de hilo, con un pijama de seda sobre la piel. Aquello me parecía un sueño.

De pronto, unos nudillos sonaron con fuerza en la puerta, sobresaltándome.

—¡Buenos días, doctor! —gritó una voz chillona—. Es hora ya de levantarse. El desayuno estará dentro de diez minutos.

Y luego, el ruido de unos tacones que se alejaban rápidamente.

Me senté en la cama. «Simpática y buena Betty Mac Quaid», pensé, en tanto me levantaba.

Veinte minutos más tarde entraba en la cocina. Había allí una mujer que se volvió rápidamente al sentir mis pasos.

Era menuda y, físicamente, poca cosa, pero poseía mucho nervio y gran resistencia, además de una competencia excepcional. Betty tenía unos cuarenta o cuarenta y cinco años —nunca he conseguido saber su edad real— y sus cabellos griseaban ya, pero sus ojos tenían un fulgor especial que denotaba una voluntad firme e inquebrantable.

Nos miramos en silencio durante unos momentos. Luego, ella vino hacia mí.

—Doctor —dijo, y de pronto se echó a llorar, hipando convulsivamente.

La atraje hacia mí, palmeándole suavemente la espalda, sin decirle nada. Dejé que se desahogase a gusto, tremendamente conmovido por aquella prueba de fidelidad.

Betty paró de llorar al fin. Se separó, enjugándose los ojos con el pico del delantal que se había puesto para cocinar.

—Soy una tonta histérica —declaró—. Pero no he podido remediarlo, doctor. Bueno, siéntese a la mesa o se le enfriará el café.

—¿Y usted?

—Tomaré una taza; ya desayuné antes.

—Bien.

Me senté y empecé a devorar el desayuno. Francamente, tenía apetito.

Mientras comía, Betty preguntó:

—Doctor, ¿qué es lo que piensa hacer? Ya sabe que si abre de nuevo su consulta, dejaré mi actual empleo y me vendré con usted.

—Gracias, Betty, pero no creo que por ahora pueda trabajar en lo mío. La Asociación Médica no me admitiría nuevamente en sus filas.

—Eso es cierto —murmuró Betty, meditabunda—. Pero ¿no hay posibilidad alguna de revisar su caso?

Sacudí la cabeza.

—No lo creo. Además, se necesitaría para ello que el fiscal y los policías que me detuvieron y levantaron el atestado, admitieran su error. Que no lo es tanto, si se mira desde su punto de vista. No —suspiré—, mucho me temo que habré de buscarme otro empleo.

Betty puso cara de horror.

—¡Otro empleo! ¡Eso suena a blasfemia, doctor!... ¡Con esas manos de ángel que Dios le ha dado!

—Lo siento, Betty, pero la realidad es así y hemos de tomarla tal como viene. No podemos hacer nada por eludir sus consecuencias.

—Pero, ¡yo estoy segura de que usted no fue, doctor! ¡Jamás se le ocurriría a usted cometer un acto tan vil!

—Gracias, Betty. Créame que sus palabras reconfortan. Sin embargo, por ahora me es imposible hacer nada en ese sentido.

Naturalmente, y aunque tenía una gran confianza en ella, no quería ponerla al corriente de mis propósitos. Ni me convenía a mí ni, posiblemente, tampoco le convenía a ella.

El semblante de Betty se consternó.

—¡Y yo que me había hecho la ilusión de trabajar de nuevo para usted! —dijo, casi llorando.

—Tendrá que abandonar la idea. ¿Dónde trabaja ahora, Betty? —pregunté, tratando de desviar la cuestión.

—En el «Pine Ridge Hospital». Es un buen empleo y el sueldo es decente, pero no se puede comparar con el que tenía con usted, doctor.

—Gracias. Oiga, ¿no la estarán echando en falta?

—Hoy es mi día libre. Bueno, en realidad, empecé ayer a mediodía y terminaré a las doce. Todavía me quedan un par de horas de libertad.

—Y en lugar de ir por ahí a divertirse, vino a limpiar la casa.

—Sabía que volvería a ella y quería que la tuviera en condiciones, doctor. Todavía conservaba la llave que usted me dio. La tengo en el bolsillo, se la devolveré ahora.

—Déjelo. Guárdela y venga por aquí siempre que le parezca bien.

—Es usted muy bueno, doctor. No se merecía la que le pasó —hipó Betty, poniéndose tierna de nuevo.

—Bueno, bueno, basta ya. Olvide lo pasado. A fin de cuentas, ya he salido de la cárcel, ¿no?

Acabé de desayunar y subí a mi dormitorio. Miré especulativamente el fajo de billetes que los pandilleros me habían dejado la noche anterior a pesar de todo y que había subido arriba casi inconscientemente. Después de meditar unos momentos lo que me convenía hacer, acabé por guardarlos en el bolsillo de un traje que no utilizaría por el momento, hecho lo cual me dirigí hacia la salida.

Betty se despidió de mí.

—Volveré a verle algún día, doctor —dijo.

—Cuando quiera —respondí, estrechando su mano.

Ella sacudió la cabeza y se alejó con paso menudo y rápido.

Y entonces yo me dispuse a hacer algunas cosas que había ideado mientras tanto.

CAPÍTULO IV

TOQUÉ el pulsador del timbre y esperé. Unos pasos se oyeron al otro lado de la puerta. Advertí que escrutaban mi rostro a través del visor, pero fingí no advertirlo.

Los pasos se alejaron para volver segundos después. Entonces se abrió la puerta.

Los negros ojos de Concordia Shine me miraron fijamente por encima del borde del espeso velo que cubría sus facciones.

—¿Qué es lo que desea, señor Brendyck? —preguntó secamente.

—Me gustaría hablar con usted unos momentos, señorita —respondí.

Ella vaciló unos instantes, pero acabó por echarse a un lado.

—Pase —dijo, sin abandonar su tono arisco.

Me quité el sombrero y crucé el umbral. Aprecié de una ojeada el interior del apartamento, notando que era relativamente modesto, pero decorado con gusto y muy limpio. Ella me indicó un diván, y luego trajo una botella y una copa.

—¿No bebe usted? —pregunté, al advertir el detalle.

—No —contestó.

Sirvió el licor y luego se sentó en una silla frente a mí, rígida, erecta, con las manos apoyadas en las rodillas. No vestía de luto, pero sí un severo traje gris que no por ello ocultaba la suprema esbeltez de sus formas.

—¿Y bien? —dijo Concordia, al cabo de unos momentos.

—Ayer, como recordará, la salvé de cometer un grave delito. Lo que no la dije entonces es que yo también conozco al individuo a quien pretendía asesinar. No es que me importe mucho que muera un canalla como aquel... pero estoy vivamente interesado en conocer cuantos detalles pueda usted facilitarme acerca de dicho

individuo.

Ella pareció sorprenderse de mis palabras.

—¿De qué le conoce usted, señor Brendyck? —preguntó.

—Dispense que me abstenga de contestar —repuse—. Por ahora prefiero no hablar demasiado sobre el asunto.

—¿También usted quiere matarle? —dijo ella, no sin ironía.

—Es posible que lo haga un día, aunque una rata de esa calaña no merece que un hombre se estropee miserablemente por retorcerle el cuello. Pero lo que más me interesa en estos momentos es hablar con él.

—Y por eso detuvo mi gesto anoche —arguyó ella.

—No. Solo había visto el brazo en el momento en que usted iba a disparar. Pero si lo hubiera sabido, también lo habría hecho. Personalmente, me importa un bledo que lo mate usted o no; ahora bien, lo que no quiero es que eso suceda antes de haber conversado con él.

—Debe ser muy interesante el tema a tratar entre ambos, señor Brendyck.

—Lo es —repliqué cortantemente—. Para mí, casi tanto como si se tratara de mi propia vida. Bien, ¿qué me contesta? —inquirí, viendo que ella se mostraba remisa en la contestación.

—Es un hombre muy peligroso —dijo al cabo.

—¿En qué sentido?

—La vida humana, para él, no tiene valor alguno.

—Con eso no me dice nada nuevo, señorita Shine. ¿Qué más?

—Ordinariamente, siempre lleva uno o dos tipos a su alrededor, que le guardan celosamente las espaldas. Aparte de eso, él mismo maneja muy bien la pistola.

Sonreí conmisericordiamente. Miré en torno mío, buscando algo, hasta que lo encontré. Era una estatua del famoso discóbolo, realizada en bronce, pero de un estilo moderno, casi surrealista. Medía alrededor de medio metro de altura y el grueso, en su parte más ancha, era de unos seis o siete centímetros.

Me puse en pie y tomé la estatua con ambas manos. Miré a Concordia con aire sarcástico.

—Tampoco yo soy hombre al que se pueda desdeñar, señorita Shine —dije, y empecé a doblar la estatua, hasta convertirla en un

arco.

Concordia se quedó sin aliento al ver mi exhibición de fuerza. Su pecho sufrió un rápido movimiento de vaivén.

—¡Dios mío! —murmuró, atónita.

Dejé los «restos» de la estatua en el lugar que habían ocupado hasta entonces. Luego dije:

—¿Bien?

—De acuerdo. Se lo diré. Pero tenga cuidado. Es un hombre muy...

—Tipos cien veces peores que él los he visto a docenas en estos años. No me asusta ese individuo ni aunque tenga un batallón entero de marines como escolta. Dígame su nombre y domicilio... y así me ahorraré una indiscreta investigación en el registro de patentes de automóvil.

—Se llama Dirk Realson y... no sé su domicilio exacto, pero suele acudir con mucha frecuencia al «Silver Eagle».

—Parece que está usted muy al corriente de sus costumbres —manifesté.

Ella se puso rígida.

—En tiempos lo estaba —contestó con acento envarado—. ¿No desea nada más de mí?

Comprendí que me despedía, pero yo empezaba a sentirme curioso.

—¿Por qué tiene tanto odio por ese Realson? —inquirí.

—Eso es cuenta mía, y no tengo ganas de más explicaciones, señor Brendyck.

—¿Tiene algo que ver con el velo que lleva puesto?

Concordia se puso en pie súbitamente. Su mano señaló hacia la puerta, en tanto que el seno le temblaba espasmódicamente.

—¡Salga de aquí en el acto! —dijo con voz tajante, de tal manera, que no pude por menos que quedarme confundido.

—Dispénsese si la he molestado, señorita Shine... —murmuré con acento contrito—. Nunca supuse que mis preguntas pudieran irritarla tanto.

Ella no contestó, en vista de lo cual tomé mi sombrero y me dirigí hacia la puerta.

Una vez allí me volví.

—Repito que...

—¡Váyase! —fue la seca respuesta que me impidió continuar mis frases de excusa.

—Sí, señorita Shine. Adiós —dije, abriendo la puerta de salida.

Una vez en la calle, encendí un cigarrillo. Permanecí unos momentos en el centro de la calzada, sumamente irresoluto, y luego me decidí por tomar una taza de café en el primer bar que me salió al paso.

Estuve allí unos minutos, sintiéndome bastante fastidiado. Tenía que ver al tal Realson, cosa que no es que me diera miedo, pero tampoco me hacía mucha gracia. Jamás en mi vida había tenido trato alguno con gente de tal calaña y no sabía cómo empezar para llegar hasta él. Nunca me había mezclado con individuos de ese género; antes al contrario, mi existencia, debido precisamente a la especialidad médica que yo profesaba, se componía casi exclusivamente de gente adinerada y de elevada posición social.

El que hubiera pasado cuatro años en la cárcel en compañía de los peores forajidos, no significaba nada; apenas si había tenido trato con ellos, excepto para las necesidades más perentorias e ineludibles de una vida de reclusión en común.

De pronto, alguien pronunció mi nombre con viveza:

—¡Doctor Brendyck! ¿Es usted o es su espectro?

Me volví hacia el lugar donde había sonado la voz. Un hombre, de aspecto no muy floreciente, con barba de dos o tres días, más joven que yo, avanzaba hacia mí con la mano extendida, sonriendo anchamente, muy satisfecho, al parecer, de verme allí.

—¡Mike Glengan! —exclamé, sonriendo. Nos estrechamos las manos con fuerza—. ¿Qué tal, muchacho?

Glengan torció el gesto.

—Mal, doctor, para qué andarnos con rodeos —su mirada se posó en el escaparate repleto de tartas y pasteles—. He tenido mala suerte últimamente, la verdad.

—Siéntate y pide lo que quieras, Mike —le ofrecí—. No podría dejar en la estacada a un viejo camarada de los buenos tiempos de Corea.

Glengan aceptó la invitación sin hacérsela repetir. Pidió un enorme trozo de tarta y un café doble, y luego se volvió hacia mí.

—Doc, le he recordado muchas veces, aunque usted no lo crea. Usted se portó muy bien conmigo en Kwi-Sang y gracias a ello puedo pedirle esta limosna.

—No se dice limosna, sino ayuda, Mike —le corregí—. Lo mismo harías tú por mí en caso contrario; ¿no es eso?

—Sí —contestó, embutiendo un enorme trozo de pastel. Masticó apresuradamente unos instantes y luego se limpió con el dorso de la mano—. Leí lo que le había sucedido, doctor. Aquello fue una cochinada.

—Vaya —resoplé—. Eres el primero que habla a mi favor desde hace cuatro años, Mike. Gracias por todo.

—No me las dé —dijo, sorbiendo ruidosamente el café—. Mire, doctor, yo seré un granuja, un tío tirado, todo lo que usted quiera, pero sé distinguir lo bueno de lo malo, y usted es de lo mejorcito. ¿Para qué diablos iba a cometer usted aquella porquería, ganando, como ganaba, el dinero a espuestas? Lo digo yo, Michael Patrick Dunbar Glengan, y lo juro por la gloria del Santo Patrón de Irlanda: alguien se la jugó de a puño. Y me gustaría atrapar al bastardo hijo de perra que le hizo aquella faena...

—Para el motor, Mike —dije, sonriendo. Era reconfortante, después de todo, encontrarse con alguien que le defendía a uno tan ahincadamente—. Ahora hágame de ti y cuéntame cómo te han ido las cosas.

—Mal, ¿no lo ve? —se señaló las ropas usadas y raídas—. No encontré trabajo fijo después de volver de Corea y desde entonces he ido de tumbo en tumbo, haciendo alguna chapuza aquí y allá. He estado un par de veces en la cárcel, acusado de vagancia y otras cosas, pero créame, doctor, nunca he cometido nada grave.

—Eso no tiene importancia, Mike —dije—. En cuanto a mí, me gustaría proporcionarte algún trabajo. Pero ya sabes que no puedo ejercer.

—Era sanitario de primera en Corea, recuérdelo. Con usted, doctor.

—Lo sé —de pronto me acordé de Betty—. Tengo una conocida en el «Pine Ridge Hospital». Hablaré con ella a ver qué podemos hacer.

El rostro de Glengan expresó una viva satisfacción.

—Gracias, doctor —dijo—. Nunca olvidaré esto que hace por mí. Vale casi más que cuando me cosió las tripas mientras los «Mig» nos sacudían estopa a gusto.

—Tú no te enteraste de ello, Mike —sonreí.

—Pero me lo contaron todo. Y sé que usted me operó como si estuviese en el mejor de los quirófanos.

—Bueno, dejémoslo aparte. Ahora hablemos de otra cosa. Tengo que pedirte un favor.

—Lo que usted quiera, doctor. Diga una sola palabra y le rajaré el estómago al Presidente. ¿De qué se trata?

Mientras charlábamos, se me había ocurrido una idea. Mike decía haber hecho el vagabundo durante mucho tiempo. Seguramente tenía que conocer a bastante gente y, con grandes probabilidades, su ayuda podría serme muy valiosa.

—Escucha, Mike —dije al cabo—. ¿Tú conoces a un tipo llamado Dirk Realson?

El rostro del exsanitario se ensombreció.

—Sí. Es un jefecillo de «gang», un tipo presumido y pagado de su belleza. Le llaman Apolo, y aunque finge irritarse cuando se lo dicen, en el fondo le gusta. Un mal bicho, indiscutiblemente. ¿Qué le pasa a usted con esa hiena amante de la brillantina?

—Deseo verle y hablar con él, simplemente. Tengo informes de que suele acudir al «Silver Eagle», pero eso es todo lo que sé de él, Mike.

—Sí, va mucho por donde usted ha dicho. También acude a otros lugares semejantes, pero ese que ha nombrado es el de su predilección. Cualquiera diría que tiene allí su cuartel general.

—Bien, yo quiero ir a verle. ¿Te gustaría acompañarme?

Mike entrecerró los ojos.

—¿Una especie de guardaespaldas suyo, doctor? —murmuró.

—Digamos mejor introductor de embajadores. Queda más fino, ¿no crees?

Glengan se encogió de hombros.

—Bueno, a su gusto. ¿Qué hora tiene, doctor?

Consulté el reloj.

—Las doce y media, Mike.

—Demasiado pronto. Hasta las siete de la tarde, en este tiempo,

que es cuando oscurece, no suele acudir al «Silver Eagle».

Medité unos instantes.

—Bien. Entonces, esperaremos a que den las siete. Mientras tanto, acompáñame. ¿Te has quedado satisfecho?

Glengan liquidó el café y sonrió ampliamente.

—El estómago ya tiene su provisión de combustible. ¿Vamos, doctor?

Aboné la cuenta y salimos del bar. De allí nos encaminamos a una sastrería, en donde hice que vistieran a Mike de pies a cabeza. Luego fuimos a un solar donde vendían autos usados y elegí un «Chrysler» todavía en magnífico estado. Al terminar, mi cuenta bancaria había sufrido una regular disminución, pero ello no me preocupaba por el momento.

Tenía que hacer una visita que estimaba bastante importante, pero la dejé por el momento. Quería hacerla con tiempo, cuando el que emplease en dicha visita pudiera dedicarlo íntegramente a la misma, sin preocupaciones de ninguna clase. De modo que, para esperar a que dieran las siete, Mike y yo nos metimos en un cine, en donde pasamos un rato bastante entretenido con las aventuras de Marilyn Monroe e Ives Montand. Cuando salimos eran ya las seis y media, de modo que nos metimos en el coche y rodamos a velocidad normal hacia la calle Pioneers, donde estaba situado el local en que solía refugiarse Realson.

Anohecía ya. La calle Pioneers no es muy grande ni muy céntrica, y sus casas proceden, en su inmensa mayoría, de la década de los veinte, de modo que ya resultan anticuadas y poco agradables de ver. Los alquileres son bajos y, como consecuencia, los dueños no se preocupan del aspecto externo de los edificios. El resto es fácil de imaginar, sin gran esfuerzo.

Detuve el coche frente al bar y cruzamos la calle, entrando en el «Silver Eagle», cuyo piso estaba a un nivel inferior, casi dos metros. Todavía no se había espesado la atmósfera, pero era evidente que a las diez de la noche, entre la deliberadamente escasa iluminación del local y el humo de la poco decente concurrencia, no se vería allí a dos pasos.

Glengan y yo nos sentamos en un semirreservado y para servirnos acudió una camarera de busto globular y protuberantes caderas, que movía con exagerado contoneo. Tenía los ojos

espesamente cargados de «rimmel» y en los labios llevaba una capa de cinco milímetros al menos de carmín. Pero en sus patas de gallo podrían haberse sembrado patatas, tan hondos eran los surcos.

—Dos whiskies —pedí, mientras la fulana sonreía profesionalmente.

Glengan la guiñó el ojo, a lo cual la otra correspondió en forma similar.

—Moderación, Mike —dije, tratando de desviar sus miradas de las salientes curvas del final de la espalda de la camarera—. Recuerda que no hemos venido a divertirnos.

—Qué lástima —suspiró el muchacho.

El whisky era de la misma calidad de la camarera, de modo que me limité a mojarme los labios y hube de quitar el mal gusto de aquel brebaje, apto para fabricar un «Molotov cocktail» sin más añadiduras, con un cigarrillo. Esperamos cosa de veinte minutos, al cabo de los cuales se hizo un silencio prolongado en el salón.

Antes de verlo entrar, ya sabía que Dirk Realson acababa de hacer su aparición en escena.

CAPÍTULO V

—AHÍ está —susurró Glengan.

Avanzaba con paso de conquistador. Solo le faltaba una alfombra hecha con los cráneos de sus enemigos derrotados, como cuentan que hacía Genghis Kan. Pero su aspecto, salvo la indumentaria, a la última moda, era el mismo que el que se supone ofrecía el fabuloso mogul cuando hacía su entrada triunfal en alguna de las numerosas ciudades por él conquistadas.

Era un buen mozo y ello explicaba sin duda el despecho que se notaba en la voz de Concordia Shine al hablar de él. Alto, buen mozo, de cabello negro y ensortijado, aunque sin exceso, pero muy bien cuidado, aunque con el defecto, que ya Mike había anunciado, de un derroche de brillantina. Su sonrisa era de insolente superioridad y, al mismo tiempo, de condescendencia, como si todos cuantos estaban allí le debieran la vida.

Su séquito, sin embargo, era menor que el de Genghis Kan; solo se componía de dos hombres. Uno de ellos era una montaña de carne, con una cabeza no mucho mayor que una patata; una máquina de pegar, en suma.

De haber sido menos voluminoso, posiblemente los tipos de Cabo Cañaveral lo hubieran elegido para meterlo en uno de sus trastos espaciales; no creo que su inteligencia superase a la de los chimpancés que usen esos chiflados de la astronáutica.

El otro guardaespaldas era un tipo corriente, pero de mirada dura y viva, tan viva, seguramente, como lo debía ser su mano cuando de usar la pistola se trataba. El bulto de la misma se advertía claramente, pese a la excelente hechura de su traje, cortado especialmente para llevar un arma bajo la axila izquierda.

Apolo Realson pasó repartiendo sonrisas a diestro y siniestro. Algunas de las individuos que había allí se le acercaron, tratando

de obtener sus favores, pero él se limitó a rechazarlas tras algunos besos y pellizcos, que provocaron estridentes risitas de placer.

Glengan y yo dejamos que el fulano y sus compinches se acomodaran en una mesa. La misma camarera que nos había servido a nosotros, les puso a ellos una botella, y como era de «White Horse», me indigné.

Esperamos unos momentos. Realson estaba allí que parecía uno de los reyes de la antigüedad cuando distribuían justicia bajo una encina a sus súbditos. Algunos de los concurrentes, de ambos sexos, se acercaron a su mesa y hablaron con él brevemente, siendo despachados a los pocos instantes, después de escuchar sus quejas o lo que fueran. Luego, la afluencia de solicitantes se espació.

Entonces fue cuando creí llegado el momento de actuar. Miré a Glengan significativamente y este asintió.

—Quédate aquí —dije—. No te muevas si yo no te lo pido.

—«O.K.», doctor. Pero tenga mucho cuidado.

—Sí —dije, y me puse en pie.

Realson y los suyos estaban tan ocupados con su charla, que no se dieron cuenta de que me había acercado a ellos hasta que me vieron en pie junto a la mesa.

Los tres me miraron simultáneamente, con una mezcla de curiosidad e indignación. «¿Cómo era posible que un desconocido se aproximase a ellos sin haber sido previamente presentado?», debían preguntarse.

—Deseo hablar con usted, Realson —dije sin más preámbulos.

El bello pandillero me miró fríamente.

—¿De qué? —preguntó sin más, sin molestarse siquiera en averiguar mi nombre.

—Le voy a citar un nombre y una fecha: Polly Conniston y el día veinticinco de marzo de mil novecientos cincuenta y siete. ¿Le recuerdan alguna cosa esos datos, Realson?

Era admirable la sangre fría de aquel tipo. Dijo:

—No.

—Y el nombre de Lark Brendyck, doctor en medicina y cirujano, ¿tampoco le dice nada?

—No —repitió Realson, impasible. ¿Mentía?

—Tiene usted muy poca memoria y yo menos paciencia. ¿Le

gustaría que le recetara algo para curarle esa amnesia parcial?

—Ah, ¿es usted el doctor Brendyck, entonces?

—El mismo. Veo que va recordando, Realson.

Los dos tipos permanecían quietos. Sus ojos iban de Realson a mí y viceversa, y si no actuaban era porque sin duda esperaban órdenes de su jefe. Pero se les notaba una actitud de panteras atrailladas que no acababa de gustarme del todo. Solo esperaban que les soltasen la cadena para arrojarle sobre mí.

—Pues no, no recuerdo nada, doctor. Simplemente, usted ha dicho ser ese doctor Brendyck y yo he tratado de confirmarlo; ¿nada más? ¿Alguna otra cosa? Tengo prisa, por favor.

—Descanse, amigo —dijo—. Aún tengo que decirle más cosas. Todas ellas relativas a Polly Conniston.

—Ya le he dicho que no recuerdo a esa chica Conniston —la voz de Realson expresaba una nota de impaciencia—. ¿Quiere que se lo repita de otro modo?

—¿Quiere que le llame embustero, Realson? —remedé con ironía.

El rostro del Donjuán de barrio se congestionó. Crispó sus manos, pero consiguió mantenerse en su sitio.

—Lárguese, doc —dijo en tono bajo y concentrado—. Lárguese o haré que le saquen de aquí a plazos.

—Menos bravuconadas, fanfarrón. Usted es un tipo que se apoya en esos dos espantapájaros que tiene al lado, pero yo no tendría con usted ni para empezar si me lo propusiera.

El gigante trató de ponerse en pie, en tanto lanzaba algo parecido a un gruñido de una fiera irritada. Realson le calmó con una seca orden:

—¡Quieto, Helakridys! —era griego, a lo que parecía.

El griego se sentó. Sus diminutos ojillos me miraban con muy malas intenciones.

—Bien —dijo Realson—, ¿ya ha dicho todo lo que tenía que decir, doctor?

—Aún no, Realson —contesté—. Quiero que confiese que fue usted el que llevó a Polly Conniston a la puerta de mi clínica en la fecha ya citada. Eso es todo lo que le pido; no necesito más.

Apolo fingió meditar. Luego respondió:

—Jamás he oído hablar de usted ni de la Conniston, doctor. ¿Por qué he de confesar una cosa que no es cierta?

—Repito lo de embustero, Realson. Y por si alguno no se lo ha dicho todavía, lo hago yo ahora: ¿ha conocido usted a su padre?

La mano del rufián golpeó fuertemente la mesa.

—¡Basta ya! Estoy harto de oírle sandeces, matasanos. O se va de aquí o...

Me incliné hacia él y le clavé los nudillos de la mano derecha bajo el pómulo. No fue un golpe muy fuerte ni lo suficiente para aturdirle. Pero puse en el gesto la fuerza suficiente para que tuviera el rostro estropeado durante una semana al menos. Eso le dolería a un tipo tan pagado de sí mismo como él.

Realson lanzó un bramido:

—¡Mátalo, Helakridys!

El griego se puso en pie. No le dejé concluir de enderezarse. Era un tipo fuerte, pero en aquel instante las ventajas jugaban a mi favor.

Agarré con la izquierda la botella de licor y simulé un golpe. El griegoladeó la cabeza hacia el lado contrario. Entonces le golpeé tras la oreja con el filo de la mano. Tampoco le di muy fuerte; si uno pone rígida la mano y el pulgar vertical a los demás dedos, puede matar a un hombre casi sin darse cuenta.

Helakridys se desplomó como un buey apuntillado, llevándose consigo la mesa. El otro se puso también en pie y echó mano a la pistola.

Le amagué con los dedos de la mano dirigidos a sus ojos. El pistolero retrocedió, con una expresión de pavor en sus ojos. Pero no había soltado la culata del arma.

En aquel momento sonó una voz a mi lado:

—¡Cuidado, doctor!

Era Mike.

Realson se había inhibido de la lucha. No quería recibir más. Por lo visto, cuidaba mucho de su físico. Pero ello no le impedía seguir dando órdenes a voz en cuello.

—¡Tira, condenado!

El fulano sacó la pistola. Entonces, alguien me empujó a un lado en el momento en que sonaba un estampido. Glengan lanzó un

gemido y se derrumbó al suelo.

Sonaron gritos y alaridos. Una mesa volcó, con impresionante aparato de vidrios rotos. Prodióse una alocada estampida hacia la calle.

El ver derrumbarse a Glengan me cegó. Olvidé todo para convertirme en una fiera humana, ávida de sangre. Salté hacia adelante con tal ímpetu que derribé al pistolero antes de que este tuviera tiempo de repetir el disparo.

Le agarré la mano con que sostenía el arma. La boca del cañón se incendió de pronto, estallando atronadoramente junto a mi oreja. Retorcí aquella muñeca cruelmente, casi con sadismo, gozando con oír los espantosos crujidos de los huesos. El arma se volvió hacia el rostro de su dueño.

Alguien me clavó un pie en el costado. Pero estaba ciego de ira por haber visto caer a Mike y no sentí el golpe tan siquiera.

La boca de la pistola se apoyó en la mejilla derecha del pistolero, cuyo rostro había adquirido una suprema expresión de espanto. Di una terrible sacudida y el arma explotó fragorosamente. Todo el lado izquierdo del cráneo del forajido voló en una mezcla repugnante que fue a estamparse contra la pared frontera. El cuerpo del individuo pegó una enorme convulsión y luego se inmovilizó.

Agarré la pistola, tratando de ponerme en pie. Vi que Realson ponía pies en polvorosa, huyendo por una puerta trasera, y me dispuse a seguirle, pero en aquel momento oí la voz de Mike:

—¡Doctor!

Me volví hacia mi amigo. Estaba en el suelo, muy pálido, con la mano izquierda oprimiéndose el pecho.

Guardé la pistola en el bolsillo. El griego rebulló en aquellos instantes y se sentó en el suelo. Le pegué con todas mis fuerzas en la mandíbula y el tipo se desplomó de nuevo. Al día siguiente, pensé, tendría que comprarme zapatos nuevos.

Y entonces se apagaron las luces.

Sonó la voz angustiada de Glengan:

—¡Tíreles, doctor, por el amor de Dios, o nos lincharán!

Volví a sacar la pistola e hice un par de disparos al aire. Yo no quería matar a nadie, no soy asesino de profesión. Los estampidos

atronaron el local, que se hallaba completamente a oscuras.

Tanteé el suelo hasta hallar a Mike. Tiré de sus ropas, haciéndolo incorporarse a medias. El griterío era fenomenal.

—Mike, procura colgarte de mi hombro —grité.

Alguien se me arrojó encima, presentí el bulto y moví la mano derecha en semicírculo. Crujió un hueso y el fulano empezó a chillar.

En un rincón había una mujer que aullaba lastimeramente. El dueño del «Silver Eagle» gritaba también, metiéndose obscenamente con nuestros antepasados. Envié una bala en aquella dirección y percibí el estallido de unas cuantas botellas.

Sonó otro disparo. Pero este ya no procedía de mi pistola. Alguien empezó a lamentarse inmediatamente.

—Vamos, Mike, aprisa —jadeé, tirando de su brazo izquierdo.

El muchacho hizo un supremo esfuerzo y se puso en pie. Bajé el hombro izquierdo y al momento sentí en él la presión de su cuerpo. Le rodeé las piernas con el brazo de aquel lado y me incorporé.

Una sombra se me arrojó encima, haciéndome perder casi el equilibrio. Levanté el pie y el tipo se desplomó, aullando como un cerdo en el matadero. Eché a andar hacia la puerta, a través de cuyos vidrios traslúcidos se divisaba la precaria luz de la calle. Uno de dichos vidrios voló de repente en mil pedazos, y antes de que esto sucediera, percibí muy cerca el candente soplo de una bala.

Me volví un tanto y disparé al azar, alto. Luego corrí hacia la puerta, llegando al pie de la escalera.

En aquel momento, unas manos se aferraron con fuerza a mis tobillos. Caí hacia adelante al no poder mantener el equilibrio y el codo derecho golpeó contra el filo de uno de los peldaños, haciéndome perder momentáneamente la sensibilidad de aquel brazo. La pistola resbaló de mis dedos sin fuerza y rebotó por los escalones, con metálicos gañidos.

Mascullé entre dientes, al mismo tiempo que movía los pies tratando de liberarme de la presión del tipo. Uno de los zapatos se estrelló de pronto contra algo blando y el fulano empezó a chillar como una corneja. Los tobillos quedaron libres.

Empecé a subir de nuevo. A mis espaldas percibí rumor de gente que se aprestaba a echarse de nuevo sobre mí. Por lo visto, debían

haberse dado cuenta de que había perdido la pistola. Voces pidiendo mi cabeza sonaron a mi espalda.

Entre todas ellas sobresalía una que reconocí al instante. Realson aullaba fuera de sí, recomendando no me dejaran salir con vida. Naturalmente, actuaba como los generales: bien a cubierto y desde lugar seguro; él no era tipo que arriesgase siquiera los pliegues del traje.

Algo duro voló por los aires, golpeándome con fuerza en el omóplato derecho. Caí de rodillas. Mi silueta debía haberse recortado claramente contra la pared y el gesto fue indudablemente observado, porque sonó un general alarido de triunfo.

En el mismo momento se abrió la puerta. Una sombra negra apareció ante mis ojos. En su mano brillaba algo con metálicos destellos.

Me creí perdido, pero pronto pude apreciar mi error.

—¡Baje la cabeza! —ordenó una voz imperativamente.

Obedecí en el acto. Por encima de mí, un revólver empezó a tronar rápidamente.

La acción del arma provocó una desbandada general entre quienes se disponían a lincharme. Aproveché la ocasión para lanzarme afuera con Mike cargado a la espalda. Concordia Shine, tan oportuna e inesperadamente llegada, se echó a un lado para que pudiera pasar. Cuando lo hube conseguido, cubrió mi retirada con un par de disparos más.

Me alcanzó cuando ya llegaba al coche. Abrió la portezuela trasera.

—Métase dentro —dijo—. Yo conduciré.

—Tome las llaves —jadeé, entregándoselas. Tenía la cabeza a punto de estallar y los pulmones me ardían.

A lo lejos se oían los pitos de los guardias. Mucho más lejos todavía, empezaron a bramar las sirenas.

Depositó a Mike sobre el asiento trasero y me senté a su lado. Casi en el mismo instante, el coche arrancó violentamente.

Concordia conducía magníficamente. Dobló la esquina próxima sobre dos ruedas, quemando las llantas, y luego salió a escape por la calle transversal, cuyo nombre no recuerdo en estos, momentos. Hizo unos cuantos virajes por diferentes vías, con el fin de despistar

a un posible perseguidor, y cuando estuvimos en seguridad volvió ligeramente su rostro hacia mí. Como de costumbre, lo tenía cubierto con aquel velo que parecía ser consubstancial con ella. ¿Era musulmana?

—¿A dónde le llevo, doctor?

La pregunta me llenó de sorpresa. ¿Quién se lo había dicho?

—A casa —contesté—. Si sabe que soy médico, sabrá también dónde vivo, ¿no es así?

—Por supuesto —contestó calmosamente—. Pero ¿no teme que vayan a buscarle allí?

Mientras ella hablaba, yo tenía sujeta con los dedos la muñeca de Glengan y había advertido su pulso debilísimo e intermitente.

—Es el único sitio adonde puedo ir, por el momento —contesté, pensando en que tenía que curar a Mike como fuese.

Ella asintió y, diez minutos más tarde, detenía el coche frente a la casa.

—La llave de la puerta está sobre el tablero, con las del coche —dije, abriendo la portezuela posterior.

Mike estaba sin conocimiento. Al sacarlo de allí, su cabeza pendió flácida. Crucé el jardín a la carrera y penetré en la casa. Concordia cerró.

—Por allí —dije, indicando la puerta del quirófano.

Concordia manejó los interruptores, inundando de luz la estancia. ¡Qué casualidad tan maravillosa había hecho que Betty limpiara la casa un día antes! De lo contrario, me hubiera encontrado todo aquello con una capa de polvo de un dedo de espesor.

Depositó a Mike sobre la mesa de operaciones. Me despojé de la chaqueta, la cual tiré a un lado, y luego extraje de un armario unas tijeras, con las cuales empecé a cortar las ropas del muchacho.

Pronto estuvo con el torso al aire y entonces pude apreciar la gravedad de su herida.

CAPÍTULO VI

EL rostro de Mike estaba blanco como la almohada en que descansaba su cabeza. El orificio de entrada estaba en el lado derecho, demasiado cerca, no obstante, del centro del pecho. Débiles borbotones de sangre salían de la herida, con un movimiento sincrónico con los latidos del corazón. El pulso era filiforme y arrítmico. No solo se le había producido una grave hemorragia, sino que, además, la cosa se agravaba por el hecho de su reciente desnutrición, lo cual no contribuía precisamente a mejorar su estado.

La bala se había quedado dentro. Era preciso, en primer lugar, extraerla, y luego contener la hemorragia y reparar sus estragos. Pero yo solo no podía hacerlo. Tenía que buscarme alguien que me ayudara, no solo en la operación, sino también en proporcionarme algunas cosas de las cuales yo carecía en aquellos momentos.

Busqué entre los aparatos, hallando milagrosamente una caja de compresas, que abrí a tirones, entregándosela luego a Concordia.

—Tome, vaya empapando la sangre a medida que sale.

Y me dirigí al teléfono, instalado en lo que antaño había sido mi despacho.

Todo estaba igual que antes. ¡Bendita Betty Mac Quaid!

Marqué un número. Al otro lado de la línea, el timbre empezó a sonar insistentemente.

Tardé bastante en obtener la respuesta, y cuando lo hube conseguido, escuché una voz adormilada:

—He terminado ya mi turno y no acudiré aunque se esté muriendo el...

—Betty, soy Brendyck —dije.

Inmediatamente escuché una exclamación de grata sorpresa.

—¡Doctor! ¿Usted?

—El mismo, pero sin doctor. Escuche, Betty, necesito de usted con toda urgencia. Véngase a casa inmediatamente.

—Sí, doctor. Ahora mismo me visto y...

—Aguarde un momento. ¿Conoce algún farmacéutico de confianza?

—Claro que sí. ¿Qué sucede? ¿Quién está herido?

Era lista la tal Betty. No se le escapaba nada.

—Ahora no importa. Oiga, hay mucha pérdida. Necesitaré plasma en abundancia. Vendas también y suturas. Desinfectantes, antibióticos, estimulantes cardíacos y éter para una anestesia. Todo lo que se le ocurra, ¿comprende?

Betty ya se había despabilado por completo. ¡Buena chica!

—Dentro de media hora estoy ahí. Mientras tanto, en el armario del rincón, encontrará cardiazol. Póngale una inyección.

—De acuerdo. Cargue los gastos en mi cuenta, pero póngase un par más de alas en la espalda.

—¿Cómo un par más de alas? ¿Acaso es que ya tenía otras? —preguntó Betty, extrañada.

—Los ángeles tienen siempre, aunque no se les vean. ¡Aprisa, enfermera! —terminé rotundamente.

Regresé al quirófano. Concordia me miró ansiosamente a través del velo. Aquella dichosa prenda empezaba ya a ponerme nervioso.

—Busque la cocina y haga café. También encontrará posiblemente alguna botella de licor. Tráigala.

—Sí, doctor.

Me remangué la camisa y fui al armario que me había indicado Betty, en donde, efectivamente, había todo lo preciso para poner inyecciones. Cargué una jeringuilla y volví al lado de Mike, quien continuaba inconsciente.

Concordia vino con el licor y un vaso. Eché unas gotas en este y luego, levantando la cabeza del herido, se lo acerqué a los labios, procurando hacerle ingerir aquel poco de líquido.

El color volvió parcialmente al rostro de Mike. Le abrigué con una manta; ya no podía hacer más en tanto viniera Betty con todo lo necesario para comenzar la intervención. La hemorragia se había detenido.

Concordia y yo nos miramos por encima de la mesa de operaciones.

—Su aparición fue muy oportuna, señorita Shine —dije—. Gracias por lo que hizo. ¿Cómo se le ocurrió acudir al «Silver Eagle»?

—Tenía curiosidad por ver lo que hacían usted y Realson —contestó ella, impasible.

—Y se lio a tiros con aquella pandilla de desalmados. ¿Habrá herido a alguno?

—No lo creo —respondió—. Disparé alto, más que nada con ánimo de intimidarlos. Las respuestas de Realson no fueron satisfactorias, ¿verdad? —dijo ella.

—Ya lo pudo usted apreciar. Pero gran parte de la culpa es mía. Por lo visto no tengo dotes de diplomático. Me hizo perder los estribos y le insulté. Y ahí empezó todo el jaleo. Oiga —pregunté bruscamente—, ¿quién le dijo que yo era médico?

—Su nombre figura en la guía, doctor.

Respingué. Claro, si funcionaba el teléfono, después de cuatro años de no usarlo, era que alguien había pagado las cuotas correspondientes. Y la Compañía Telefónica no entendía de sentencias judiciales ni de profesionales expulsados de su Asociación. Me había inscrito en ella como médico y así había seguido la cosa durante todo aquel tiempo. Un punto más en favor de Betty, quien había previsto, acertadamente, que al salir de la cárcel podría necesitar todo cuanto había usado anteriormente.

—Claro —murmuré. Tomé el pulso de Mike; había mejorado un poco, pero no era para echar las campanas a vuelo.

—Ese Realson, ¿le hizo algo, doctor?

—Sí. Por eso tengo tanto empeño en hablar con él.

—A él, en cambio, no parece agradarle mucho.

—No, en efecto.

Hubo una pausa de silencio. Después, Concordia me dijo:

—El café. Se me olvidaba.

Salió del quirófano, volviendo minutos más tarde con una pequeña bandeja, en la cual había servicio para una sola persona.

El detalle me extrañó.

—¿Y usted? —pregunté.

—Ya he bebido en la cocina.

Con la taza en la mano, la miré fijamente a los ojos.

—Escuche, ¿es usted musulmana? ¿O ha hecho voto de no beber en público durante un período de tiempo? ¿Por qué no enseña la cara? Si sus facciones corresponden al resto del cuerpo, tienen que ser hermosísimas. No veo, por tanto, la necesidad de que ande ocultándose como una mora...

—¡Basta! —gritó nerviosamente—. Eso no debe importarle a usted, doctor. Deje mi cara y mi velo en paz y no vuelva a mencionarlos, ¿comprende?

Apreté los labios.

—Está bien —dije, devolviéndole la taza—. No lo haré más.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Betty entró con un tremendo paquete que apenas si podía abarcar con ambos brazos.

—Ya estoy aquí, doctor —dijo—. ¿Quién es el moribundo?

—Un amigo mío. Está bastante mal, pero hemos de salvarlo.

—De acuerdo.

Ni siquiera preguntó qué había pasado ni por qué me arriesgaba yo a ejercer sin licencia, cosa que me podía costar, amén de un buen disgusto, la vuelta a la cárcel si me descubrían. Y en cuanto a ella, por ayudar a un médico sin licencia, le retirarían la suya de enfermera. Era fiel y leal, y lo demostraba con sus actos.

Y con su eficiencia. Penetró en el quirófano, empezando a actuar de inmediato, con la práctica adquirida a lo largo de más de veinte años en los hospitales. El único gesto de sorpresa que hizo fue cuando vio a Concordia allí, pero no hizo el menor comentario.

Empezamos a trabajar en el acto. La intervención fue larga y laboriosa, y durante ella, Mike perdió el pulso dos veces. Concordia fue un inestimable auxiliar, pues supo colocar las inyecciones con los estimulantes mientras Betty y yo trabajábamos, con el fin de que no nos desviásemos de la labor que hacíamos.

Al terminar, después de haber vendado a Glengan convenientemente, lo subimos con todo cuidado a una habitación del piso alto.

—Me quedará aquí velándolo —dijo Betty—. Ese hombre necesita de una vigilancia y una atención constantes.

—¿Y su empleo? —exclamé.

—¡Que se vaya al diablo! —contestó pintolescamente la enfermera—. Usted es antes que nadie para mí, doctor. Bueno, váyase a descansar un rato; duerma un poco y luego venga a relevarme.

—Conforme. Despiérteme dentro de cuatro horas; quiero examinar al herido.

—Bien —me empujó hacia la puerta—. Escuche... —preguntó de repente—, ¿quién es esa mujer?

—Solo sé de ella que se llama Concordia Shine. Pero no puedo decirle más, sino que es conocida accidental mía y no poseo apenas detalles de su vida.

—Concordia Shine —murmuró Betty meditabunda—. Ese nombre me suena... y no sé de qué. Está bien, váyase, doctor... y díglele que se quite el velo. Tiene que ser muy guapa; posiblemente, la mujer que le conviene a usted.

Traté de bromear.

—No me diga que yo convengo a alguien ahora, Betty.

La enfermera me miró fijamente.

—La mujer que le rechace a usted debería ser internada de inmediato en un manicomio, se lo aseguro.

Bajé a la planta. Concordia estaba allí, sentada en un diván, enseñando unas piernas maravillosas, enfundadas en unas tersas medias negras, como el resto de su invariable atavío. Sobre el cenicero vi los restos de un cigarrillo, aún húmedo, pero no dije nada.

Se puso en pie al verme entrar, alisándose el vestido por la parte de las caderas con gesto intuitivo.

—¿Y bien, doctor?

—Puedo cederle una habitación en mi casa, si lo prefiere —ofrecí—. En caso contrario, llévese mi coche. Me gustaría acompañarla, pero con Mike en tal estado, no me atrevo a dejarlo solo hasta que lo vea fuera de peligro.

—Iré a pie, gracias. La distancia no es excesiva.

La acompañé hasta la puerta. Ella no me ofreció su mano ni yo hice tampoco ademán de estrechársela. Se limitó a mirarme un segundo con fijeza, gesto que completó con un profundo suspiro.

Luego dio media vuelta y se fundió con las sombras, convirtiéndose en una más de ellas.

Cerré la puerta, hondamente pensativo. ¿Qué clase de mujer era Concordia Shine? ¿Por qué se obstinaba en cubrirse el rostro con aquel espeso velo que no permitía traslucir el menor detalle de sus facciones?

Aparentemente, era normal. Pero hay muchas personas normales que tienen extrañas manías, fobias que resultan incomprensibles para las demás gentes y de las cuales pueden ser curadas si se ponen en manos de un buen siquiatra. ¿Estaba Concordia en tal caso?

Incapaz de responder a mi pregunta, me tumbé, vestido como estaba, sobre el lecho, durmiéndome instantáneamente.

Veinticuatro horas más tarde, pude declarar a Mike casi fuera de peligro, aunque la gravedad subsistía. Era evidente que tendría que sufrir una larga convalecencia, pero saldría adelante.

Se lo dije a Betty y ella concordó conmigo. Ya había transcurrido día y medio desde el momento del jaleo en el «Silver Eagle» y eran entonces las nueve de la mañana... Yo tenía que hacer algunas cosas, de modo que no me quedaba otro remedio que salir de casa.

—Volveré tan pronto como pueda, Betty —dije.

—No se preocupe de nada, excepto de cuidarse de sí mismo —ya sabía todo lo ocurrido—. Esos tipos volverán a por usted, a poco que se descuide.

—Trataré de esquivarlos, aunque me convendría mucho hablar con Realson, ya lo sabe usted, Betty.

—Vaya a ver a la chica de luto; ella parece conocerle mucho, ¿no?

—Puede ser —suspiré, saliendo a la calle.

Me metí en el coche y entonces oí una voz a mi espalda:

—Hola, doctor.

CAPÍTULO VII

CASI en el acto me puse tieso y rígido, crispando las manos sobre el volante. Por un instante, esperé el disparo fatal en la nuca. Luego me atreví a levantar los ojos hacia el retrovisor.

Respiré aliviado al conocer el rostro del hombre que había tras de mí, en el asiento posterior.

—Siga rodando, doctor —el hombre se retrepó en el asiento, junto a un rincón, con el fin de hacerse visible lo menos posible—. Tengo que hablarle.

—Usted no tiene nada que decirme, teniente Sheppard —contesté secamente, apartando el coche de la acera.

—Se equivoca, doctor. Tengo que hablarle y usted me oirá, puesto que es en su beneficio.

—¡Vaya! De modo que el hombre que me encerró, se muestra ahora arrepentido y quiere echarme una manita. ¿No se tratará de una tomadura de pelo?

—Deje sus sarcasmos para otro rato, doctor —dijo Sheppard. Encendió un cigarrillo y expelió el humo—. Hablo completamente en serio.

—Bien, desembuche, pues. Si quiere que le diga la verdad, su imagen no me es nada simpática.

—No soy Liz Taylor, precisamente, pero yo no tengo la culpa de ello.

—¿Tampoco la tiene de lo que me pasó?

—Me limité a cumplir con mi obligación. Personalmente, sin embargo, creo que fue usted víctima de una fabulosa conspiración.

—¿Por qué no lo hizo reflejar en su atestado? Ello hubiera podido salvarme de la cárcel y de la indignidad.

—Desgraciadamente, tuve que atenerme a los hechos, doctor.

No podía hacer nada más en aquellos momentos.

—¿Y ahora sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque está usted libre y sé que le interesa demostrar su inocencia, para así recuperar la estimación y el aprecio perdidos, junto con su licencia para ejercer de nuevo su profesión.

—Está enteradísimo de todo cuanto me concierne, teniente.

—Más de lo que usted supone, doctor. Su «raid» en el «Silver Eagle» resultó devastador.

Volví a ponerme rígido. Había matado a un hombre, y aunque pudiese demostrar que mi gesto había sido ejecutado en legítima defensa, la revocación de mi libertad no se haría esperar demasiado. Y Sheppard lo sabía.

—No tema, doctor —dijo el policía, en tono tranquilizador—. En lo que a mí respecta nadie sabrá una palabra.

—¿Y ellos, no se irán de la lengua? —pregunté muy intranquilo, pues lo mismo que Sheppard había sido informado por algún ignoto confidente, también los otros podían hablar a alguien distinto de la fuerza policial que no se sintiese tan amigo mío como el teniente.

—No creo que les convenga mucho sacar a relucir sus propios trapos sucios. Actuarán directamente contra usted, doctor.

—¿Cómo? ¿Matándome?

—Es un factor posible, aunque lo estimo difícil. Su muerte violenta les crearía un grave problema, ya que supondría implicarse automáticamente a sí mismos en lo de Polly Conniston.

—Usted opina que yo no tuve intervención alguna en aquel suceso.

—Mi opinión es puramente privada, doctor, y no tiene valor alguno caso de tener que sacarla a relucir ante un tribunal. ¿Fue por ello que buscaba a Realson?

—Sí —respiré hondo—. Realson fue el que dejó la chica en la puerta de mi clínica. Hasta hace tres días, el de mi salida de la cárcel, no había vuelto a verle y aun entonces ignoraba su nombre.

—Y usted, naturalmente, quiere que confiese.

—Claro.

Sheppard arrojó el pitillo por la ventanilla. Meneó la cabeza.

—Lo veo difícil.

—¿Por qué?

—Está muy bien protegido.

—¿Quién le protege?

—Lo siento, no puedo decirlo.

Sonreí burlonamente.

—¡Vaya un policía que es usted, Sheppard! ¿A quién tiene miedo?

—A quién, no, a qué está mejor dicho. Tengo miedo a que mi mujer y mis hijos se queden sin el sueldo que gano. No me pasaría nada, pero intervendrían las fuerzas ocultas que mueven los hilos en el caso de Polly Conniston y me expulsarían de la fuerza policial.

—Entonces, si tiene miedo, bájese del coche, teniente —dije con tono duro.

—Lo haré enseguida, no se preocupe. Únicamente quise verle para decirle que podía contar con mi ayuda. Extraoficial, por supuesto.

—¡Vaya una ayuda! Si es así, ¿por qué no me dice quién es el protector de Realson?

—Eso tendrá que averiguarlo usted mismo, doctor, y, más que averiguarlo, demostrarlo. Pero puedo decirle que, aunque en un principio, el Bello Apolo es el promotor del incidente Conniston, luego alguien aprovechó la coyuntura para encubrir la muerte de la chica, haciéndolo de modo que no pudiera perjudicarle para nada. Buscaban una víctima propiciatoria que les sirviese de tapadera y que fuese médico. Usted tuvo mala suerte de ser el primero que encontraron en su camino, eso fue todo.

—Bien; y ahora, ¿qué es lo que pretende de mí?

—Que me ayude. Que desenmascare a los que están detrás de Realson. Que los enseñe a la vindicta pública.

—Y eso he de hacerlo yo, nada más que a fuerza de puños, ¿verdad?

La mano de Sheppard apareció de pronto por encima de mi hombro. Sostenía una caja de cartón, cuadrada y bastante pesada.

—Tome.

Dejó la caja en el asiento anterior, a mi derecha.

—¿Qué es, teniente?

—Una «Army Colt», doctor, con varios cargadores de repuesto. Puede necesitarla.

—¿Y si mato a alguien, como hace dos días en el «Silver Eagle»?

—No se perderá nada, como no se perdió con la muerte del fulano a quien voló la cabeza. Pero es conveniente que esté protegido en todo momento.

Guardé silencio durante unos momentos. Luego pregunté:

—¿Por qué hace esto por mí, teniente?

—Me gusta la higiene física, mental y ciudadana, eso es todo. Tengo esposa y dos hijos y deseo que vivan en un ambiente lo más limpio posible. Ahora no pueden hacerlo.

—Comprendo —murmuré. Luego añadí—: Nunca me vi en estos trotes ni tuve la menor idea de lo que sucedía. ¿Qué hay tras las bambalinas de algodón rojo y purpurina dorada?

—Corrupción —laconizó el policía. Hizo una pausa y prosiguió —: La más espantosa corrupción que usted haya podido soñar jamás. Empezando con los locales donde se juega y se hace trampas al cliente incauto y terminando en un casi descarado tráfico de drogas, sin hablar de las mujeres a quienes sujetan canallescamente a la más vil de las profesiones. Y todo ello está en manos de una especie de sindicato, regido por dos o tres personas situadas en muy alta posición.

—Empiezo a comprender —dije.

—Lo celebro. Por eso no me gustaría que me vieran con usted, doctor —la mano de Sheppard apareció nuevamente por encima del hombro, sujetando una tarjeta con los dedos índice y medio—. No me llame nunca a la Jefatura; hágalo a mi casa directamente y empleando siempre una contraseña. «Cara Bonita» podría ser la más adecuada, ¿no cree?

—¿Por qué? —pregunté intrigado.

Sheppard soltó una risita.

—Usted sabe mucho de ello, doctor —y apoyó la mano en la palanca de abertura, disponiéndose a salir del coche, pues había frenado al ver frente a mí un disco rojo.

—Un momento —exclamé—. Teniente.

—Sí, doctor.

—¿Conoce usted a una tal Concordia Shine?

—No —respondió rápidamente—, nunca oí hablar de ella —y se apeó velozmente, desapareciendo de mi vista en contados segundos.

Permanecí unos momentos quieto, junto a la acera, dejando que fluyese por mi lado el incesante tránsito ciudadano. Procuré repetir en mi mente todas y cada una de las palabras del teniente, alegrándome de que, en medio de todo, hubiera alguien más que no me creyera un asesino con título de doctor en Medicina.

Prendí fuego a un cigarrillo y corté el gas. Frente al coche había un bar, en el cual penetré, encargando un whisky. Tomé el licor y luego fui a los lavabos. La caja que me había dado Sheppard venía conmigo.

Al hallarme en lugar seguro, desaté los cordeles que sujetaban la caja, abriéndola. Vi un arnés axilar, con una pesada automática de la marca y tipo que me había anunciado el policía, junto con una especie de canana para cuatro cargadores. Si contaba el que había en la culata del arma, disponía de treinta y cinco cartuchos, munición más que suficiente para asaltar la guarida de enemigos si me daba por ahí. La «Army Colt» me era conocida; aunque no la había usado en combate durante mi estancia en primera línea en Corea, sí había tirado bastante con ella para practicar un poco.

Me despojé de la chaqueta, colocándome el arnés. Comprobé la carga del arma y luego la volví a la funda. Hecho esto, coloqué la canana en el cinturón sobre la cadera derecha y en la parte posterior. Cuando hube concluido, me sentí mucho más protegido.

Salí fuera y entré en el coche, tomando una dirección ya pensada de antemano. Rodé por la Avenida Cleveland, torciendo a la derecha al hallarme en el Boston Boulevard, un lugar de lo más empingorotado de Boultonville.

Detuve el coche en un suntuoso edificio de dos plantas situado casi al final del Boulevard, en el centro de un espacioso jardín, sombreado por copudos tilos. La verja de acceso estaba abierta.

No quise penetrar con el coche por el enarenado sendero que conducía a la explanada frontera a la casa. Esta era de un tipo anticuado, de principios de siglo, pero no desentonaba demasiado con las costumbres arquitectónicas actuales, al estar construida de un modo discreto en su estilo neoclásico. Una escalera doble

conducía a una especie de pórtico de cuatro columnas dóricas, que sostenían una gran terraza en el primer piso.

La puerta principal estaba debajo. Toqué el timbre y esperé.

Medio minuto más tarde se abrió la puerta y un estirado individuo apareció ante mis ojos.

—Hola, Bertram —saludé—. ¿Está la señorita Mordaunt en casa?

El mayordomo respingó al verme. Era evidente que había esperado cualquier visita menos la mía.

—Trataré de averiguarlo, señor —contestó, muy desconcertado, él, que solía ser la viva estampa del aplomo y la imperturbabilidad.

—Muy bien, entonces esperaré en el *hall*, ¿no le parece?

Era evidente que mi presencia allí le desagradaba notablemente. Pero tampoco podía rechazarme; a fin de cuentas, había estado a punto de transformarse en mi mayordomo... si me hubiera casado con la hija del dueño de la casa, que tal pensaba hacer en el momento de mi detención.

Bertram se alejó hacia adentro. Demasiado sabía que Rosie Mordaunt estaba en casa; de lo contrario, habría contestado con una negativa rotunda. Pero no se había atrevido a hacerlo sin contar con la aquiescencia de su ama.

Pronto escuché un vivo taconeo. Rosie Mordaunt se presentó de pronto ante mis ojos.

Al verla, mi corazón latió aceleradamente. Había pensado mucho en ella durante el largo tiempo de mi encierro y la mayoría de mis ansias, por no decir todas, se habían cifrado en verla de nuevo al salir.

La miré fijamente, recorriendo con los ojos su esbelta figura, la pureza de líneas de su rostro, el impecable azul de sus hermosas pupilas y el resplandeciente dorado de su cabellera. Aquellos ojos, que años atrás me habían mirado con amor infinito; tenían ahora una expresión retraída, casi hostil.

Avanzó hacia mí, deteniéndose a un par de pasos, pero sin el menor ademán de darme la mano.

—Hola, Rosie —dije, tragando saliva como un colegial.

—¿Qué tal, Lark? Me alegro de que hayas salido tan pronto de presidio —su voz era fría, impersonal. No parecía la misma con la

cual me había jurado amor eterno.

—Gracias. Pensé que... debería venir a hacerte una visita, Rosie.

—Me siento muy honrada, Lark. ¿Tenías algo que decirme?

Hasta aquel momento, me había portado como un conejito asustado. Había abrigado la vaga esperanza de ser recibido con lágrimas y besos producidos por la emoción del regreso y, si no había ido antes a su casa, era debido a un presentimiento de que mi presencia no iba a ser bien acogida, cosa que acababa de hacerse patente en aquellos momentos.

—No —repuse envaradamente—. Solamente quería saludarte, eso es todo, Rosie.

—Bien, pues ya lo has hecho, Lark —dudó unos instantes y luego dijo—: Comprenderás que, después de lo sucedido, lo nuestro no podía continuar.

—Claro. Fui un tonto al pensar que... No debí haber venido, lo siento.

—No tiene importancia —dijo ella. Nuestro diálogo era forzado, ausente de todo calor. Y pensar que cuatro años atrás, ella y yo... Pero, ¿a qué recordar más cosas que fueron agradables y que ahora sabían tan amargamente?

—Me hice, quizá, demasiadas ilusiones. Una vez llegaste a jurar por lo más sagrado que serías mi esposa o te quedarías soltera para toda la vida —no pude por menos de acusarla.

Su rostro se coloreó levemente.

—Y lo decía sinceramente, Lark. No me hubiera importado esperar a que salieras de la cárcel... si se hubiera tratado de cualquier otro delito, pero lo que hiciste con aquella chica...

—¡Ya oíste mis declaraciones! Era, soy por completo inocente de todo lo que sucedió —exclamé, alzando la voz sin darme cuenta de lo que hacía.

—Por favor, no discutamos —dijo ella, tratando de mantenerse serena—. Tú sostenías una cosa, pero las pruebas eran concluyentes y te condenaban sin necesidad de jurado alguno.

—Jamás había visto a la muchacha hasta aquella noche, puedo asegurártelo —declaré tercamente.

—Estás mintiendo descaradamente, Lark, lo mismo que al juez, a la policía y al jurado. Declaraste que no conocías a la

muchacha... ¡y el fiscal enseñó una fotografía en la cual aparecáis los dos bailando, estrechamente abrazados! ¿Cómo quieres que te crea? ¿Cómo quieres que guardase fidelidad a un hombre que no supo guardármela a mí?

El seno de Rosie palpitó violentamente. Fui a contestar, pero en aquel instante, sonó la voz de un hombre.

—¿Sucedo algo, querida? ¿Puedo serte útil en algo?

Volví la vista hacia el individuo, al mismo tiempo que Rosie. Lo escruté durante unos segundos.

Era un tipo alto, fornido, de unos treinta y seis años, muy cuidadoso de su tipo y de su indumentaria. El traje que vestía era a medida y si no había invertido en él trescientos pavos al menos, no se había gastado ninguno. Corbata de cuarenta dólares, pintada a mano, camisa de seda natural de ochenta... en fin, que no le faltaba un detalle que no evidenciase la magnificencia en que vivía.

Su sonrisa era cortés, pero sus ojos tenían hielo. Eran los ojos del hombre que aparta de un manotón a todo aquel que se le pone en su camino, ojos del hombre dominador y arrogante, que está acostumbrado a mandar desde siempre y que, como es lógico, llega a imponerse en su mundo, sea este cual sea.

—No —contestó ella, sonriendo por primera vez desde que llegara a la casa—. El doc... el señor Brendyck es conocido mío y nos estábamos despidiendo. Perdona que no te lo haya presentado antes, Matt —Rosie se volvió, hacia mí—: Lark, el señor Dellasha.

Nos saludamos con sendas inclinaciones de cabeza. Dellasha dijo:

—Me alegro de conocer a las antiguas amistades de Rosie, señor Brendyck. ¿Le has invitado a nuestra próxima boda, querida?

Ella me miró fijamente:

—Estará fuera de Boultonville el día que se celebre la ceremonia, ¿no es eso, Lark?

—Muy posiblemente —contesté, tratando de disimular la enorme sorpresa que la noticia me había producido—. De todas formas, aun en el caso de que no pudiera asistir, cuenten con mi obsequio... y con mis mejores votos —moví la cabeza un par de veces—: Rosie, señor Dellasha...

Cuando salí de la casa, el corazón me hervía de ira. De buena

gana hubiera empezado a puñetazos con todos, pero tuve que desahogarme soltando unas cuantas maldiciones a media voz.

Y el caso era que, mirándolo desde el punto de vista de Rosie, había motivos para estar de acuerdo con ella. ¡Aquella maldita fotografía!

Tratando de refrenar la cólera que me hacía arder, busqué un teléfono. Marqué el número de casa y llamé a Betty.

CAPÍTULO VIII

—¿CÓMO está el herido? —pregunté, apenas la enfermera se hubo puesto al aparato.

—Bien. Tiene algunas décimas de fiebre y sigue muy abatido, pero saldrá de esta.

—¿Ha hablado algo?

—No, todavía no. Murmura algo entre dientes, pero no acaba de recobrar el conocimiento, doctor.

—Bueno, eso son consecuencias de la herida. A la noche iré a examinarla de nuevo y renovaré el apósito. Póngale una buena dosis de antibióticos y si ve que se mueve mucho, dele media dosis de morfina.

—Conforme, doctor. Creo... que una intravenosa de glucosa no le iría mal.

—Sí, puede ponérsela —aprobé—. Y ahora, contésteme a unas cuantas preguntas. Usted recuerda mi caso, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —Betty pareció ofenderse por la pregunta—. ¿Por qué lo dice?

—Ya sabe los motivos que me llevaron a la cárcel. Usted lleva en Boultonville veinte años largos. Tiene que conocer a toda la gente que se relaciona más o menos con la medicina en alguna forma, ¿no es cierto?

—Bien, puede suponerse razonablemente, doctor.

—Entonces, dígame quién...

Betty soltó un grito ahogado al escuchar el final de la frase. Me la imaginé sofocada como una amapola.

—Doctor —me contestó en tono de reproche—, esas no son preguntas para hacérmelas a mí.

—¿A quién entonces, si no? —mascullé—. Vamos, Betty, no se

haga la pudibunda a estas alturas. Después de veinte años de andar por clínicas y hospitales, ¿se escandaliza por una pregunta como la que le he hecho?

—Bueno, doctor, es que tiene usted unas cosas...

—Trato de salir adelante, eso es todo. Ande, sea buena y desembuche lo que sabe, que es bastante.

—Bueno —remoloneó la enfermera. Pero acabó por darme tres nombres, de dos de los cuales no sabía la dirección.

—Gracias. Buscaré en la guía telefónica. Adiós, simpática. Y cuídeme mucho a Mike.

—Descuide, lo haré. Adiós, doctor.

Colgué el teléfono y prendí fuego a un cigarrillo, releiendo luego atentamente la nota que había tomado con los nombres que me suministrara la enfermera. De entre ellos había de salir el que a mí me interesaba, ya que uno de los tres —estaba positiva y enfáticamente convencido—, había intervenido en mi caso.

Consulté la guía, completando los datos que me había facilitado Betty. Acto seguido, empecé a trabajar.

El primer individuo con quien hablé negó en redondo.

—Hace tiempo que lo dejé. Era demasiado peligroso... y no podía dormir tranquilo si no era con barbitúricos. Ahora trabajo de vigilante en unos grandes almacenes. Me gano bien la vida y no necesito más. Por otra parte, en esas fechas, yo estaba fuera de Boultonville. Puedo demostrarlo si le interesa, doctor.

—Gracias, lo creo —contesté—. Y me alegro que lo haya dejado. Adiós.

El segundo nombre de la lista vivía no muy lejos del Silver Eagle, en una calle tan parecida a la Pioneers, que daban la sensación de ser gemelas. Busqué el número correspondiente y después de haber consultado con el indicador de inquilinos, situado a la entrada, empecé el ascenso hacia el cuarto piso.

El ascensor me dejó en el rellano correspondiente. Busqué la puerta y llamé.

Oí unos pasos cautelosos al otro lado y percibí una escrutadora mirada a través del visor. Luego, la puerca se abrió un poco.

—¿Qué desea, amigo?

—Quiero hablar con el señor Colfax. Es solo un momento.

—Voy a ver si está —contestó el individuo, y entonces lancé una exclamación.

—¡Espere!

Metí mano en el bolsillo y enseñé un billete de diez dólares.

—Esta es mi tarjeta de visita —expresé.

El billete se esfumó rápidamente, al mismo tiempo que la puerta se abrió lo suficiente para dejarme paso. Penetré en el piso y el fulano que me había abierto se apoyó en la madera de la puerta.

Era cuarentón, obeso, dado a la bebida, a juzgar por el pronunciado tono escarlata de sus narices. Vestía una sudada camisa con los faldones fuera y unos pantalones que se le estaban cayendo continuamente. No quise encender un cigarrillo por no hacer arder el alcohol que le envolvía en un aura mefítica y pestilente.

—¿Y bien? —dijo. Sacó un mondadientes del bolsillo de sus pantalones y empezó a hurgarse los dientes con sonrisa descarada.

—Tengo entendido que usted se dedica a... cierta clase de trabajos, mediante la adecuada remuneración monetaria, señor Colfax.

—¿Quién le ha dado esos informes de mí? —preguntó el tipo, sin afirmar ni denegar.

—Alguien que le conoce bien, Colfax —aquel fulano no merecía el tratamiento de «señor» porque no lo había sido en su vida.

—Bueno. ¿Qué es lo que quiere?

—Simplemente, que me diga si ha conocido usted a una muchacha llamada Polly Conniston. Murió hace cuatro años —le cité la fecha.

—No sé nada. No conozco a ninguna mujer llamada así. ¿Por qué lo pregunta?

—Me interesa saberlo. Quizá se ganase usted así unos cuantos dólares.

—Lo siento, no puedo complacerle. ¿Por qué quiere saberlo? ¿Cree, además, que si yo hubiera tenido relación con la Conniston, se lo diría? ¡Vamos, ni que estuviese loco, doctor Brendyck!

—De modo que me conoce, ¿eh?

—Sí, recuerdo su caso perfectamente. Y ya sé lo que pretende; encontrar algún infeliz que confiese por usted para cargarle el

muerto a cambio de un buen puñado de dólares —el tono de Colfax era hiriente a más no poder—. Bueno, no solo vamos a ser nosotros, los desdichados que nos morimos de hambre, los que vamos a cargar con ciertas culpas solo por carecer de un nombre y una posición. ¡Pues no me divertí poco cuando vi que habían atrapado a un médico de campanillas como usted!

Aquello me puso furioso, cegándome de ira. Lancé mi puño derecho y lo estrellé contra el rostro de aquel reptil, que aún se permitía el lujo, no ya de injuriarme, sino de suponerme igual a él.

Colfax lanzó un aullido de dolor. Su cabeza rebotó huecamente contra la madera de la puerta, al mismo tiempo que de sus labios brotaban un par de hilillos de sangre.

—¡Inmundo bastardo! —mascullé, agarrándole por la camisa y zarandeándole con todas mis fuerzas—. ¡Puerco hijo de perra!

El rostro de Colfax se tornó de repente del color de la ceniza.

—¡Suélteme, doctor! —jadeó, lleno de pánico—. Por favor... Le... le juro que yo no fui, se lo juro —repitió, aterrado por mi actitud.

—Es posible que sea así, aunque ya lo comprobaré. ¿Estabas en Boultonville cuando murió la Conniston?

—Sí, pero yo no fui, yo no fui...

—Entonces... quizá conozcas a alguien que pudo hacerlo.

—No...

¡Slash!

La bofetada que solté le hizo colar hasta la pared contraria. Chocó contra ella y se dejó resbalar al suelo, derramando amargas lágrimas que se mezclaron con la sangre que le brotaba de los labios.

—Ponte en pie, canalla —ordené.

—No me pegue más, doctor —lloriqueó. Era un cobarde y, de no ser una paradoja, podría decirse que hacía ostentación de ello—. No me pegue. Le diré todo lo que quiera, pero...

Avancé hacia él, mirándole con ojos llameantes.

—Está bien, suéltalo de una vez.

—Vaya a ver a Max Hubner. Vive en la calle Dieciocho, número cuatrocientos quince.

—¿Crees que pudo ser él? ¡Contesta!

—Po... posiblemente. Está instalado en... en un sitio mejor que el mío y...

La calle 18 es bastante céntrica y vivir en ella no es fácil si no se dispone de bastante dinero para pagar el alto alquiler de los apartamentos. Y el tal Hubner debía ganarlo a porrillo para permitirse tales lujos.

—Está bien —dije—. Quizá tengas razón. De todas formas, tú y Hubner mereceríais que se os aplastase como a ratas.

Todavía sentía arder la cólera en mi pecho, no por los insultos que el tipo me había dirigido, sino por lo que hacía. Le agarré por la camisa con la mano izquierda y le hice girar un cuarto de vuelta a aquel lado. Entonces disparé el puño derecho con todas mis fuerzas.

El tipo salió catapultado a través de la estancia. Encontró en su órbita una silla que destrozó en mil pedazos y acabó cayendo al suelo tan largo era. Pero el impulso era tan grande que continuó resbalando por el pavimento, tendido en el suelo y, por supuesto, inconsciente. Tuvo la suerte de hallar abierta la puerta de la habitación vecina y desapareció por ella con la velocidad de un meteoro.

Acto seguido salí de la casa. En la calle respiré fuerte; el olor a alcohol barato se me había introducido en los pulmones y no acababa de marcharse.

El «Chrysler» me condujo a la calle 18, al número 415. Bajé del coche y crucé la acera.

En el indicador encontré el número de Hubner. Me introduje en el ascensor y subí hasta el piso duodécimo, buscando luego el apartamento 1-L, que no tardé en hallar.

Oprimí el pulsador, sin recibir la menor respuesta. Como no oía nada, pensé que podía estar estropeado el timbre y usé los nudillos. Entonces la puerta se abrió suavemente por sí sola.

El hecho me extrañó notablemente. A primera vista, parecía que la puerta estaba cerrada, pero luego advertí que solo había estado entornada. Alguien había salido y se había olvidado de cerrarla, o bien había creído que lo hacía.

De todas formas, a mí me era igual. El caso era entrar en el apartamento de Hubner y lo había conseguido.

Un vago instinto me hizo no tocar nada con los dedos. Mis huellas estaban registradas en los archivos policiales, y ello podía comprometerme si las encontraban en un domicilio que no era el mío y en el cual penetraba subrepticamente. Unos segundos más tarde, iba a felicitarme por aquella precaución.

Entré, empujando la puerta con el hombro y cerré de la misma manera. Luego avancé cautelosamente, estudiando el panorama.

Hubner era hombre que vivía bien; lo demostraba la lujosa decoración de su apartamento. No faltaba en él ninguno de los detalles que hacen agradable y acogedor el interior de un hogar y en todo ello se advertía el buen gusto que tenía su dueño.

Crucé el *living*, penetrando en la estancia contigua, un comedor muy amplio, partido en dos mitades asimétricas por un arco semicircular. En la mitad más pequeña había un gran diván blanco y negro, de cuero de vaca auténtico, con dos sillones tapizados de lo mismo. Una mesita baja para tomar licores y café, un televisor en el lado opuesto y un pequeño mueble biblioteca, completaban el decorado.

Este tenía un añadido inesperado que ponía una nota escarlata en el blanco y negro del diván. Entonces comprendí por qué Hubner no había contestado a mis llamadas; en aquellos mementos, solo podía contestar a las llamadas del Ángel de la Trompeta, que es lo que suele acontecer cuando a uno le rebanan el pescuezo de oreja a oreja.

CAPÍTULO IX

HUBNER había sangrado como un cerdo y el lugar, naturalmente, aparecía como un degolladero. Hasta en la pared que había tras el diván había manchas de sangre; esto se comprende porque cuando se secciona una yugular, la sangre brota en los primeros instantes con una fuerza terrible a causa de la presión y llega en ocasiones hasta alcanzar los dos metros de distancia.

Aunque por mi profesión y por los años de guerra en Corea había visto muchas cosas horribles y, por lo tanto, no tenía motivos para sentirme impresionado, la vista del cadáver de Hubner, a quien no había conocido jamás, causó un fuerte impacto en mi ánimo. Me pareció como si fuese una justicia inmanente la que hubiese actuado sobre aquel repelente individuo, castigando así de una sola vez y de la forma más horrible, los numerosos crímenes que había cometido. Sin embargo y bien mirado, alguien se había aprovechado —o se iba a aprovechar, mejor dicho—, de los efectos de aquella justicia: precisamente, los mismos que le habían rebanado la garganta.

Por eso lo habían hecho, para impedir que hablara. No puedo decir si Hubner se hubiera mostrado o no dispuesto a colaborar conmigo; de lo que sí estoy seguro es que ellos no habían querido correr el menor riesgo y se lo habían cargado limpiamente.

No parecía que hubiera habido lucha; al menos, no se veían trazas de ello en la estancia. Hubner aparecía tendido sobre el diván, con una pierna fuera a medias, probablemente salida en los últimos espasmos de la agonía. Seguramente, el asesino había sido conocido suyo y por eso le había dejado llegar hasta él con toda confianza. Y entonces... resulta muy sencillo, sobre todo si se lleva prevenido, sacar una barbera y ¡zas!, ahí queda eso.

Procurando no pisar la sangre, que ya empezaba a oscurecer,

cosa que me indicó que el fulano había muerto hacía dos horas cuando menos, me acerqué al diván. El cuero de vaca y la alfombra de los pies estaban completamente ensangrentados. Los ojos de Hubner miraban al techo, muy abiertos, con una expresión de supremo horror congelada en ellos en el supremo instante de su muerte.

Allí ya no tenía nada que hacer; lo único que me restaba era dar media vuelta y largarme antes de que alguien pudiera venir y ponerme en un compromiso. Conque lo hice, pero en el momento en que terminaba el giro, vi algo que brillaba en el suelo.

Me incliné para recogerlo: era un pendiente de presión, sencillo pero elegante, de buena bisutería. Lo examiné a la luz, pensando en que hay un dicho que jamás suele fallar en tales casos: *cherches la femme*. Buscad la mujer. Pero ¿quién era la que había estado allí?

Pensando en que por mucho que me esforzara, no iba a conseguir dar con ella, al menos de momento, me dirigí a la salida. Al llegar a la puerta, saqué un pañuelo y envolviéndome en él la mano, abrí la puerta, cerrando acto seguido. Llamé el ascensor y me hice conducir a la calle.

Respiré hondamente, aunque defraudado por la contrariedad que suponía para mí el no haber podido hablar con Hubner. Hubiera resultado de suma trascendencia su declaración; quizá se hubiese mostrado renuente en confesar, pero yo le hubiera obligado a ello.

Por otra parte, el hecho en sí, haciendo abstracción del crimen y, por lo tanto, de la muerte de un humano, no dejaba de alegrarme. Me temían y no deseaban que llevase a cabo mis propósitos. Eran listos y sabían que si me había puesto en campaña —y lo sabían por mi diálogo con Realson— no dejaría de hacer indagaciones en todos los sentidos y una de ellas iba a estar dirigida precisamente contra Hubner. Por lo tanto, y para estar seguros de él, pese a sus posibles protestas de absoluto silencio, lo habían asesinado. Desde luego, Hubner ya no hablaría más con nadie; esto era una cosa totalmente positiva y que no tenía vuelta de hoja.

Una vez en la calle busqué un teléfono.

—¿Teniente Sheppard? —dije.

—¿Quién le llama? —contestó una voz femenina.

—«Cara Bonita».

Hubo una exclamación de sorpresa al otro lado de la línea. Luego escuché la gruesa voz del policía.

—Hola —dijo solamente.

—Escuche, tengo que darle una noticia. ¿Conocía usted a un tal Max Hubner, del 415 de la calle 18?

—Sí —el tono de la voz de Sheppard era de asco y repugnancia—. Nunca pudimos meterle mano, ¡qué lástima! El día en que le atrape...

—Ya no podrá hacerlo, Sheppard —manifesté—. Alguien le ha cortado el pescuezo.

Oí claramente el respingo del policía.

—¡Diablos! ¿Cómo lo sabe usted, Brendyck?

—Acabo de estar en su casa. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Para qué fue a verle?

—Se acuerda usted de Polly Conniston, ¿verdad?

—Claro. ¿Acaso él...?

—Seguro. He estado haciendo averiguaciones todo el día con individuos más o menos de su misma calaña. He visto a dos y viven. El tercero era Hubner y está muerto. Eso demuestra una cosa: que él fue el autor material de la muerte de Polly.

—Y no les interesaba que hablase.

—Por supuesto. Si estos pasos —añadí con rabia—, los hubiesen dado ustedes cuando ocurrió aquel suceso, podríamos habernos evitado muchas cosas.

Sheppard aceptó la reprimenda con mansedumbre.

—Tiene razón, Brendyck, pero ya no se puede hacer nada.

—Al contrario, todavía se puede hacer mucho. Lo que acabo de ver significa que tanto Polly Conniston como Max Hubner eran simples eslabones de una cadena. Hay que buscar y encontrar a los restantes y de ello me encargaré yo.

—Tenga cuidado con lo que hace —me advirtió el policía con velado tono de amenaza—. Me gustaría que se desenredase todo y le ayudaré particularmente en lo que pueda; pero lo que ya no me agradaría tanto es que lo tomase usted en plan de venganza particular. No le di la «Colt» para...

—Bueno, cierre el chorro, le he entendido de sobra. Ahora, vaya

usted y entiéndaselas con Hubner. Ya sé lo que dirán: homicidio voluntario a manos de persona o personas desconocidas; búsquese a los autores. Y eso será todo.

—Oficialmente, por supuesto.

—Pero no en lo que a mí concierne. Adiós.

Y colgué.

Salí fuera de la cabina y crucé la acera. Monté en el coche y me dirigí a la redacción del «Daily».

Salí a recibirme un tipo enteco, con aire de no haber visto el sol en los dos últimos siglos. Mordisqueaba medio cigarrillo apagado y me miró con infinita consideración, como si fuese un mendigo y él un rey.

—¿Sí? —masculló.

—Deseo hablar con Sealer.

—Bueno.

El tipo se volvió para dentro. Unos momentos después, vino el llamado Sealer, encargado de la fotografía en general del «Daily». No nos conocíamos mutuamente, pero yo sabía la clase de trabajo a que se dedicaba por las numerosas veces que había visto su nombre al pie de las fotografías publicadas en el periódico.

—Me llamo Brendyck —dije sin más preámbulos—. Quizá usted haya oído hablar de mí.

—¿Quién no? —contestó rápidamente. Luego se ruborizó—: Bueno, dispénsame; quería referirme a todos cuantos trabajamos en la profesión. Sentí mucho lo que le sucedió, doctor.

—Olvídelo. Escuche, tengo que pedirle un favor.

—Bien, si puedo hacérselo, cuente conmigo. ¿De qué se trata?

—Su periódico publicó una fotografía mía en la cual aparecía yo bailando con Polly Conniston, en una actitud no muy ajustada a las reglas de la moral.

—Lo recuerdo. ¿Quiere el cliché?

—El cliché de poco me va a servir. Ustedes publicaron la fotografía de acuerdo con la que les suministró la oficina del fiscal. Pero estoy seguro de que no era una fotografía completa. Allí faltaba mucha gente. Solo grabaron la parte que más podía interesarles... y la que más podía perjudicarme, por supuesto.

—Entiendo. Y usted desea saber quién fue el fotógrafo que

obtuvo la placa, ¿no es eso?

—Ciertamente. Si me da su dirección, se lo tendré presente todos los días de mi vida, Sealer.

El fotógrafo agitó la mano. «Bah, olvídalo», dijo y se metió para adentro.

Volvió a los pocos momentos con una cartulina en las manos.

—Ahí tiene su dirección, doctor. Es una de esas muchachas que se dedican a sacar fotografías en los lugares de esparcimiento a los clientes. Gana bastante dinero, a lo que parece.

Leí el nombre y dirección: Jutta Eckstrom, calle Beauregard, 93.

Guardé la nota en el bolsillo y alargué la mano hacia Sealer.

—Gracias, amigo. Lo recordaré siempre.

—De nada. Que tenga suerte, doctor.

Ya estaba andando hacia la puerta y al oír las últimas palabras, volví el rostro.

—¿Por qué dice eso, Sealer?

El fotógrafo me miró fijamente.

—En los periódicos suelen saberse muchas cosas, a veces, doctor. Y usted puede ser una buena fuente de información para nosotros, eso es todo.

—¿Cuándo piensan hacer manar la fuente, Sealer? —dije.

—Es usted el que tiene el grifo en las manos, doctor. Tenga cuidado, no lo abra antes de tiempo.

—Procuraré tener en cuenta el consejo. Gracias. Adiós.

Salí de la redacción y volví al coche. Entre todas aquellas idas y venidas ya se me había pasado la mayor parte del día. Tenía hambre, pero no quise entretenerme más. Jutta Eckstrom empezaría su trabajo dentro de poco y quería alcanzarla en su estudio antes de que se marchase.

Fui a la calle Beauregard a toda la velocidad compatible con los semáforos. Boultonville tiene un magnífico inconveniente: está situado en una extensa planicie, lo cual permite la edificación en todas direcciones. Salvo en la zona estrictamente céntrica, donde hay dos o tres rascacielos de veintitantos pisos y las restantes construcciones alcanzan un nivel máximo de ocho o diez, los demás edificios están esparcidos en una extensa área que hace preciso usar el automóvil con frecuencia.

Detuve el «Chrysler» frente al número 93. Bajé de él y crucé la acera. Miré hacia arriba.

El 93 era una casa de solo cuatro pisos, moderna y bien construida. Lo malo que tenía era que estaba edificada en la zona menos concurrida y por ello su valor debía haber sufrido alguna depreciación. Pero eso no me importaba demasiado a mí. Lo único interesante era ver a la tal Jutta, de la cual no conocía ni el rostro y, en cambio, ella había obtenido de mí una placa fotográfica cuando menos. Si era una individua con método, el cliché debía estar bien archivado y entonces hacer una reproducción no sería difícil. Además, podría suministrarme una serie de detalles complementarios que más tarde tendrían gran utilidad para mis pesquisas.

Subí al tercero y al hallarme frente a la puerta la vi entornada. El corazón me dio un vuelco. ¿Otro asesinato?

Pero no, no parecía haberse producido tan desagradable contingencia, aunque nadie podía asegurar que no fuera a suceder más tarde, a juzgar por las voces irritadas que llegaban hasta mis oídos.

Era evidente que mis enemigos se me habían anticipado. ¿Qué pensaban hacer con la fotografía?

Saqué la pistola, amartillándola; no quería correr el menor riesgo. Luego empujé suavemente la puerta y me planté en el centro de la habitación sin hacer el menor ruido.

La habitación era un vestíbulo, decorado con numerosas fotografías clavadas con chinchetas en las paredes. Había una mesita, un diván, dos sillones y nada más. Las voces venían de la estancia contigua.

Me acerqué cautelosamente a la puerta. Escuché. Pude distinguir las voces de dos hombres, y luego, de repente, el clásico chasquido de una bofetada, al cual siguió un ahogado grito, emitido por una garganta femenina.

Ya no dudé más. Pegué un puntapié a la puerta e irrumpí en la estancia bruscamente.

Los dos hombres que había allí se volvieron para mirarme, terriblemente sorprendidos al verse interrumpidos en su labor. Uno de ellos fue a echar mano a la sobaquera, pero le corté el gesto encarándole el cañón de mi 45.

—Si alguno de vosotros dos, bastardos hijos de perra, mueve siquiera una pestaña, lo enviaré en el acto a jugar a la canasta con Satanás.

CAPÍTULO X

LOS fulanos se quedaron fríos al reconocirme. Yo también los reconocí a ellos: eran dos de los que fueran a visitarme recién salido de la penitenciaría.

Uno de ellos era el de pelo negro y ojos claros, cuya mano estaba aún en el interior de su chaqueta. El otro era el del aire estúpido y no sabía qué hacer: si desenfundar y liarse a tiros o quedarse quieto.

—Mejor será que no hagan nada. Usted, «Pelo Negro», quite esa mano de ahí o le pondré la caja de pensar al descubierto.

El hombre obedeció en el acto. Inmediatamente, dije a la chica que estaba sentada en un lado de la estancia, con cinco señales de dedos en su mejilla izquierda.

—Vaya por detrás y desármelos, señorita Eckstrom.

—Sí —contestó ella.

Jutta hizo lo que le decía, arrojando las pistolas a un rincón. Luego pregunté:

—¿Por qué la golpeaban?

La chica contestó.

—Me pidieron una cosa y se la negué.

—Ya me supongo qué es lo que la pidieron —dije, pensativo—. Bueno, celebro haber llegado a tiempo.

—No sabe cuánto lo celebro yo —rio ella. Era animosa y decidida, y no parecía hallarse demasiado impresionada por el hecho de tener a dos tipos de aquella calaña en su domicilio.

Moví la pistola significativamente.

—Ahuequen el ala —ordené.

«Pelo Negro» y «Estúpido» caminaron hacia la puerta, mirándome rencorosamente. Al pasar por mi lado, el primero,

inesperadamente, empujó a su compañero hacia mí.

Había previsto que aquellos dos bastardos harían alguna de las suyas. Por eso, apenas vi un brillo raro en los ojos de «Pelo Negro», me eché hacia atrás. Al no encontrar nada en su camino, «Estúpido» cayó al suelo aparatosamente.

«Pelo Negro» trató de echarse encima de mí. Se necesitan reaños para hacer eso teniendo enfrente una pistola del 45. Y él los tenía. Pero la vida me había dado a mí una dureza como jamás ellos sospecharon.

Ladeé ligeramente el cuerpo y avancé el brazo izquierdo. «Pelo Negro» se dobló un tanto y entonces bajé la mano derecha. Su cráneo resonó sordamente.

Mientras «Pelo Negro» caía al suelo sin una sola queja, giré media vuelta a la derecha, enfrentándome con el otro. Levanté el pie y se lo clavé en la ingle. Mientras se doblaba, repetí la faena.

Luego levanté ambas manos como hacen en el circo los artistas al terminar su faena. Y Jutta, claro está, me aplaudió calurosamente.

—¡Bravo, bravo! —exclamó con alborozo.

Entonces la contemplé a mi sabor, cosa que no había podido hacer hasta ahora.

Como indicaba su nombre, Jutta era puro norte. Alta, uno setenta y cinco sin tacones, cabello claro pajizo y ojos muy azules. Tenía todo lo que debe tener una mujer hermosa y Jutta lo era un rato largo. Vestía un *sweater* rojo dos números menor de su talla, que aprisionaba con inminente amenaza de explosión su busto firme y opulento. El resto de su indumentaria quedaba completado por unos *shorts* azules, tremendamente ceñidos a unas caderas sólidas y bien plantadas, donde comenzaban unos muslos de firme anatomía, y unas sandalias romanas lisas, sin tacón. No llevaba otra ropa debajo, lo cual no le impedía poseer un talle que resultaba inverosímil con aquellas curvas. Añadiré, finalmente, que su edad oscilaba entre los veintisiete o veintiocho años y que sus ojos me miraban con no velada simpatía.

—Gracias por su intervención, amigo —dijo—. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Me llamo Brendyck —dije—, y más o menos, he venido por lo mismo que estos tipos. Pero antes de seguir adelante, creo que sería

conveniente desalojar la casa de porquería.

—Tiene razón —concordó ella. Se metió en un cuarto contigo, que luego resultó ser una cocinilla, y volvió con una botella de soda, cuyo contenido usó pródigamente en los rostros de los caídos.

Estos empezaron a rebullir y al fi se sentaron en el suelo. Empecé a trabajarlos con los zapatos llenos de pie, y acabaron por incorporarse.

«Pelo Negro» y «Estúpido» me miraron airadamente. El primero dijo:

—Volveremos a vemos, matasanos. Usted no quiso hacer caso de nuestro consejo...

—Los consejos que tengas que dar tú se los ofreces a tu venerable abuelita —dije—. ¡Largo los dos de aquí, rufianes!

Los acompañé hasta la puerta, echando luego el pasador y la cadena de seguridad. Hecho esto, desamartillé la pistola y la guardé nuevamente en la funda.

Cuando volví, Jutta tenía preparadas dos copas. Me ofreció una, mirándome por encima del cristal de la otra.

—Por mi salvador —dijo.

—Por la fotografía más hermosa que he visto en mi vida —dije. Y bebí.

Dejé la copa sobre una repisa. Luego me volví hacia ella.

—¿Le parece que hablemos de lo mío, señorita Eckstrom?

—Llámeme Jutta —replicó ella con acento insinuante—. Me disgustan las ceremonias.

—Mi nombre es Lark, Jutta. Quiero pedirle un favor.

—A usted no podría negarle nada, Lark. ¿De qué se trata?

—¿Es usted ordenada y metódica, Jutta?

La pregunta le hizo respingar.

—¿Por qué lo dice, Lark? —se sentó en un divancito próximo y cruzó las piernas, hacia las cuales hube de mirar hipnóticamente.

—Er... —hice un esfuerzo sobre mí mismo y proseguí—. ¿No le han pedido esos tipos una determinada fotografía o, mejor dicho, el negativo?

—Sí, pero les dije que no lo tenía.

—Y a mí ¿me dirás también que no lo tienes? Búscalo, por favor.

—¿Sabes más o menos la fecha en que lo obtuve?

Medité unos segundos.

—Debió ser a finales de febrero del cincuenta y siete, más o menos. Me verás a mí bailando estrechamente abrazado con una fulana.

Sus ojos destellaron un momento.

—¿Andas buscándola?

—No me gusta ir detrás de las muertas —dije seriamente. Y ella se puso seria también.

—Oh, no lo sabía. Dispénsame, Lark.

—No te preocupes. Anda, date prisa.

—Aguarda un momento. Tengo el archivo en el laboratorio, aquí al lado.

—Te acompañaré —dije.

Penetramos en el laboratorio, en el cual había dos armarios metálicos. Hurgó unos momentos y al cabo sacó un carrete de negativo.

—Este debe ser. Vamos a examinarlo.

Colocó el rollo bajo la ampliadora y fue pasando fotografías del film hasta dar con la que necesitábamos. Aunque estaba en negativo, era fácil reconocerme, sobre todo porque no había otra pareja en tal posición en el resto del film.

—¿Podrías sacarme una copia de buen tamaño? —dije—. Te abonaré los gastos...

—Tonto —sonrió. Parecía como si nos conociéramos un millón de años antes.

La miré fijamente.

—¿Por qué dices eso, Jutta?

Ella también me miró. Su dedo índice jugueteó con el botón de la chaqueta.

—No me lo preguntes por ahora, te lo ruego. Lo único que deseo es que triunfes.

Permanecimos unos momentos en silencio. Luego, sin poderlo remediar, caímos en brazos el uno del otro, estrechándonos con pasión, aunque sin besarnos.

—Lark —susurró ella junto a mi oído—, consíguelo. Haz que los castiguen y que los maten. Hazlo y te daré cuanto me pidas.

Su corazón latía con violencia.

—¿Por qué lo deseas así, Jutta?

—No me hagas más preguntas por ahora, Lark. Pero sé quién eres, sé lo que te pasó y lo que pretendes. En un principio, me alegré infinito de que fueras a la cárcel. Y si quieres que te diga la verdad, fui yo misma la que facilitó la fotografía tan acusadora.

Me separé de ella, teniéndola, empero, por los hombros con ambas manos.

—¿Qué motivos te impulsaron a obrar así? Y ahora, ¿por qué actúas en sentido diametralmente opuesto, Jutta?

—Porque he podido averiguar que fuiste víctima de una canallesca confabulación —dijo ella. Estaba muy pálida y respiraba afanosamente—. Basta con lo que he visto hace unos momentos para saber claramente que no fuiste tú el autor de la muerte de Polly.

—¿Y entonces lo creías?

Me miró en silencio durante unos instantes.

—Sí.

—Pero tendrás una poderosa razón para variar de opinión. No se puede sustentar una creencia determinada durante largo tiempo y luego cambiar radicalmente.

—Preferiría que no me lo preguntases, Lark. Me siento horriblemente avergonzada por lo que hice entonces.

—Si creías obrar bien, no tiene importancia. Pero ahora puedes arreglarlo. Anda, sácame una copia.

Sonrió luminosamente.

—Claro. Aguarda un momento —dijo.

Y empezó a trabajar.

Volví a la salita y tomé otra copa. Prendí fuego a un cigarrillo y de nuevo entré en el laboratorio.

Jutta era una artista hábil y efectiva. No tardó mucho en venir hacia mí con una fotografía de buen tamaño, doble del postal, y como no había otra silla en el laboratorio que la que yo ocupaba, se sentó despreocupadamente en mis rodillas.

—¿Estás segura —pregunté— que has reproducido por completo todo el contenido del negativo?

—Por supuesto. Ahí están todos los que se hallaban a vuestro

alrededor en aquellos momentos. Supongo que querrás buscar a alguien que pueda alegar que tu encuentro con Polly fue puramente accidental y que jamás habías tenido relación con ella hasta aquella noche.

—Eres una adivina, querida. Polly era una asidua concurrente al local, en tanto que yo era la primera vez que iba. Y bastante cargado, por cierto. Como que no recuerdo haber bailado con ella.

—Ya —Jutta se mordió los labios—. Tú pretendes demostrar que no habías ido allí nunca, en tanto que Polly solía acudir a diario. Y para eso, nadie mejor que los camareros y demás gente asidua del local.

—Exacto... Tú también podrías ayudarme en este sentido.

Jutta meneó la cabeza y sus dorados rizos me cosquillearon en las mejillas.

—Lo siento. Llevaba apenas una semana trabajando allí. No podría mentir aunque quisiera.

—¡Qué lástima! —exclamé, bajando la vista de nuevo hacia la fotografía. Empecé a contemplar los rostros de cuantos habían sido sorprendidos por el disparo del objetivo.

De repente me puse a temblar. Jutta notó la excitación que me acometió.

—¡Lark! ¿Qué te sucede?

—¡Mira! ¡Este camarero!

Le señalé un individuo que pasaba cerca de nosotros, con una bandeja al lado, con el fin de esquivar las parejas de bailarines. El rostro del individuo había sido sorprendido de frente y no cabía engañarse acerca de su identidad. Al ser retratado, había quedado ligeramente apartado de nosotros, por lo cual no había salido en la fotografía recortada que la policía había entregado como prueba al fiscal, y luego a los periódicos.

—¿Le conoces?

—¡Que si le conozco! —repetí—. ¡Dios mío! Dice que si le conozco.

Volví a mirar la fotografía. No, no cabía la menor duda. Aquel hombre de la bandeja en alto era Mike Glengan.

CAPÍTULO XI

EN un instante comprendí la enorme trascendencia de la fotografía. Alguien podría negar el empleo de Mike como camarero en aquel local, cuyo nombre, omití decirlo, era el «Tarento». Pero con la fotografía como prueba, todas las alegaciones en contra quedarían automáticamente desvirtuadas.

Jutta pareció comprender mis pensamientos. Se levantó un instante y luego volvió al grato asiento de mis rodillas, entregándome algo.

—Toma —dijo—, guárdalo. Estará más seguro en tus manos que en las mías.

—Eres una chica maravillosa, Jutta. ¿Por qué haces eso?

Sus ojos tenían una humedad sospechosa al mirarme.

—Me gustaría que salieras adelante, Lark —contestó—. Cuando viniste... me mostré un poco reticente. Ahora, ya no podría.

—¿Las razones?

Me echó los brazos al cuello. Yo dejé caer el rollo de negativo y la fotografía al suelo. Rodeé su cintura, esbelta y mórbida, con ambos brazos.

—Tú —susurró—. Hay otra, pero... déjala por el momento.

Su aliento quemaba. Acerqué mi rostro al suyo. Ella inició un movimiento similar.

Luego aplasté sus labios con los míos. Ella se oprimió contra mí, rindiéndose totalmente al encanto del momento.

Más tarde me puse en pie. Recogí la fotografía y el negativo.

—Eres una buena muchacha —repetí—. Y ahora, tendrás que dejarme, he de trabajar.

—¿En qué, cariño?

—Figúratelo —respondí—. ¿No te agradecería que todo se

aclarase satisfactoriamente?

El pecho turgente se hinchó bajo el tejido que lo cubría.

—¡Oh, Dios mío —exclamó—, cómo me gustaría!

Me acompañó hacia la puerta. Volvimos a besarnos.

—Cuídate —dijo—. No me agradaría que te sucediera nada, Lark.

—Aunque solo sea por tu recomendación, trataré de hacerlo.

—Mi trabajo termina a las dos o las tres de la madrugada, y una hora más tarde los sábados. Te lo digo por si me necesitas, pues apenas suelo salir de casa más que lo imprescindible.

—Tomaré buena nota de lo que dices —pellizqué suavemente su mejilla—. Hasta la vista, hermosa.

—Hasta la vista, Larkie —dijo ella, aplicándome un diminutivo que no se había usado conmigo desde que era niño.

Una vez en el automóvil, medité unos momentos acerca de lo que había hecho y de los conocimientos que acababa de adquirir. Una de las cosas que más me preocupaba era, no la muerte de Hubner, cosa lógica si se pensaba lo que había hecho hasta entonces, sino el pendiente que había hallado junto al cadáver. ¿A quién pertenecía? Era de bisutería, aunque de buena calidad. De las mujeres que yo conocía, una no lo hubiera llevado jamás: mi prometida Rosie Mordaunt; ella solo usaba joyas legítimas. Además, ni soñar que pudiese relacionarse en algún modo con un tipo de la ralea de Hubner. Era preciso, pues, descartar a Rosie.

¿Jutta? No llevaba pendientes, bien lo había visto en el rato que estuve con ella. Sin embargo, no significaba nada; para estar por casa, podía prescindir perfectamente de aquel adminículo.

Quedaba otra. ¿Concordia?

Prendí fuego a un cigarrillo, pensando mientras veía escapar el humo. Podía ser... pero, iban tantas mujeres a entrevistarse con Hubner... No obstante, aquella era una posibilidad digna de tenerse en cuenta, a pesar de que me parecía sumamente remota.

Harto de no resolver nada, di marcha al coche y arranqué de allí. Valley Forge estaba al otro lado de la ciudad y al llegar al centro, llamé a Betty, para inquirir noticias del herido. Ahora más que nunca me interesaba conservar la vida de Mike.

—Está bien. Se mantiene la fiebre, pero su estado general es

bueno. En mi opinión, está superando los efectos del enorme choque recibido.

—Conforme, gracias. Tenga mucho cuidado con él; iré a verle enseguida. Ahora tengo que hacer una diligencia y luego...

—¡Doctor! —la voz de Betty sonaba con cierto tonillo de alarma.

—¿Qué sucede?

—Escuche; está pasando algo raro.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. Presentía lo que iba a decirme la enfermera.

—Desde el mediodía, hay un coche negro parado frente a la casa. Dos hombres la han estado vigilando continuamente, sin moverse del vehículo. Puede que sean aprensiones mías, pero su aspecto no me agrada. ¿Para qué tanto rato de espera, si no tienen a nadie a quien esperar?

—Se olvida usted de mí, Betty —dije.

—¿Es que...? ¡Oh! —Betty se ahogaba.

—No se preocupe; olvídelo. Yo resolveré ese asunto. Tengo que hacer una cosa muy importante. Acudiré lo antes que pueda; ¿estamos?

—Sí, pero venga pronto, doctor, estoy bastante asustada.

—Vamos, vamos, Betty —traté de animarla—. Usted, asustada. Eso es algo completamente nuevo para mí. Repórtese y no cometa ninguna imprudencia. Dentro de media hora iré. Hasta luego.

Colgué y salí de la cabina. Pedí un whisky, que despaché rápidamente, pues sentía la necesidad de darme un poco de ánimo. Luego salí a la calle y me dirigí al número 327 de la calle Colony.

Subí al piso de Concordia. Pensaba haber ido de todas formas, pero después de las noticias recién recibidas de Betty mi ida allí se hacía inexcusable.

Nadie contestó a mis llamadas. Insistí nuevamente, pero con el mismo resultado. Era obvio que Concordia no estaba allí, cosa que me contrarió notablemente.

Fui a dar media vuelta para marcharme, pero de repente se me ocurrió una idea. Sí, ¿por qué no comprobarlo? Ahora que no estaba ella en casa, era la mejor ocasión. Pero ¿cómo franquear la puerta, si no tenía la llave?

Recordé una conversación que había oído cierta vez en la penitenciaría. La sostenían dos de los individuos que compartían conmigo la celda, acerca de los mejores métodos de forzar una puerta sin dejar señales, cuando se carece de una mala horquilla de mujer para fabricarse una ganzúa en el acto. Y puesto que tenía a mano el material preciso para comprobar las teorías de aquellos tipos, puse manos al trabajo sin perder un minuto.

Extraje una de las ballenas de tensión del cuello de la camisa y la inserté en la ranura de la cerradura, haciéndola girar a derecha e izquierda varias veces, procurando hacer toda la presión posible. Luego la saqué y estudié las marcas que habían quedado en ella.

Con una navajita que llevaba, practiqué unas cuantas muescas en las señales. Volví a meter la ballenita, pero la puerta no se abrió.

Ahondé más las muescas, cuidando de no partir el celuloide. Efectué mi segunda intentona y la puerta se abrió. «¡Vaya unos tipos finos!», pensé, recordando a mis excolegas de celda.

Cerré cuidadosamente a mi espalda y encendí la luz. Miré en torno mío; el apartamento estaba silencioso, salvo los ruidos de la calle, que llegaban muy atenuados.

Crucé el vestíbulo y me adentré en el dormitorio.

Miré en todas direcciones, tratando de hallar un lugar adecuado para que la dueña de la casa colocara sus adornos.

El tocador estaba situado en un ángulo de la estancia y su gran espejo se hallaba oculto enteramente por un paño negro, detalle que me sobresaltó. ¿Qué extraño fetichismo constituía la manía de Concordia? ¿Acaso sentía debilidad por todo lo negro?

Fui hacia el tocador, abriendo sus cajones uno por uno. Al tercer intento hallé una caja que resonó con cierto ruido.

Abrí la caja. Había allí unos cuantos collares de perlas de imitación, anillos baratos, broches y pendientes. Volqué la caja sobre la superficie del tocador y empecé a revolver la bisutería con la mano derecha; en la izquierda tenía el pendiente extraviado en casa de Hubner.

No me sorprendió demasiado hallar la pareja. Examiné atentamente los dos pendientes, comprobando que, en efecto, eran absolutamente idénticos. El que yo había hallado tenía un ligero defecto en el muelle de presión, que era lo que había motivado su pérdida.

Lancé un hondo suspiro, al mismo tiempo que apoyaba mis manos en el mostrador. Concordia había estado allí; no cabía la menor duda. ¿Era la autora del asesinato?

El uso que había hecho del revólver en el «Silver Eagle» parecía indicar su no participación en el hecho, pero tenía una posibilidad en contra: el ruido que hubiera hecho el arma si hubiese pretendido matar a Hubner a tiros. Una navaja barbera también puede ser un arma femenina; basta un ligero cortecito en el lado izquierdo del cuello para despenar a un fulano. Ahora bien, si recordamos que Hubner tenía una raja de oreja a oreja, que lo decapitaba prácticamente, podía dudarse de Concordia como su matadora.

En efecto, el navajazo había sido asestado con fuerza, de un solo golpe; y para ello se había necesitado una mano más fuerte —yo lo estimaba así en mi calidad de médico— que la de una mujer. Pero también las mujeres puedes desarrollar a veces una fuerza tremenda, por ejemplo, cuando se encolerizan o pierden el dominio de sí mismas. En resumen, que mis dudas y vacilaciones no cesaban y que solo había una cosa cierta: Concordia había perdido el pendiente en casa de Hubner, lo cual probaba irremisiblemente que había estado allí. ¿Antes? ¿Después del crimen? ¿Para asesinarlo, a pesar de todo?

Mis meditaciones fueron súbitamente interrumpidas por una voz que me ordenó conminatoriamente:

—¡No se mueva o haré fuego!

CAPÍTULO XII

LA voz continuó dando órdenes.

—¡Levante las manos y no haga el menor gesto! ¡Tengo el cañón de mi revólver encarado directamente al centro de su espalda y nadie me acusaría de homicidio en la persona de un individuo introducido subrepticamente en mi domicilio!

Obedecí, continuando de espaldas a Concordia y sonriendo interiormente de la sorpresa que iba a llevarse cuando me reconociera. Si el espejo no hubiera estado tapado por aquel paño negro, habría podido verme el rostro a través del mismo, pero así, de espaldas, no podía saber quién era.

—Vuélvase muy despacio y siga sin bajar las manos hasta que se lo permita.

Hice lo que me decía y Concordia y yo quedamos frente a frente.

—¡Oh, es usted! —exclamó, con acento en el que se pintaba claramente la decepción.

—Baje esa mano —dije—. No me gusta verme encañonado por un arma de fuego, aunque sea por una pistolita tan pequeña como esa que gasta usted.

Concordia obedeció, metiendo el pequeño revólver, un «Smith & Wesson», en su bolso. Como de costumbre, el espeso velo negro cubría sus facciones.

—¿A qué ha venido aquí? —preguntó con voz de tonos poco hospitalarios.

—Sencillamente, para verla a usted y hacerle algunas preguntas.

—Me parece que ya hemos hablado bastante, doctor. No tengo ningún deseo de seguir adelante la conversación.

—Yo, sí —contesté rotundamente—. ¿Ha leído los periódicos?

¿Ha escuchado el último boletín radiado de noticias? Un tal Max Hubner ha sido muerto en su apartamento de la calle Dieciocho. Estaba degollado, casi decapitado, y la policía sospecha, con bastante fundamento, que en el crimen ha tenido intervención una mujer.

El pequeño trozo de rostro que podía ver de Concordia por encima de su velo palideció intensamente. Sus piernas le fallaron un tanto y hubo de extender la mano para apoyarse en la pared.

—¡Yo no he sido! —exclamó, antes de darse cuenta exacta de lo que decía.

—¿Y quién manifiesta que haya sido usted? —exclamé—. Yo me he limitado a expresar la opinión de la policía: que una mujer ha intervenido en el crimen, sin que se pueda asegurar que haya sido ella la que ha producido la herida mortal.

Esto, desde luego, no era cierto; se trataba de una simple opinión mía, expresada con ánimo de «ablandarla» un poco y que acudiera al terreno que a mí me convenía. Concordia acusó el impacto.

—No pueden probarme nada. Nadie puede afirmar que yo estuve en casa de Hubner.

—¿De veras que no? —sonreí—. Tiene usted suerte, Concordia.; de lo contrario, ahora se vería en un serio apuro.

Y de pronto, con un gesto imprevisto, levanté la mano derecha.

Concordia se estremeció fuertemente a la vista del pendiente, mostrado a menos de un metro de distancia. Tembló.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, en tono muy bajo.

Me guardé el pendiente en el bolsillo. La actitud de la joven demostraba que, en efecto, el adorno era suyo. La tomé por el brazo, que encontré de carne firme y agradable al tacto, y la llevé a la habitación contigua.

Había allí un aparador con servicio de licores. Vertí whisky en dos copas y le entregué una.

Ella denegó con la cabeza, en tanto sus negros ojos me miraban sin cesar. Le puse la copa en la mano.

—Me volveré de espaldas.

Giré sobre mis talones y así bebimos los dos. Al concluir mi copa, ella dijo:

—Ya puede volverse, doctor.

—Me llamo Lark, Concordia. Suprima los tratamientos, por favor.

Ella se sentó en el diván, dejando ver las rodillas más perfectas que me ha sido dado contemplar en mi vida, cuyo encanto estaba notablemente aumentado por el negro tejido de nylon que las cubría. Ni aun siquiera las de Jutta Eckstrom podían compararse con aquellas, y ya es decir.

—De acuerdo. ¿Qué era lo que tenía que decirme?

—Estuve en casa de Hubner. Por ahora nadie lo sabe, excepto usted y yo. ¿Para qué fue a ver a ese canalla?,

—Posiblemente, con el mismo objeto que usted... —contestó ella, ya mucho más aplomada.

—Quería saber si tuvo alguna intervención en la muerte de Polly Conniston, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me interesa que resplandezca su inocencia, Lark.

—¿A qué se debe ese súbito e incomprensible interés hacia mí?

—Le hicieron una canallada; eso es todo.

—No —sacudí la cabeza—, eso no es todo. No se dedica una mujer a hacer de detective solamente por amor al arte. Debe haber algún motivo más profundo, que usted no quiere expresar por ahora.

—Justamente. No quiero decir los motivos que me impulsan a obrar así.

—¿Hasta cuándo permanecerá callada?

—Hasta que se haya demostrado plenamente que usted es en absoluto inocente de la muerte de la Conniston.

—¿Y qué sacará de ello una vez lo haya conseguido?

—Entonces se lo diré, Lark.

—¿Y si yo no quisiera escucharla?

Encogió los hombros.

—Mala suerte para mí —dijo glacialmente.

Me senté a su lado, tratando de traspasar con la vista el espeso velo que cubría sus facciones. Su busto, firme y erguido bajo la tela que lo cubría, palpitaba suavemente.

—Escuche, Concordia —dije, con acento persuasivo—. ¿Por qué no se decide a hablar? ¿No cree que si fuera franca, tanto usted como yo podríamos adelantar mucho, sobre todo yo?

—¿Qué podría decirle que usted ignore aún, Lark? Lo sabe todo o casi todo, y lo que no sabe, carece de interés para usted.

—¿Lo cree así?... A veces, el menor detalle puede tener consecuencias básicas.

—Lo que yo pueda añadir a lo que usted conoce, de poco o de nada le servirá. Ya sabe los motivos que me llevaron a casa de Hubner. No tengo más que añadir, Lark.

—¿De verdad que no? ¿Y su enemistad con Realson, por ejemplo? Debe usted odiarle mucho para haber querido matarle.

Sus manos se crisparon unos momentos sobre las piernas. Respiró hondo y, con voz entrecortada, dijo:

—¡Por favor! No me recuerde a ese miserable. Me alegro de su intervención y de que me impidiera disparar contra él; pero no sé si sabría contenerme caso de tenerle nuevamente frente a mí y a mi revólver.

—Está bien, olvidémoslo. Y ahora, ¿qué me dice de ese velo? ¿Acaso lo lleva por un voto?

Ella vaciló en la respuesta.

—Algo parecido —contestó al cabo.

—Y, ¿cuándo piensa quitárselo?

—Cuando... cuando Realson haya sido castigado y su inocencia se haya demostrado, Lark.

—Unos motivos muy extraños, Concordia. Hasta la otra noche, no nos habíamos visto jamás... y ahora le entra un terrible afecto por mí. ¿Tan guapo soy? —pregunté irónicamente.

—Déjese de bromas y, por favor, no siga haciéndome más preguntas de esa índole. Si no tiene nada más que decirme...

—Sí que tengo algo que decirle, Concordia —murmuré. Y de repente, alargué mi brazo izquierdo, rodeando su talle cimbreante.

Al sentir el contacto de mi mano, Concordia se envaró. Me miró con fijeza, pero no hizo el menor gesto para evadirse.

Hice fuerza y la atraje hacia mí. Vi que empezaba a respirar afanosamente. Su talle se dobló ligeramente hacia atrás, pero su busto seguía aproximándose hacia mi pecho.

—Por favor —susurró.

Ya que no servían de nada los métodos directos, era preciso atacar la fortaleza por los flancos o por el punto más débil. Y vi que Concordia empezaba a ceder.

—Déjeme, Lark —suplicó. Sus ojos brillaban con un extraño fulgor, no obstante sus negativas.

Yo no dije nada. Preferí mantener la acción y utilicé la otra mano. Ella sufrió un fuerte estremecimiento y arqueó el cuerpo.

—Lark —musitó. Su mano se elevó, acariciándome la mejilla—. Lark —repitió con voz acariciadora.

La distancia que había entre nuestros dos rostros era mínima. Solo había un obstáculo para el beso que iniciaría su derrota total, y era aquel maldito velo. Levanté la mano derecha y la acerqué al bonete al cual estaba indisolublemente unido el velo.

Mi gesto fue un revulsivo para Concordia. Exhaló un grito de pavor y apoyó ambas manos en mi pecho, separándose con tal fuerza, que me hizo caer del diván al suelo, antes de que tuviera tiempo de apercibirme de su acción.

Ella se puso en pie rápidamente, estirándose el vestido de modo maquinal. Su pecho había adquirido un violento movimiento de vaivén, a causa de la agitación que la poseía.

—¡No intente jamás hacer otra cosa como esa! —exclamó airadamente—. No lo intente, o dejaré de hablarle para siempre.

Me puse en pie, bastante sorprendido y no poco desconcertado por su actitud. Sacudí maquinalmente el polvo del final de mi espalda y luego dije:

—Está bien, la suplico mil perdones... Nunca creí que una acción semejante por mi parte pudiera provocar un enfado tan grande.

—Olvidémoslo —dijo ella, replegando velas—. Ahora, ¿qué otra cosa tenía que decirme, Lark?

—Tengo un hombre herido en mi casa, usted ya lo sabe —dije—. Estoy seguro de que tratan de hacerle algo feo. Me conviene mantenerle con vida, puesto que él puede ser un testigo muy importante en el proceso de revisión de mi caso. Usted se ha declarado dispuesta a ayudarme. Supongo que sus palabras no habrán sido una mera expresión de cortesía.

—Por supuesto que no. ¿Qué es lo que pretende hacer, doctor?

—Darles esquinazo a esos tipos, entre los cuales debe andar el tal Realson, y traerme aquí a mi amigo. Lo tendré hasta que esté curado. Entonces... Bueno, supongo que mientras se repone habré conseguido atar todos los cabos para requerir su testimonio ante el juez. Si cree que ello le va a reportar demasiadas molestias —concluí—, dígamelo con toda franqueza.

—Tráigalo aquí —contestó ella sin vacilar—. Que se venga también la enfermera. Y yo me situaré en la puerta con el revólver para hacer fuego contra todo aquel que quiera penetrar en mi casa con intenciones hostiles.

—Gracias —sonreí—. Es usted muy buena, Concordia.

—No —decretó ella—. Solamente egoísta. Pero no me pregunte los motivos.

—Está bien, seré discreto. Y ahora, ¿a qué hora le parece que vengamos? Cuanto más tarde mejor, para no ser vistos, ¿no cree?

—Sí —aprobó la joven. Entró en su dormitorio y volvió a los pocos instantes con dos llaves—. Una es la del apartamento; la otra, de la puerta de la casa.

—Gracias —contesté, echándomelas al bolsillo. Reí para mis adentros al pensar en su sorpresa si hubiera sabido la forma que había tenido de entrar en su casa. Luego dije—: ¿Me permite usar el teléfono?

—Claro. Prepararé dos copas mientras tanto.

—¿Ha dicho dos? —pregunté, en tanto marcaba el número de mi casa.

—Dos, sí —repuso ella con firmeza.

Me entregó una casi de inmediato. Ella se tomó la otra como la vez anterior, esto es, vuelta de espaldas a mí. Casi en el acto sonó la voz de la enfermera.

—¿Betty?

—Hola, doctor. Mike sigue igual.

—Bien. ¿Novedades?

—Sí. Ha tenido dos llamadas, que he registrado.

—¿Quiénes son?

—Una de ellas es de un tal H. Ellis, Probation Officer[1]. Reside en el 51 de la calle Davy Crockett. Dice que debe ir a verle mañana

sin falta.

—¡Maldición! —dije.

Con todos aquellos líos, había olvidado que tenía que entrevistarme con el oficial encargado de mi vigilancia en tanto permaneciera en libertad condicional hasta el cumplimiento total de los once años de condena. Esto podía acarrearle un grave disgusto y la noticia me contrarió vivamente.

Añadí:

—Está bien, iré sin falta. ¿La otra llamada?

—Se llama Daphne Karr y trabaja en el «Silver Eagle». Vaya amistades que se gasta usted, doctor —se quejó la enfermera.

—Está bien, está bien. ¿Qué dice esa Daphne? —pregunté, mirando a Concordia de reojo.

—Que vaya a verla cuanto antes. Vive en el 48 de la calle Frontier. Tiene algo importante que comunicarle.

Medité unos segundos. ¿Sería la camarera de las caderas ampulosas que había tratado de seducir a Glengan?

—Conforme. Iré... en cuanto pueda. Y ahora, dígame: ¿están todavía los vigilantes frente a la casa?

—Sí, pero ahora son otros. Los relevaron hará así como media hora.

—Seguramente están esperando a que vaya yo —contesté—. Les complaceré. Aguárdeme; en diez minutos estoy ahí.

—¡Doctor! —chilló Betty, pero ya había colgado. Trasegué el contenido de la copa de un solo trago. Concordia me miraba con aire entre curioso y divertido.

—Parece que las mujeres le persiguen —comentó.

—Suerte que tiene uno —refunfuñé. La noticia de que Ellis quería verme me había dejado mal sabor de boca—. Bien, me marchó; volveremos a la madrugada.

—Estaré esperándoles.

Me acompañó a la puerta y no opuso resistencia alguna cuando le tomé la mano. Fui a decirle algo acerca del velo, pero me contuve.

—Hasta luego —fue todo lo que hablé como despedida.

CAPÍTULO XIII

MIENTRAS rodaba hacia mi casa, empecé a pensar sobre la norma de conducta a seguir. Por el momento, sabía una cosa que era fácil deducir: los tipos que me vigilaban no harían nada en tanto yo no estuviera allí. ¿Razones? Una muy sencilla y poderosa; necesitaban mi presencia en la casa para entrar, liquidar a Mike y entonces meterme en un jaleo del cual me sería muy difícil salir y que llevaría consigo, aparte de otras sanciones, la revocación automática de mi libertad bajo palabra. Esto significaba siete años de permanencia en la penitenciaría, y el panorama no tenía nada de agradable. Era preciso, pues, hacer algo para deshacerme de aquellos tipos. Pero ¿cómo?

La vista de una cafetería cercana me inspiró una idea que creí efectiva y sensacional. Paré el coche y entré en el local, adquiriendo dos botellas de licor que coloqué en el asiento junto a mí. El camarero me había proporcionado también una bolsa de papel, con lo cual las botellas podían pasar inadvertidas.

En lugar de dirigirme directamente a mi casa, tomé por una calle paralela, situada a la izquierda. Al llegar a la altura de donde yo vivía, más o menos, giré por una vía transversal, deteniendo el coche antes de llegar a Valley Forge. Entonces me apeé y tomé la bolsa con las botellas.

Doblé la esquina, caminando por la acera opuesta. No tardé mucho en divisar el automóvil desde donde se hallaban espiando los dos esbirros.

Caminé con aire intrascendente. El automóvil se hallaba estacionado en el espacio situado entre dos faroles, de modo que su interior permanecía casi en tinieblas. Al pasar por debajo del farol más cercano, incliné la cabeza, con objeto de que el ala del sombrero proyectara aún más sombra sobre mis facciones.

Aparentemente, era un pacífico ciudadano que regresaba a su casa con algunos encargos que le había hecho su mujer.

Llegué a la altura del vehículo y entonces me volví bruscamente hacia ellos, ya con la automática en la mano.

—No se muevan o los frío —dije truculentamente.

Se quedaron tiesos.

Uno de ellos era el gorila del párpado caído. El otro era «Estúpido». Sus bocas se abrieron a la vez en una mueca idiota.

La calle, a aquellas horas, estaba completamente desierta. Ambos bandos habíamos jugado con la misma circunstancia, pero, de momento, todos los factores jugaban a mi favor.

Me retiré un paso y dije:

—¡Salgan! Los dos por el mismo lado y sin hacer gestos raros. Saben lo que es una «cuarenta y cinco» y conocerán sus efectos. ¡Pronto, bastardos!

Obedecieron sin rechistar. Cuando los tuve frente a mí, les hice volverse de espaldas.

—Apoyen las manos en el techo del auto y retiren los pies un metro, poniéndose de puntillas.

Dejé la bolsa en el suelo, sin cesar de encañonarles. Con tipos como aquellos, uno tenía que usar cien ojos si quería salir vivo.

En la postura ordenada, registrarlos era la cosa más fácil del mundo. Dos pistolas de pavoroso aspecto pasaron a los bolsillos de mi chaqueta. Entonces me incliné y, a tientas, tomé una botella, que descorché con los dientes.

—Tú, gorila, vuélvete. «Estúpido», sigue quieto.

El del párpado perezoso obedeció. Le alargué la botella.

—Toma y bebe hasta que yo diga basta. ¡Aprisa!

No tenía otro remedio que hacer lo que yo le decía. Agarró la botella y pronto escuché el «gluglú» del licor que se deslizaba por su garganta. Cuando vi que su rostro se situaba al borde del estallido, dije:

—¡Basta!

El gorila se tambaleó. Eructó ruidosamente y tragó aire con ansia.

Acto seguido, repetí la misma faena con «Estúpido», al cual hice liquidar el resto de la botella. Un denso olor a alcohol se expandió

por el ambiente.

—Bueno —dije, después de la sesión de taberna al aire libre—, y ahora, adentro. Primero tú, «Estúpido». No, ahí no, en la parte trasera.

Ya se tambaleaban. No se puede ingerir medio litro de whisky sin sentir inmediatamente sus efectos. «Estúpido» hipó y casi estuvo a punto de caerse al abrir la portezuela.

Me situé a un costado. Al inclinarse para entrar, le di con el cañón del arma en la nuca. «Estúpido» roncó y se desplomó, ayudado por mi pie izquierdo, usado con habilidad, en el interior del vehículo. El gorila quiso revolverse mientras tanto, pero el alcohol le había hecho perder facultades y me bastó atraerle hacia mí con la mano izquierda, en tanto alzaba la derecha con la pistola, para dejarle fuera de combate.

Los dos cuerpos quedaron tendidos en el suelo del vehículo. Tomé la segunda botella de licor y la derramé pródigamente sobre sus cuerpos. Acto seguido pasé al volante y arranqué de allí.

Seguí la avenida hasta su final, doblando luego hasta alcanzar la ruta nacional. Un kilómetro más allá, frené lo suficiente para poder saltar sin peligro, pero sin quitar la marcha. El coche se salió fuera de la carretera, dio un par de tumbos y luego se quedó quieto.

Me sacudí el polvo de las manos. Aquella pareja de tipos se iba a ver en serias dificultades cuando les encontrara la policía de patrulla. No solo olerían a whisky, sino que el análisis demostraría una alta concentración de alcohol en sus venas. Esto les daría mucho en qué pensar.

Naturalmente, tuve que volver a pie a casa. Pero no me costó más allá de veinte minutos. Recogí el coche y lo dejé aparcado en lugar conveniente.

Betty me acogió con los nervios a punto de estallar.

—¡Doctor! ¿Qué ha estado haciendo? ¿Por qué tardó tanto?

—Aparté los dragones de la puerta. ¿Cómo sigue Mike?

—Bien, pero... Oh, creí que iba a explotar con su tardanza.

—Asómese a la ventana y verá el camino despejado; eso es lo que motivó mi retraso. Y ahora, vamos a disponerlo todo para llevarnos a Mike de aquí.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, doctor? —se espantó Betty.

—Mi casa no es ya segura para nadie —repuse—, con que hemos de largarnos con la música a otra parte.

—Lo comprendo. Sin embargo, Mike está aún muy débil y un traslado podría causarle graves perjuicios.

—Mayores los sufriría si se quedase aquí. Hemos de arriesgarnos, Betty, no nos queda otro remedio. Prepare todo lo concerniente a medicamentos; usted se encargará de conducir, mientras yo llevo a Mike.

—Conforme.

En tanto ella disponía un paquete con todo lo que íbamos a necesitar, llamé a la policía de patrullas, denunciando el «accidente». Colgué antes de que pudieran identificar la llamada, y acto seguido subí a ver al herido.

Mike dormía plácidamente, aunque lo vi muy pálido. Su pulso era débil y la respiración ligeramente por encima de lo normal. Cuando un proyectil entra en la carne después de haber atravesado la ropa, es casi inevitable que algunas hilachas de tejido penetren en la herida y entonces se produce una infección que, normalmente, es atacada por las mismas defensas del cuerpo humano. Pero cuando este, como en el caso de Mike, se encuentra debilitado por alguna causa, el ayuno, por ejemplo, las defensas disminuyen; y solo gracias a los antibióticos no había pasado la cosa a mayores.

Un cuarto de hora más tarde, Betty anunció que estaba lista. Envolvimos a Mike en un par de mantas y lo bajé en brazos hasta la calle, procurando que no le diera el menor soplo de aire, a fin de no provocar la pulmonía, que hubiera complicado extraordinariamente el proceso de su curación.

Llegamos a casa de Concordia media hora más tarde. Debía estar esperándonos, porque salió a abrirnos apenas sintió el ruido de nuestros pasos en el corredor.

—Entren —dijo sin más explicaciones.

Nos condujo a su propio dormitorio, en donde acostamos a Mike, al cual hice un severo examen de su estado general, acto seguido.

Betty me miró inquisitivamente.

—No me gusta su aspecto, doctor —manifestó.

Apoyó la barbilla en mi mano. Medité durante unos segundos, ante la expectación de las dos mujeres.

—El «shock» se ha reproducido parcialmente con el traslado —dije—. Es preciso sacarlo de esta situación, pero en su equipaje no ha traído nada de lo que necesito.

—Si es necesario —se ofreció Concordia—, saldré en busca de una farmacia para adquirir lo que sea preciso.

—No, usted no; podría provocar sospechas y más a estas horas tan intempestivas. Betty, póngale una subcutánea de cardiazol con efedrina para estimularle el corazón y la respiración. Añadirá trescientos centímetros cúbicos de plasma en venoclisis y luego una de suero hipertónico glucosado de diez centímetros. Mañana, a primera hora, lo hibernaremos.



—inyéctele cardiazol...

—¿Hibernación? —se extrañó Betty.

—Sí. Hay que reducir en lo posible el funcionamiento activo de su metabolismo. En cuanto se haga de día, adquiera lo necesario.

—Combinado de Fenegan, dolantina y novocaína.

—Exactamente. Así reduciremos su temperatura y podremos salvarle. Una inyección a las ocho de la mañana y otra a las cinco de la tarde. Con esto tendrá más que suficiente para cuarenta y

ocho horas. Si reacciona, lo hará antes de que pase el plazo citado —exhalé un suspiro—. Afortunadamente, no se ha producido el neumotórax; la bala ha penetrado en el lóbulo inferior del pulmón derecho y, aunque perforó la pleura, el nervio frénico del diafragma obró instantáneamente, levantándolo y cerrando la perforación pleural en el acto. Nos hubiéramos visto en un serio aprieto de haberse producido tal contingencia.

—Muy bien, doctor —aprobó Betty, la cual empezó a trabajar de inmediato.

—El cardiazol con efedrina que sea de un centímetro cúbico.

—Conforme.

Me sentía enormemente fatigado. No había parado en todo el día y, para colmo, tampoco había tomado ningún alimento desde el desayuno. Aunque tenía apetito, lo que más deseaba en aquellos momentos era dormir.

Consulté el reloj; ya había dado la una. Busqué con la vista algo donde descansar y Concordia pareció adivinar mis pensamientos.

—Venga, doctor —dijo, tomándome de la mano.

Dejé a Betty que trabajara; tenía la suficiente competencia para actuar sin mí. Concordia me condujo a la salita, donde me hizo tenderme en el diván.

Se arrodilló a los pies y me descalzó con gesto lleno de afecto. Luego me cubrió con una manta y apoyó mi cabeza en un cojín.

Fue a marcharse una vez hubo concluido, pero se lo impedí, tomándole la mano.

—Concordia, a pesar de su rareza con el velo, quiero que sepa que la considero una chica excelente.

Su voz tembló ligeramente al darme la respuesta.

—Gracias, Lark.

—¿Por qué hace tanto por mí? —pregunté.

La tomé por los hombros y la atraje hacia mí, percibiendo claramente el intenso temblor de su esbelto cuerpo.

—Ya se lo dije antes: por egoísmo.

—¿Solamente por egoísmo?

Hice más fuerza y su rostro se acercó al mío. Respiraba rápida y afanosamente.

—Por favor, Lark —dijo.

—Concordia.

—Déjeme, Lark, se lo ruego, por lo que más quiera. No... no me obligue a hacer lo que no deseo en modo alguno.

—Un beso no tiene importancia alguna, Concordia —respondí.

—Para mí, sí.

—¿Mucha?

—Enorme, como no puede figurárselo.

—¿Porque si me lo diera tendría que quitarse el velo?

—Exactamente.

—Y no lo desea, ¿verdad?

Movió la cabeza de derecha a izquierda, en silencio.

—Hagamos una cosa; cerraré los ojos y...

Ella puso sus dedos sobre mis labios. Me pareció que sonreía debajo del velo.

—Confórmese con esto por ahora, Lark. Duerma, lo necesita. Mañana tiene mucho trabajo.

Tomé la mano de la joven y la besé apasionadamente. Sentí sus estremecimientos y vi que cerraba los ojos un instante, a la vez que un hondo suspiro se escapaba de su pecho. Algo brilló en los lagrimales y goteó cálidamente sobre mi rostro.

—Lark —suspiró de nuevo.

De pronto, se puso en pie y echó a correr.

Permanecí unos momentos con la vista fija en la puerta por donde había salido la muchacha. Luego, alcé el brazo y busqué el interruptor de la lámpara que había a la cabecera del diván. Me dormí un minuto más tarde.

No desperté hasta que percibí junto a mí el sabroso olor de los huevos con jamón. Abrí los ojos y vi a Concordia a mi lado, depositando una bandeja repleta de alimentos en una mesita baja.

—Coma, Lark, lo está necesitando.

—No lo sabe bien —contesté.

Me senté en el diván y atacué en el acto los alimentos.

Estaba a medio desayunar cuando oí la puerta de la calle. Betty entró con un gran paquete en las manos.

—Hola, doctor. ¿Ha descansado bien? ¿Qué tal, Concordia? Aquí traigo todas las cosas que necesitamos y algunas más. ¿Cuál es la dosis exacta para la inyección?

Betty aparecía fresca y descansada, como si no hubiera pasado una noche en vela. Pero sus ojos, si uno se fijaba bien, aparecían orlados por sendos círculos violáceos que indicaban la necesidad de descanso.

—Dos centímetros cúbicos para el combinado de Fenegan, uno de dolantina y diez de novocaína. Intravenosa. Vaya preparándola y avíseme cuando esté lista.

—Conforme.

Terminé de desayunar rápidamente y pasé al cuarto del herido, cuyo aspecto no había mejorado perceptiblemente. Sobre una mesita cercana estaban todos los medicamentos que era preciso aplicarle.

—Inyéctele también ochocientas mil de penicilina; es preciso suprimir hasta la raíz el menor síntoma de infección.

Con mano experta, Betty clavó la aguja en la vena de Mike, quien continuaba todavía en la inconsciencia. El líquido que habría de rebajarle la temperatura, reduciendo en gran parte las funciones vitales y evitando así un excesivo trabajo en el corazón, penetró poco a poco en su sangre.

Al terminar quitó la aguja.

—Tómele la temperatura dentro de diez minutos.

Consulté la hora. Eran las ocho y cuarto y tenía que salir, pero no antes de que hubiera visto producirse los efectos de la inyección hibernante.

Mientras tanto, pasé al cuarto de baño. El espejo estaba también oculto por un paño negro, lo cual me hizo lanzar una maldición. Necesitaba afeitarme, pero no tenía allí los utensilios, de modo que lo único que hice fue asearme rápidamente y volver a vestirme.

Tardé un cuarto de hora. Al regresar junto a Mike, comprobé que la temperatura ya había iniciado el descenso. Prendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

A las nueve, la temperatura estaba un grado por debajo de lo normal. Mis predicciones se estaban cumpliendo. El pulso era de cuarenta y siete y las respiraciones no pasaban de once. Una buena labor, evidentemente, me elogí a mí mismo.

—A las doce —ordené—, trescientos centímetros cúbicos de suero fisiológico. Si no volviera antes, a las cinco la segunda

inyección de hibernación. Llamaré de todas formas, para saber qué tal sigue.

—Conforme —dijo Betty.

Concordia me acompañó hasta la puerta.

—¿Tan importante es para usted la vida de ese hombre, Lark? —inquirió en el momento de la despedida.

—No se trata ya de que sea un testigo vital para mi caso, sino de que estuvimos juntos en la guerra y le aprecio enormemente. Por eso quiero que salve la vida. Concordia.

—Es usted extraordinariamente humano, Lark —musitó ella—. Aunque solamente fuera por lo que ha hecho por Glengan, merecía salir con bien de este asunto.

—¿No me lo desea usted? —pregunté intencionadamente.

Los ojos de ella brillaron de pronto.

—Con toda mi alma —exclamó impulsivamente.

Tenía sus manos entre las mías y, actuando de pronto, la atraje hacia mí, estrechándola contra mi pecho. Su corazón latió trémulo junto al mío. Pero arqueó el torso, separando el rostro.

—No, Lark, no, por lo que más quiera.

—Tengo la sensación de que me estoy enamorando de usted, Concordia —dije—. Si eso es cierto y usted comienza, como parece, a experimentar sentimientos parecidos hacia mí, nada ni nadie impedirá, el día en que eso sea una realidad, que arranque ese velo que estoy empezando a odiar tanto como a amarla a usted.

Sus pestañas aletearon rápidamente.

—Sí —fue todo lo que dijo, y luego se separó bruscamente—. Hasta luego.

—Adiós —contesté, y salí.

Las pocas horas que había dormido, el desayuno y la ducha, me habían reconfortado, dejándome como nuevo. Bajé a la calle ligero como un chiquillo. Subí al coche y partí raudamente en busca de la calle Frontier. Allí era donde vivía Daphne Karr.

CAPÍTULO XIV

LA calle Frontier era la gemela de la Pioneers, por eso llevaba aquel nombre. Para más detalles, Colfax vivía también allí, aunque en casa distinta a la que ocupaba Daphne Karr. Detuve el coche en una bocacalle cercana y recorrí a pie los metros que me separaban del número 47.

Tenía que ir a ver también a Ellis, pero supuse que las nueve y media de la mañana era mejor hora para hablar con la Karr, ya que seguramente se habría retirado tarde de su servicio en el «Silver Eagle» y no faltaría de su casa en aquellos momentos. La casa era aún más cochambrosa que la de Colfax y a aquellas horas hedía ya a coles hervidas que daba náuseas.

Subí hasta el segundo piso, que era donde vivía la camarera. Al ir a llamar, advertí que la puerta estaba abierta.

En el acto me envaré, poniendo sobre alerta todos mis sentidos. Era la tercera vez que me encontraba con una puerta abierta. La primera, había hallado un cadáver. La segunda, no había sucedido lo mismo por puro milagro. La tercera...

Penetré en silencio. Al cruzar el umbral oí un extraño ruido, algo así como el gorgoteo que hacen las últimas porciones de agua para escapar por el sumidero de un lavabo. Después, una patada a algún mueble, el cual crujió sordamente.

Eché mano a la sobaquera, aunque sin sacar la pistola. Crucé el astroso vestíbulo y empujé la puerta de la habitación contigua, que era el dormitorio.

Entonces vi un cuadro horroroso que puso mis pelos de punta. Daphne Karr estaba muriendo ahorcada.

La camarera pendía, por una cuerda que le rodeaba el cuello, del montante de la puerta que conducía al baño. La lengua, tumefacta, asomaba por sus labios amoratados y los ojos

amenazaban con salirse de sus órbitas. Había una silla caída en el suelo, a sus pies, los cuales colgaban a veinte centímetros del suelo, y sus piernas se contraían con espasmos de tétanos. Ya no brotaba ningún sonido de su garganta.

Mi primera intención fue arrojarme sobre ella. Aún alentaba; quizá podría salvarse con un enérgico tratamiento. No estaba muy seguro de ello; si el cerebro había permanecido más de un minuto sin riego sanguíneo, las células cerebrales habrían sufrido lesiones irremediables; pero mi deber, por encima de otra consideración de cualquier género, incluyendo lo valiosas que podían ser para mí sus manifestaciones, era intentar salvarla al precio que fuera.

Pero en el momento en que daba el segundo paso dentro del dormitorio, sentí un ruido sospechoso a mi espalda. Me volví rápidamente, a punto de ver una sombra que se arrojaba sobre mí.

Levanté el brazo para defenderme. Mi gesto resultó tardío. Algo estalló con devastadores efectos dentro del interior de mi cráneo y me derrumbé al suelo, tan sin conocimiento como un buey golpeado por la maza del matarife.

Cuando me desperté, sentí un vivísimo dolor en el lugar golpeado. Permanecí unos momentos en el suelo, con el rostro apoyado en el sucio linóleo del pavimento, tratando de dominar las bascas que me acometían. Luego apoyé las manos y conseguí quedar sentado a medias sobre mis talones.

Sacudí la cabeza. Las ondas de dolor fueron y vinieron con atroces martillazos. Poco a poco, el dolor remitió, aunque sin cesar del todo, pero permitiéndome ponerme en pie.

Miré a Daphne. La camarera había dejado ya de moverse. Pendía del montante lacia y relajada, vestida solo con un somero camisón, lo cual indicaba que había sido sorprendida en pleno sueño. Aunque tenía desfiguradas horriblemente las facciones por la espantosa agonía, era fácil reconocer en ella a la provocativa camarera del «Silver Eagle». Ya no volvería a guiñar el ojo a nadie; sin duda se habían enterado de sus intentos de hablar conmigo y habían enviado a alguien a eliminarla. Un retraso de dos minutos tan solo había bastado para que muriera en una forma harto espeluznante.

Me acerqué a ella, examinándola con ojo clínico, aunque procurando no tocar nada. Tenía las manos ligadas a la espalda y

esto era más que suficiente para evidenciar el crimen. En el lado derecho de la cabeza, sobre la oreja, tenía una gran contusión. Los indicios estaban claros: la habían golpeado para atontarla y luego de atarle las manos, la habían colgado del montante. Ella había recobrado el conocimiento, pero entonces era ya demasiado tarde.

Y el asesino había permanecido allí, hasta tener la seguridad de que la joven moría, o bien disfrutando, con un sadismo realmente inconcebible, del macabro espectáculo. Fuera como fuese, le había sorprendido casi a la mitad de la faena y se había visto obligado a parapetarse tras la puerta, golpeándome apenas adiviné mis intenciones de socorrer a Daphne. Yo no era hombre que les conviniese muerto; mi asesinato podría provocar, quizá, un escándalo que les alcanzase gravemente con sus salpicaduras. Les interesaba más inutilizarme, apartarme de la circulación, en suma.

Esto me hizo pensar hondamente. ¿Había algo más en la muerte de Polly Conniston que no les convenía que saliera a relucir? Las frases del teniente Sheppard volvieron a mi imaginación.

Por lo que estaba viendo, allí había habido más que el simple fallecimiento de una muchacha de vida más o menos alegre, con la cual, y esto era lo más grave, yo había bailado una vez y de tal modo que parecíamos viejos conocidos a juzgar por la comprometedor fotografía. ¿Qué era la Conniston en realidad? ¿Qué papel desempeñaba su muerte en todo aquel asunto?

Lo único cierto que había era que, a quien fuese, no le convenía mi actuación. ¿Quién o quiénes eran esas personas? Había alguien que podía decírmelo, y se llamaba Realson. Tendría que entrevistarme con él y procurar hacerlo de una forma más diplomática y positiva que la vez que nos viéramos en el «Silver Eagle».

Aparentemente, el Bello Apolo era el jefe de la pandilla, pero por encima de él había otra persona que le daba las órdenes. Lo único que tenía que hacer era atrapar a Realson a solas y hacerle cantar, pero había un pequeño inconveniente, muy difícil de obviar: siempre llevaba al lado un guardaespaldas por lo menos. Si conseguía deshacerme de sus satélites, tendría conseguido el ochenta por ciento de mi triunfo; no creía que Realson resistiese mis procedimientos persuasorios. Con solo verle la forma de actuar en aquel indecente tabernucho había podido convencerme de que

no era el valor su más firme cualidad.

Allí no tenía nada que hacer. Estaba seguro de que Daphne no era mujer que guardase cosas escritas; todo cuanto tenía que decirme estaba en el interior de su cráneo, y este ya no le servía ahora para nada. Aquella muerte había dejado planteadas varias incógnitas: qué era lo que tenía que decirme, cómo se habían enterado de que quería hablarme, por qué razón quería ayudarme... y no digo quién había sido su asesino porque esto era fácil de averiguar. Cualquiera de los miembros del «gang» de Realson, si no este mismo; el Bello Apolo tenía la apariencia de quien solo es valiente con las mujeres.

Consulté mi reloj. El desmayo había durado poco, diez minutos a lo más. No me convenía permanecer allí demasiado rato, pues en cualquier momento podía llegar la policía y sorprenderme con un cadáver poco menos que en las manos, cosa que, en mi actual situación, no me convenía, ni mucho menos.

Salí del piso, procurando no dejar mis huellas. Cerré cuidadosamente y me enfrenté con el hedor a coles agrias.

De allí me dirigí a la calle Davy Crockett. El número que buscaba pertenecía a una casa de apartamentos, lujosa y con aspecto de haber sido construida durante mi ausencia. Penetré en el vestíbulo, todo él «tapizado» con mármoles blancos y negros, y me dirigí al conserje, ante la ausencia de un indicador gráfico de los inquilinos.

—¿El señor Ellis? —pregunté.

El conserje me arrojó una mirada entre suspicaz e intrigada. Estuve a punto de soltarle un «¿Qué le pasa, no le gusta?», pero lo pensé mejor y adopté una actitud de virtuosa modestia, a fin de pasar por un ciudadano pacífico e inofensivo.

—Cuarto, letra D.

—Gracias —contesté, encaminándome al ascensor.

Al hallarme en el cuarto piso, busqué la letra D. Toqué el timbre y aguardé.

La puerta se abrió unos momentos más tarde y en su marco apareció la deliciosa figurita de una doncella de película. Menudita, pero bien proporcionada y con todos los entrantes y salientes que toda mujer debe tener, puestos exactamente en su sitio. Llevaba un peinado *gonflé* altísimo que daba a su cabeza un encantador aspecto

piriforme, y entre esto y los tacones de diez centímetros, parecía el doble de alta de lo que era en realidad. Desde luego, el traje negro con los adminículos blancos le sentaba admirablemente.

—¿Sí? —dijo, muy divertida al parecer ante el examen de que era objeto.

—Estoy citado con el señor Ellis —dije, envidiando para mis adentros al afortunado patrón de aquella estupenda criatura.

La doncellita abrió mucho los ojos y puso la boca en O. Esto empezó a escamarme.

—¿El... señor Ellis?... —sonrió extrañamente. Se echó a un lado —. Pase usted, caballero. ¿A quién debo anunciar?

—Brendyck, Lark Brendyck. Dígale al señor Ellis que él mismo llamó ayer por la tarde a mi casa.

—Muy bien, señor Brendyck. Sírvasse esperar unos momentos —me indicó un cómodo diván.

La doncellita se marchó hacia la puerta opuesta con un pícaro contoneo de sus caderas. La puerta estaba semioculta por unos pesados cortinajes de terciopelo rojo, y al llegar allí, puso su mano en el talle, ladeando el cuerpo con el fin de hacer resaltar aún más los encantos situados al sur del talle. Soltó una leve risita y desapareció tras los cortinajes, dejándome no poco intrigado.

Arrojé un rápido vistazo en torno mío. El piso estaba montado con un lujo asiático. Buenos muebles, cuadros excelentes y un gusto delicado en la decoración de estilo clásico, mas no pasado de moda. Vaya un oficial de Libertad Bajo Palabra, pensé.

La doncellita vino unos segundos más tarde.

—Tenga la bondad de seguirme —dijo—. He recibido orden de hacerle esperar en la salita privada.

Asentí en tanto me disponía a seguirla. Eché a andar, pero tropecé con ella apenas había dado un paso, pues se había detenido sin volver el cuerpo. Giró la cabeza y me miró por encima del hombro con expresión incitante.

—Me llamo Paulina —dijo con voz que era poco más que un susurro—, y tengo libres tres tardes a la semana. Mañana, por ejemplo.

—Magnífico. Quizá encuentre un rato para acudir al... —pensé desesperadamente—, al «Trocadero» —dije al cabo.

—Estupendo —aprobó ella—. ¿A las cinco?

—A las cinco.

Paulina soltó otra risita y continuó su camino, dejándome segundos más tarde en una coquetona salita, sin otra iluminación que una muy vaga que salía de dos de los rincones. Muebles cómodos y mullidos, un bar en una esquina, junto al cual se veía un aparato que era radio, televisión y gramola, todo en uno, y un par de cuadros de firmas caras. Si eran imitación, estaban muy bien hechos, desde luego.

No tardé mucho en oír un rápido taconeo. La entrada a la salita privada estaba cerrada por unas cortinas similares a las anteriores y una mano las alzó para penetrar en el interior.

Me había sentado para esperar y me puse en pie al ver a una mujer que avanzaba hacia mí con la sonrisa en los labios. Mi examen duró apenas un segundo, pero en ese corto espacio de tiempo pude captar muchos detalles.

Era alta y esbelta, aunque en su esbeltez se notaba mucho la acción de una dieta sabiamente dosificada y la hábil mano de un buen masajista. Su pelo, leonado, estaba sujeto en la nuca con un gran rodete, de modo que las orejas, menudas y bien trazadas, quedaban al descubierto. Unos pendientes de gran valor llegaban casi hasta los hombros, haciendo juego con el pesado collar que descansaba sobre el amplio y prominente busto de la dama, mal contenido por el traje sastre que vestía, de un color gris azul, con el cuello de terciopelo negro. La falda era estrecha, tubular, y comprimía unas caderas rotundas y matroniles que no desvirtuaban, antes aumentaban el indudable encanto de su figura.

Las piernas estaban magníficamente torneadas, envueltas en lo que me pareció seda auténtica, y los zapatos eran de cocodrilo legítimo. Sus ojos eran azul oscuro y debajo de la nariz, de un corte completamente griego, había unos labios retocados con un rojo guinda oscuro, de diseño sensual y atrevido.

Calculé su edad en unos treinta y cinco o cuarenta años; cuando uno se topa con una mujer de tal calibre, no es posible fijar exactamente la edad si no es acudiendo al Registro Civil. Se maquillaba tan hábilmente, que no era posible descubrirle una sola pata de gallo y, para terminar de una vez, diré que el perfume que usaba valía al menos veinte «machacantes» la onza. Desde luego,

era una hembra que hacía juego con la decoración del piso.

—¿Señor Brendyck? —dijo, con voz algo ronca, pero deliciosamente modulada.

—A sus pies, señora —dije—. El señor H. Ellis...

La mujer sonrió encantadoramente.

—Creo que padece usted un error, señor Brendyck. El señor Ellis no existe. Murió hace algunos años, dejándome su apellido.

«Y mucho dinero», agregué yo por mi cuenta, lleno de estupefacción...

—Temo que ha padecido usted un error, derivado sin duda de la llamada que ordené hacer a mi doncella —siguió ella—. Mi nombre es Hermione y por eso quizá la mujer que tomó el recado en su nombre, se confundió creyéndome perteneciente al sexo opuesto.

—No sabe usted cuánto celebro el error —dije, tratando de recuperarme de la sorpresa—. Todos los días me gustaría cometer una equivocación como esta... si la mujer fuese siquiera la décima parte de lo hermosa que es usted.

El elogio esponjó a Hermione. Sonrió, inclinando levemente la cabeza.

—Muy amable... y muy ingenioso, señor Brendyck. Permítame que le ofrezca una copa para celebrar nuestro mutuo conocimiento. Dígame con sinceridad qué le agrada.

—Tomaré lo mismo que usted, señora Ellis —dije—. Es decir, si siente deseos de beber a estas horas.

—Una copa nunca sienta mal —contestó ella, pasando al otro lado del bar. Escrutó un segundo la estantería y luego tomó una botella y dos copas, que llenó a medias. Me entregó una y tomó la otra.

—Sentémonos allí —dijo, indicando el diván.

Obedecí, esperando pacientemente que ella fuera la que marcara el rumbo. Me senté en un lado del diván y ella en el otro, ladeada de tal modo que quedaba frente a mí, enseñándome un par de magníficas rodillas y algo más. La falda tan estrecha tenía la culpa de todo, pero yo no me lamenté de ello.

—Seguramente —empezó a decir Hermione, después de los primeros sorbos— se preguntará usted por qué una mujer como yo desempeña las funciones de «Probation Officer». Si le he de ser

franca, este es mi primer paso en el «oficio»; jamás había tutelado a ningún ex... —sus ojos mostraron consternación por un segundo—. Oh, perdóneme, señor Brendyck; quizá mis palabras le han molestado.

—En absoluto, señora Ellis —dije—. Iba a decir un exconvicto. Siga adelante y no se avergüence. Por mucho que queramos ocultarlo, la realidad continúa subsistiendo y sigo siendo esa palabra que usted no ha querido pronunciar.

Hermione jugueteó un momento con la copa, un tanto turbada. Luego dijo:

—Verá, después de la muerte de mi esposo quedé sola y sin un fin en mi vida. Poseo bastante dinero, pero más aburrimiento también. Oh, claro que no hago esto solamente por hastío; estimo que debo ofrecer mis modestos servicios a quien más útiles puedan ser. Y pensando en ello, hablé con un prominente miembro de la Comisión de Libertad Bajo Palabra, con objeto de poder efectuar la tutela sobre alguien que lo necesitase de veras a su salida de... de la cárcel. Me indicaron su nombre y acepté encantada. He de decirle —añadió, mostrando cierta confusión— que antes de tomar una decisión me dieron a leer su carpeta.

—Entonces, ya conoce todos los detalles de mi caso —manifesté.

—Sí. Y opino que tuvo usted muy mala suerte, doctor. ¿O prefiere que le llame de la otra forma?

—A su gusto —repuse indiferente—. ¡Mala suerte! Yo diría mejor otra cosa, pero ¿para qué andar con explicaciones?

—Usted ya conoce cuál es la misión del «Probation Officer». Pero yo no querría limitarla a los términos fríos y, hasta cierto punto, inconcretos que marca la ley. No me gustaría limitarme a controlar su vida periódicamente. La ley habla también de facilitar trabajo y ayuda al excarcelado y en ese sentido, yo me encuentro en disposición de proporcionarle ambas cosas, señor Brendyck. Por eso tenía especial interés en que viniera a verme cuanto antes.

—De haber sabido que la persona que tenía que tutelarme en libertad se trataba de usted, una mujer hermosa, inteligente y encantadora como usted, hubiese acudido inmediatamente, señora Ellis. Sus palabras son muy de agradecer y lo hago con toda sinceridad; ahora bien, por el momento, no necesito ayuda, aunque

temo haya de causarle cierta contrariedad con mis palabras.

—¡Qué lástima! —sonrió ella—. En efecto, me hubiera gustado ayudarle tanto, doctor. Para usted debe ser terrible haberse quedado sin el trabajo que tanto le agradaba.

—A todo se acostumbra uno, señora Ellis —dije, terminando mi copa—. Creo que no tardaré en encontrar uno que me guste.

Ella se inclinó hacia adelante, mirándome fijamente a los ojos. Tomó mi copa y nuestros dedos se rozaron durante un segundo, causándonos un estremecimiento mutuo, que tuvo todo el aspecto de una descarga eléctrica.

—Le traeré otra, señor Brendyck —dijo.

—Oh, no, muchas gracias; para mí es suficiente. Recuerde además que por mi situación no solo no puedo abusar de las bebidas alcohólicas, sino apartarme de ellas cuanto me sea posible.

Hermione sonrió, en tanto dejaba las copas sobre una mesita cercana. Para hacerlo tuvo que levantarse y al sentarse de nuevo, lo hizo muy cerca de mí.

—Está usted en casa de su celoso vigilante —dijo con voz insinuante—. Nadie iría a quejarse porque usted tomase una copa de más. Al menos yo —añadió.

El perfume de la mujer empezó a turbarme. Y ella también, qué demonios. Estaba soberanamente hermosa y cualquier hombre hubiera perdido la cabeza en una situación similar.

—De todas formas —dije—, hay momentos en que el alcohol resulta más bien un inconveniente.

—¿Por ejemplo? Cíteme usted uno de ellos, señor Brendyck —dijo ella, entreabriendo los labios con gesto sugestivo.

Vacilé un segundo. Hermione parecía tener muchas ganas de que la apretasen el talle. Pero uno no sabe nunca cómo van a reaccionar las mujeres y yo no era de la categoría de esos tipos a quienes las bofetadas que les propinan las féminas ofendidas les dejan indiferentes. De todas formas, la situación era tal que era preciso hacer algo: o marcharse o... atacar. Y me decidí por esto último.

CAPÍTULO XV

NO había hecho más que empezar el asalto cuando las cortinillas se descorrieron y apareció la pizpireta Paula.

—Perdón, señora —dijo—. El teléfono.

—Dispénsame un momento, señor Brendyck —rogó Hermione, poniéndose en pie y estirándose maquinalmente la falda.

—Está en su casa —dije, poniéndome también en pie.

Se alejó caminando graciosamente.

Yo me puse a pensar en ella, pero interrumpí mis meditaciones al escuchar el ruido de una discusión no muy lejos de la salita. Eran dos personas las que hablaban, no demasiado amigablemente al parecer. Una de ellas, por supuesto, era Hermione. La otra...

Todos mis sentidos se pusieron alerta al reconocer la voz de la otra persona. Era un hombre y yo le había oído hablar no hacía mucho. Si de algo me precio, entre otras cualidades, es de mi buena memoria auditiva y aquella voz me sonaba de modo indiscutible. ¿A quién pertenecía?

Un brusco fogonazo iluminó mi mente. ¡Matt Dellasha! ¡El prometido de mi antigua novia! Pero, ¿qué demonios venía a hacer allí y a tales horas de la mañana, cuando lo lógico hubiera sido que hubiese estado en su trabajo? Por cierto, ¿en qué trabajaba?

La discusión terminó tan rápidamente como había empezado. Escuché unos pasos rápidos, los de Dellasha, quien se alejaba, y me retiré de la cortina. Aquella Paulina había resultado más lista de lo que parecía; no había querido decir a su ama que la esperaba un hombre, limitándose a anunciar que la llamaban al teléfono.

Hermione regresó medio minuto más tarde. Sin duda, había querido componer el gesto para que no se le viera la agitación que la poseía. Pero bajo el hábil maquillaje de su hermoso rostro divisé cierto color que no se debía precisamente a «Max Factor».

—Dispéñseme —dijo—. Un inoportuno...

—No tiene que ofrecermé excusas —la atajé—. Está en su casa y usted es la dueña. Encantadora dueña —añadí, para desarrugar su ceño.

Ella sonrió.

—Es usted magnífico, Lark. ¿Me permite que le llame por el nombre? Me hubiera gustado continuar la conversación que sosteníamos antes, pero ahora me es imposible. He de salir sin falta.

—Lo siento muchísimo. El teléfono vino a interrumpir nuestro diálogo en el momento más interesante —dije impávido, mirándola fijamente a los ojos.

Una singular expresión apareció en el rostro de Hermione.

—Podemos continuarla en otro momento, sin temor a desagradables interrupciones, Lark.

—Estoy a sus órdenes, en ambos sentidos —dije mirándola oblicuamente.

Hermione rompió a reír.

—Los franceses dicen *brave type*. Usted lo es, sin duda, amigo Lark —tomóse de mi brazo con actitud confiada y rompimos a andar hacia la salida—. ¿Qué tal si reanudáramos la conversación, cenando juntos una de estas noches? ¿En el «Tarento», por ejemplo?

—Soy el exconvicto tutelado más disciplinado que haya existido jamás —contesté, alzando la cortina para que pudiéramos pasar—. ¿Cuándo, mi encantador oficial de vigilancia? —ahora era yo el que tenía sumo interés en ver a dónde iba a parar todo aquello, sobre todo después de la reciente entrevista con Dellasha. ¡Qué sorpresa para Rosie si lo hubiese sabido!

—Mañana por la noche —dijo, frotándose contra mí como una gata. Sus ojos me miraron significativamente—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ella misma me acompañó hasta la puerta, mandando retirar a Paulina con un gesto, cosa que causó no poca contrariedad a la muchacha. Al llegar junto a la salida, Hermione miró a un lado y a otro, y luego se empinó sobre las puntas de los pies y me dio un beso que me dejó sin aliento.

—A las siete y media —dijo con voz seductora—. No faltes.

—Descuida —contesté—; seré puntual.

Y salí, convertido poco menos que en un lío viviente.

Aquella mañana había visto una mujer ahorcada, había recibido un fenomenal estacazo en el coco, había conocido a mi «Probation Officer», que había resultado ser una mujer despampanante, y luego había resultado que Dellasha andaba, aproximadamente, por los mismos pasos que yo, al menos en lo que a Hermione se refería. Y, para colmo, esta me indicaba que el mejor sitio para cenar juntos era el «Tarento», el lugar donde, bien mirado, habían dado comienzo todas mis desventuras. ¿Quién diablos me compraba aquel embrollo?

Bajé a la calle, sumamente desconcertado, sin, saber qué hacer por el momento. Y como no tenía a dónde ir, resolví regresar a casa de Concordia.

Me recibió la joven en persona. Respingué al ver el cambio que se había operado en su indumentaria.

Ya no vestía aquel traje de luto que tan estupendamente le sentaba, aunque bien sabe Dios que a mí me hubiera gustado verla ataviada de otro modo más alegre. Su cuerpo estaba enfundado en una especie de piel roja, quiero decir que vestía una prenda de una sola pieza, como la que usan las danzarinas de ballet para ensayar, la cual mostraba la perfección de sus líneas anatómicas, a las cuales no había pero que oponer. Lo único que me disgustaba, era aquel condenado velo, que seguía siendo negro, pero, al no llevar bonete, estaba sujeto a la nuca de la misma forma que los cirujanos nos ponemos la máscara de gasa para operar. El cabello, negrísimo, le pendía suelto por la espalda, recta y espléndidamente conformada, como una catarata de hilos de azabache.

—Hola —saludé, tragando saliva para reaccionar al verla con semejante atavío—. Vaya una transformación.

—Es lo que suelo llevar para estar por casa —contestó cerrando la puerta. Puso las manos atrás y apoyó la espalda en la madera, mirándome con fijeza.

—Pues permítame que le diga que está usted estup... digo, maravillosa. El único defecto...

—Deje el defecto en paz —me cortó ella con voz hiriente—. Sé lo que va a decirme. Usted también tiene otro y no se ha dado

cuenta de ello.

—¿Cuál es ese defecto? —pregunté.

—Que no se limpia bien los labios después de besar a las mujeres —dijo secamente. Y echó a andar, pasando por mi lado con aire ofendido.

Alargué la mano y agarré su brazo, deteniendo su marcha. Hice que retrocediese un par de pasos y la situé frente a mí.

—Sabía que me ocurriría algo parecido, pero esperaba llegar adonde pudiera disponer de un espejo para mirarme.

Su rostro se coloreó vivísimamente. Antes de que pudiera advertir lo que iba a hacer, levantó la mano y la estrelló contra mi mejilla.

La bofetada sonó como un estampido. Me quedé tan aturdido, que no supe reaccionar y ella se aprovechó de mi desconcierto para pasar por mi lado con dirección al interior de la casa.

Unos segundos más tarde, escuché un leve silbido de asombro. Volví el rostro. Betty estaba apoyada en el vano de la puerta, sonriendo sarcásticamente.

—El Comité de Bienvenida ha echado el resto para recibirle, ¿eh, doctor?

Mascullé algo entre dientes. Luego pregunté por el herido.

—Bien, hace poco le puse el suero. Creo que la hibernación será un éxito, doctor.

—Vamos a verlo —dije.

Mike estaba durmiendo. El pulso y la respiración eran los normales en su estado y dije que no era conveniente tocar los apósitos por el momento. Entonces entró Concordia.

—Si quiere pasar a la cocina, le serviré algo de comer —dijo con tono impasible.

—Gracias, no vendrá mal un bocado.

Fui tras ella y me senté en el sitio que me indicó. Discreta, Betty nos dejó a solas.

Empecé a comer un magnífico filete con patatas fritas. La cerveza estaba muy fría y sabrosa y los panecillos calientes parecían recién salidos del horno. Terminé la refacción con una gran ración de dulce de cerezas que me dejó como nuevo.

—Oiga, ¿quién le ha indicado mis gustos en materia culinaria?

Su cabeza señaló hacia el dormitorio. Sonreí.

—Esta Betty —dije. Luego la miré a ella—. Concordia.

—Sí, doctor.

—Habíamos quedado en llamarnos por nuestro nombre.

—Sí, Lark —dijo inexpresivamente.

—Dispénsame. Cuando dije lo de los espejos, lo hice de manera inconsciente. Le ruego me perdone. Sé que este es un tema que no le gusta y lo saqué a relucir... bueno, le prometo no reincidir más. De veras —alcé la mano derecha con la palma vuelta hacia ella.

Pareció que sus ojos se animaban. Moví el dedo índice en forma peculiar.

—Venga acá, criatura —dije—. Venga, tengo que hablarle.

Ella remoloneó un poco, pero acabó por acceder. La tomé por los brazos y la hice sentar en mis rodillas, procurando olvidar a Jutta, que también había estado en una situación similar.

—Concordia —dije, rodeando su talle con los brazos. Vi que su busto se agitaba rápidamente, pero procuré no hacer demasiado caso del detalle—. Me he portado mal con usted.

—No es necesario que lo diga —contestó ella, aún enfurruñada.

—Bueno, si le relato cómo ha sido, se quedará viendo visiones.

—Si me va a contar lo que hizo con la otra, guárdese para usted; no tengo interés en conocer detalles sobre sus habilidades de Casanova.

—Está equivocada conmigo, Concordia; yo...

—Basta, no siga. Olvidémoslo; es todo lo que puedo hacer en su favor. ¿Le parece poco?

—En absoluto. Pero quiero que lo sepa. Puesto que, según sus propias palabras, está tan interesada como yo en que se resuelva este asunto, debe conocer todas mis actividades —y acto seguido, narré todo lo que había hecho durante aquella mañana, sin omitir el menor detalle, empezando por el hallazgo de Daphne Karr ahogándose con la cuerda y terminando con la cita para el día siguiente por la noche—. Como puede ver, no me queda otro remedio que acudir al «Tarento».

Ella hizo un gesto de desagrado, intuitivo más que visto, pero comprendió mis razones. Puso sus manos, en mi hombro y me miró al fondo de los ojos.

—Procure tener mucho cuidado, Lark —murmuró.

—Lo haré, aunque no sea más que por usted, Concordia.

Ella acercó su rostro al mío, colocándolo en posición paralela. Se movió un poco para acomodarse mejor en mis rodillas y dijo:

—Tengo yo más ganas que nadie de quitarme este maldito velo, Lark, pero no puedo hacerlo por ahora. Cuando hayas resuelto todo, cuando tu inocencia haya quedado patente, entonces... dejaré que seas tú mismo el que lo quite —se separó ligeramente y volvió a mirarme—. Es decir, si entonces sigues aún...

La atraje con fuerza hacia mí.

—Creo que me he enamorado de ti, Concordia —dije con voz ronca—. Creo que ya no podría querer a otra mujer que no seas tú... aunque no te quitases el velo en tu vida.

—Pero yo quiero que me lo quites, Lark. Y entonces, no volveré a llevarlo nunca, nunca más —exclamó, tremendamente trastornada—. Oh, cómo te besaría ahora si pudiera.

—Esperaré. Esperaré todo el tiempo que sea preciso —murmuré, haciendo que apoyara su cabeza en mi hombro.

Permanecimos así largo rato en silencio, oyendo solamente los latidos de nuestros corazones. Luego ella, de repente, se sobresaltó y se puso en pie.

Encendí un cigarrillo. Eran las cuatro de la tarde, de modo que faltaban tres horas aún para mi nueva entrevista con Realson. Concordia me notó preocupado.

—¿Qué piensas hacer?

Se lo dije. Ella se alarmó.

—Oh, no. No vuelvas al «Silver Eagle».

—Claro que sí. Ese sinvergüenza de Realson tiene que hablar. Y mucho. Yo le obligaré a ello, descuida. ¿No dices que tienes deseos de que todo se arregle satisfactoriamente para mí?

—Sí, claro, pero... Está bien, vete, pero ten cuidado. Realson es hombre que no tendrá piedad de ti si puede ponerte el pie en el cuello.

—Parece que lo conoces mucho —dijo.

—Desgraciadamente —contestó ella con seco laconismo.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, aplasté el cigarrillo y me dirigí hacia el dormitorio donde yacía Mike, junto al cual se

hallaba la fiel e infatigable Betty, disponiéndose a preparar la segunda inyección de hibernación. Concordia se quedó en la cocina, lavando los platos.

Me cercioré de que estábamos solos. Luego, inclinándome hacia Betty, pregunté con aire misterioso:

—Escuche, Betty, ¿ha podido averiguar por qué lleva Concordia ese velo?

La enfermera alzó las manos y miró la jeringuilla, en tanto procuraba hacer que el nivel del líquido alcanzara el punto deseado. Luego volvió los ojos hacia mí con aire desdeñoso.

—Doctor —contestó—, es usted un hombre como pocos en su profesión, pero en el trato con las mujeres resulta un párvulo.

Aquello me amoscó.

—Oiga usted, Betty —dije—, que eso no es lo que la había preguntado.

—¡Tonto! —contestó ella, inclinándose sobre el enfermo.

Todavía estaba preguntándome qué había querido decir Betty, cuando una hora más tarde salía de casa en dirección al «Silver Eagle».

CAPÍTULO XVI

PREVISORAMENTE, me había comprado un traje corriente, distinto del que llevara la vez anterior. Añadí al cambio de indumento la ausencia de sombrero, más unas gafas de gruesa armadura de concha negra, con vidrios un tanto oscuros, cosa que me hacía prácticamente irreconocible para el que solo me hubiera visto una sola vez y en un ambiente como el de aquel apestoso local, en el cual entraba a las seis y media de la tarde, sin mayores inconvenientes.

El «Silver Eagle» tenía un largo mostrador, medio vacío en aquellos momentos. Me senté en el extremo opuesto a la entrada, con la espalda apoyada en el trozo de muro que había detrás de mí y pedí un whisky.

Esperé unos minutos, haciendo acopio de valor, pues se necesitaba bastante para tragar aquel insecticida, y fumé un cigarrillo para ayudarlo a pasar. De pronto, cuando habrían transcurrido unos cinco o diez minutos desde mi llegada, vi entrar en el bar un individuo cuyo rostro me resultó conocido.

Era de mediana estatura, tirando más bien a bajo, cabellos arenosos y empezando ya a clarear, ojos esquivos y andar incierto. No muchos meses atrás había usado el número 20.844 y si se le hubiese llamado por su nombre, no habría contestado porque lo tenía olvidado. «El Castor» era su apodo, quizá por su vago parecido fisonómico con este pequeño roedor.

Al verle entrar allí me acordé inmediatamente del chivatazo que alguien había soplado a Realson y Co. Y dadas las características especiales de «El Castor», no podía haber sido otro. Para desgracia mía, habíamos compartido la celda durante tres navidades.

Agité la mano y vino el *barman*. Si este me había reconocido o no, eso era cosa de otro cantar, porque en cuanto le enseñé un

billete de veinte pavos, las vértebras dorsales de crujieron alarmanamente.

—Diga, señor —murmuró untuosamente.

—Escuche, tengo deseos de hablar con un amigo, pero a solas. ¿No hay algún sitio donde podamos hacerlo sin estorbos?

—Naturalmente. Mire aquella puerta del fondo. Hay un cuarto allí que...

—Espléndido —aprobé—. Lleve una botella y dos vasos. Luego dígame a «El Castor» que un amigo suyo quiere hacerle una proposición interesante. Confío en sus dotes diplomáticas, amigo.

El dueño del bar sonrió, al mismo tiempo que ponía en círculo el índice y pulgar derechos.

—Listo, jefe —murmuró con aire cómplice.

Me encaminé al cuarto señalado por el fulano, el cual penetró detrás de mí con la botella y los vasos. Luego se retiró.

Mientras esperaba la llegada de «El Castor», examiné el cuarto, que era un tabuco indecente con cuatro sillas y una mesa, todas llenas de cochambre. Había una ventana polvorienta en el lado opuesto a la entrada, la cual daba a un patio interior, en donde se acumulaban las latas de basuras y otros trastos viejos. Eché las cortinillas para no ser vistos y aguardé.

«El Castor» entró un minuto más tarde. Le esperé al lado opuesto de la puerta y cerré esta apenas hubo traspasado el umbral.

—Hola, «Castor» —saludé.

El tipo se volvió rápidamente, echando mano al bolsillo derecho de su chaqueta. Pero no pasó de ahí; inmediatamente se dio cuenta de que mis intenciones, por el momento, no eran hostiles.

—¿Quién es usted? —preguntó con receloso acento.

Me quité las gafas un momento.

—Cuando dormíamos en la misma celda solía llevar el número 20.991. ¿Tan flaca es tu memoria, «Castor»?

Este chasqueó los dedos.

—¡Vaya! Pero ¡si es el matasanos! Cuernos, quién iba a esperar verte en este antro. ¿Qué tal, doc?

Moví la barbilla hacia la mesa.

—Sirve un par de vasos, anda, tenemos que hablar.

—¿Cuál es el tema elegido, doc? —preguntó, en tanto hacía lo

que le ordenaba, sin quitarme ojo de encima.

—Tú y tus malditos chivatazos —contesté—. Haces en la calle lo mismo que hacías en el presidio, ¿recuerdas?

La mano le tembló de pronto y parte del líquido se derramó sobre la mesa.

—¡Je! Estás de broma, doc. ¿Yo, chivarme, y menos de un amigo? ¿Por quién me has tomado?

—Por eso mismo exactamente, «Castor». Por el soplón más inmundito e hijo de perra que jamás he conocido.

Trató de conservar la calma, pero era evidente que no las tenía todas, consigo. Aquella era la conversación más larga que habíamos sostenido a lo largo de nuestra existencia y no se sentía tranquilo.

—¡Je! Tu humor es excelente doc —dijo, aparentando chancearse.

—Sí, tan excelente que gracias a ello no te he retorcido el pescuezo como a un pollito apenas te eché la vista encima. Anda, bébete ese vaso y sírrete otro; puede que los necesites.

El cristal tintineó contra sus dientes.

—No... no te entiendo. Aclárate de una vez, doc.

—Escucha bien y no finjas. Sé que en cuanto saliste de la penitenciaría —lo hiciste dos meses antes que yo—, fuiste a ver a unos amigos y les contaste lo que pensaba hacer. Es posible que te enterases de ello porque alguna vez soñase en voz alta. Eso suele pasar con frecuencia en la cárcel. Pero no voy a hablar de lo que soñé, sino de la persona o personas a quien se lo contaste. ¿Quiénes son?

—No sé qué es lo que quieres decir, doc. Yo jamás...

¡Slash!

La bofetada que le aticé le hizo volar por los aires hasta chocar con la pared frontera. El vaso salió despedido en sentido opuesto, rompiéndose contra el piso.

«El Castor» se incorporó, con lágrimas en los ojos.

—Estás equivocado, médico; yo no dije nunca nada...

Antes de que pudiera terminar la frase, lo tomé por las solapas del traje y lo alcé en vilo, manteniéndolo luego aplastado contra la pared, solo con una mano. Luego levanté la derecha e hice que la mirase.

—Contempla esta mano —dije—. Ha partido cosas más duras que tu cabeza durante cuatro años. ¿Quieres seguir con el rostro intacto o prefieres un buen vapuleo?

—Te juro que...

¡Slash!

—¡Por favor, doc! —gimoteó.

Repetí el golpe dos veces más. Mis bofetadas tenían un efecto devastador y el tipo se rindió.

—¡Basta! —dijo, gimiente—. Basta, te lo diré todo, doc, pero no me pegues más...

A pesar de todo, mantuve la mano en alto.

—¿Hablarás?

—Sí, sí —dijo, mirando aterrorizado la mano que estaba a punto de descargarse nuevamente sobre su faz—. Diré todo lo que quieras...

Abrí la mano izquierda y el tipo cayó al suelo. Se incorporó y un segundo más tarde, cogiéndome enteramente por sorpresa, se abalanzaba hacia mí, con expresión homicida en los ojos.

Algo chasqueó siniestramente. Solamente el ágil salto que di hacia atrás impidió que «El Castor» me echara las tripas al aire con la navaja de resorte que había sacado del bolsillo derecho de su traje.

Maldijo procazmente al ver que había errado el golpe y, terco, lo repitió. Mas para entonces yo ya estaba prevenido y pude actuar. En Corea había tenido ocasión de aprender algunos trucos de la lucha cuerpo a cuerpo y puse en práctica uno de ellos.

Adelanté el brazo izquierdo, moviéndolo en semicírculo hacia el lado contrario, es decir, hacia la derecha. Con este gesto, mi antebrazo tocó el suyo, desviando el navajazo que iba encaminado rectamente a mi estómago. El acero pasó inofensivamente por el costado derecho.

Entonces moví la mano de aquel lado y atrapé la muñeca de mi contrario, con dedos que parecían fórceps. Pegué un fuerte tirón y «El Castor» soltó un aullido y la navaja.

No quise tirar demasiado fuerte, aunque harto se lo tenía merecido; un gesto de esta clase, bien hecho, es capaz de descoyuntarle el hombro a una persona y a mí no me interesaba

lesionarle, sino que hablase.

Sin soltarle la muñeca, se la retorció cruelmente hasta oír los primeros crujidos de los huesos.

—¡Bastardo! ¡Sucio y cerdo bastardo! —le increpé en voz baja —. ¡Habla o te moleré a golpes!

Aquel breve conato de valor que había mostrado desapareció como por encanto al verse sin su arma favorita. El color huyó por completo de su rostro.

—Está bien, está bien, doc. Suéltame —jadeó.

—No, hasta que no hayas dicho lo que me interesa —y di otro suave apretoncito a la muñeca, que le hizo exhalar un grito de dolor.

—¡Basta! Te lo diré. Yo... yo no fui. Ellos me buscaron.

—¿Quiénes eran ellos?

—Realson y Gruber y Villez.

Fruncí el ceño. No conocía estos nombres e hice que describiera a sus propietarios, los cuales resultaron ser, el primero el gorila del párpado cansado y el segundo aquel a quien yo había denominado «Pelo Negro».

—¿Por qué fueron a buscarte?

—Sabían que habíamos estado juntos casi tres años en la misma celda. Querían averiguar qué era lo que yo sabía de ti.

—Y se lo dijiste, claro.

Volvió la vista al otro lado.

—¡Contesta! —bramé.

—Bueno —remoloneó—, la realidad es que... Me dieron un buen puñado de plata, ¿qué diablos querías que hiciera?

Hasta cierto punto, y en un tipo de su calaña, su actitud era más que justificada. Lo que ya no acababa de entender tanto era por qué Realson y Co. se habían interesado tanto por mí antes de mi salida. ¿Era que ya conocían las probabilidades que tenía yo de alcanzar mi libertad *sub conditione*? Por lo visto, no habían querido pecar de imprevisores y habían empezado a actuar con tiempo suficiente.

—¿Y qué les contaste? —seguí preguntando.

—Bueno, pues todo lo que sabía. Si tienes el defecto de soñar en voz alta, ¿qué diablos de culpa tengo yo?

Hice rechinar mis dientes. También yo había oído soñar en voz alta a más de un ocasional compañero de celda y no solo soñar, sino tener horribles pesadillas que les hacían despertarse a media noche, lanzando gritos y despavoridos como niños. La conciencia, la estancia en la cárcel provocan numerosos casos así y yo no iba a constituir una excepción a la regla.

Hay una enfermedad mental llamada sicosis carcelaria, a la cual muy pocos escapan; en una forma otra o con mayor o menor intensidad, todos la hemos padecido. Y el reflejo de esta enfermedad viene expresado luego en actos que parecen incongruentes o con sueños en voz alta o pesadillas que destrozan los nervios del que las sufre. Esto quizá pueda explicar a veces los súbitos motines que estallan sin motivo aparente o los salvajes ataques a los guardianes que se producen sin causas que los justifiquen. Extraña sicosis que hace obrar y reaccionar a todos los hombres de un modo muy diferente, según su constitución mental, los años de condena, el delito cometido y mil motivos más que no todos llegan a conocer, que desaparece, generalmente, apenas el sujeto es liberado.

Y de eso se había aprovechado aquel condenado de «Castor» en beneficio de Realson y su panda. Era fácil imaginarse lo que había soñado yo, por lo cual resultaba inútil hacer más preguntas en tal sentido.

—Bien —dije al cabo. Todavía le tenía sujeto por la muñeca—. Ahora vas a contarme unas cuantas cosas. Por ejemplo, para quién trabaja Realson.

—No lo sé.

—«Castor», no me hagas perder la paciencia —dije con voz aparentemente tranquila. El tipo empezó a sudar de inmediato.

—Te aseguro que no lo sé. Mis negocios y los de esos tipos han ido siempre separados. Vinieron a verme, les conté lo que sabía, me pagaron y ahí acabó la cosa.

Posiblemente decía verdad. «El Castor» había sido siempre un vulgar ratero que no había pasado nunca más allá de reventar un piso o cosa por el estilo y solo ocasionalmente se había visto mezclado con una pandilla de «gangsters». Realmente, no había sacado gran fruto de aquella entrevista, pero tampoco podía decir que estuviese descontento de ella. Ahora ya sabía que Realson

había estado trabajando en el asunto con anterioridad a mi libertad... lo cual significaba, clara y exactamente, una sola cosa: que todo el plan para deshacerse de la Conniston había sido fraguado de la manera más despiadada y diabólicamente astuta que uno pueda imaginar jamás.

Iba a decir «Está bien, lárgate», cuando, de pronto, se abrió la puerta del cuarto con inusitada violencia.

CAPÍTULO XVII

DOS hombres irrumpieron en la estancia.

Los reconocí al instante. Eran Villez, «Pelo Negro», y su acólito, el inseparable «Estúpido». Por lo visto, su «borrachera» no había tenido mayores consecuencias y alguien había influido para que los soltasen. Pero ¿cómo sabían que estaba allí?

Solo se comprendía de una manera: el *barman* me había reconocido y les había soplado la noticia. ¡Tipo granuja! Había sabido disimular a conciencia, y, además, se había llevado veinte de mis pavos de una manera ignominiosa.

Era preciso actuar y lo hice con rapidez, sin entretenerme un segundo, apenas vi penetrar a los tipos en la estancia. Todavía tenía a «El Castor» sujeto por la muñeca derecha. Puse la mano izquierda en su hombro y agarré con fuerza. Luego ejecuté un movimiento de torsión, violento y rapidísimo.

«El Castor» aulló al verse volar por los aires. Se estrelló contra aquellos tipos y los tres rodaron en confuso montón por los suelos, Villez y «Estúpido» fuera de la estancia, pues apenas si habían podido cruzar el umbral. «El Castor» quedó en el suelo, aullando como un poseído.

Salté hacia él y lo saqué fuera a empujones, cerrando la puerta de golpe. Luego corrí hacia la ventana.

Eché a un lado las cortinillas y levanté el bastidor. El patio estaba a metro y medio escaso del suelo y salté sin dificultad.

Una vez fuera, miré en todas direcciones, buscando un lugar por dónde escapar sin mayores complicaciones. Vi una ventana cuyo bastidor estaba alzado unos centímetros del marco y en aquel momento sentí que la puerta volaba en astillas.

Me replegué junto al muro, esperando, con los nervios en tensión. Una cabeza se asomó de repente. Bajé la mano de filo y

«Estúpido» se puso a dormir, doblado sobre el antepecho. Detrás de él venía Villez y, aunque estaba a nivel ligeramente superior al mío, el puñetazo que le asesté en pleno rostro le derrumbó patas arriba antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía.

Hecho esto, crucé el patio a toda velocidad, encaminándome hacia aquella ventana que había visto entreabierta.

Salí a una habitación vacía, y desde allí, por la puerta, pude lanzarme a la calle.

Precavidamente, había dejado el coche lejos del «Silver Eagle». Además, estaba seguro de que en la calle no me harían nada, de modo que pude continuar mi camino con toda tranquilidad.

Estaba un poco decepcionado. Había ido a ver a Realson sin conseguir mi objetivo. Algo había sacado de la entrevista con «El Castor», pero no era esto todo lo que pretendía. ¿Cómo hallar un lugar donde conversar adecuadamente con el fulano?

Busqué un teléfono público y llamé al teniente Sheppard. Como la vez anterior, se puso al teléfono una mujer, posiblemente su esposa.

—Dígale que le llama «Cara Bonita».

Sheppard acudió segundos más tarde. Por el tono de su voz deduje que tenía la boca llena.

—Lamento interrumpirle la cena, amigo, pero no hay más remedio. Necesito hablar con Realson y quiero que sea en otro lugar distinto de ese maldito «Silver Eagle». ¿Sabe usted dónde vive?

—No tiene domicilio fijo —me contestó el detective—. Tan pronto duerme en un hotel, como en casa de un amigo...

—Amigo, ¿de qué sexo?

—Los chicos están cenando —respondió Sheppard maliciosamente—. No me haga contestar. Pero puedo añadir que también suele acudir muchas noches al «Tarento». Cuando va, lo hace después de la una de la madrugada. Si esto puede servirle de algo...

—Menos es nada —contesté melancólicamente, colgando el teléfono.

Regresé a casa, hondamente pensativo. Entré y Concordia me notó al instante las preocupaciones.

—¿Nada nuevo, Lark?

Moví la cabeza negativamente.

—No mucho que digamos —y le relaté todo lo que había hecho desde la salida de su casa.

—Ven —dijo ella al terminar, tomándome de la mano. Me llevó a la cocina y me sirvió una taza de café que me quitó el mal sabor de boca.

Permanecimos unos momentos en silencio. Ella vestía aún la misma malla roja de una sola pieza, que confería un aspecto tan singularmente encantador a su figura. La tomé por la cintura, esbelta y mórbida, y la atraje suavemente hacia mí. Me rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en el hombro.

—¡Dios mío, Lark, cómo te quiero! —murmuró a mis oídos. Temblaba de pasión y podía percibir claramente el calor de su cuerpo a través del tejido que lo cubría.

—Pronto se resolverá todo, ya lo verás —murmuré—. Solo es preciso tener un poco de paciencia...

—Escucha, Lark —dijo ella de pronto—. Yo tengo algún dinero ahorrado. ¿Por qué no abandonamos todo y nos vamos de aquí muy lejos, donde nadie nos conozca? Al extranjero, por ejemplo. Allí tú...

—No me conoces bien si eres capaz de hacerme esa proposición, Concordia —dije.

Se separó ligeramente de mí y me miró rectamente al fondo de los ojos.

—Lo hago por ti, precisamente, para que no te veas más envuelto en líos criminales en los cuales puedas perder la vida. Eso es lo que yo pretendo, Lark; conservarte para mí, para mí siempre, siempre.

Su voz temblaba ligeramente. Vi que sus ojos se humedecían y traté de consolarla, dándole suaves palmaditas en la mano. Al cabo de unos momentos, inspiró fuerte un par de veces y su respiración pareció normalizarse.

—Ya estoy mejor —dijo.

—Me alegro —contesté. Tomé su mano y juntos pasamos a la habitación del enfermo, donde Betty dormitaba sentada en un sillón.

La toqué en el hombro y se despertó sobresaltada.

—Váyase a dormir —dije—. Lo está necesitando más que el comer.

—Sí, creo que sí —repuso, ahogando un bostezo.

—¿Cómo sigue?

—Parece que mejora —me explicó lo que había hecho durante el día y luego se alejó en busca de un lecho donde poder descansar.

Concordia y yo quedamos allí, vigilando al enfermo y aplicándole el tratamiento. A media noche hice que se acostara y me quedé solo.

Betty vino a relevarme al amanecer.

—Me encuentro ya perfectamente, doctor. Ahora es usted el que debe dormir.

—Sí, lo creo. Hoy me espera un día muy agitado —dije, pensando en la cita que tenía con Hermione Ellis en el «Tarento».

Dormí hasta bien entrado el día. Cuando me levanté, vi el baño ya dispuesto.

—La comida estará lista dentro de media hora —dijo Concordia, mirándome con intensa pasión.

Al entrar en el baño advertí un detalle que me agradó. El velo negro había desaparecido del espejo. Además, me había comprado los útiles necesarios para afeitarme, cosa que hice de buena gana, pues lo estaba necesitando de veras. Luego, un cuarto de hora de reposo sumergido hasta el cuello en agua tibia obró maravillas en mi cuerpo.

Al terminar, me vestí y eché un vistazo a Mike. La hibernación empezaba a desaparecer, pero era evidente que escaparía con vida. Indiqué a Betty el tratamiento a seguir, seguro de que a partir de aquel momento, la convalecencia dependía casi más del propio paciente que de nuestros artificios, y luego fui a la cocina.

Miré la hora; eran las cuatro de la tarde. Comí bastante bien y luego me despedí de Concordia.

Fui al «Trocadero», encontrando allí a Paulina, a la que abordé directamente.

—¿Estarías dispuesta a hacerme un favor, preciosa?

—Según de qué se trate —respondió ella cautamente. Era joven, pero tenía más agallas que un banco de arenques.

—Solamente contestar a algunas preguntas más. Por supuesto, todo lo que me digas ha de quedar en el más estricto secreto, te lo prometo solemnemente.

—Está bien, dispara, Larkie. Te escucho.

—¿Cuánto tiempo llevas en casa de la señora Ellis?

—Un año y medio, más o menos.

—¿Ha vivido siempre así, con ese boato que demuestra?

—Sí, que yo sepa.

—¿Paga sus facturas puntualmente?

—Supongo. Oye —se amoscó—, ¿es que piensas sacarle la pasta?

—Ni hablar, no soy tipo a quien le guste vivir a costa de las mujeres. Al contrario —añadí con amargura—, hasta ahora me han costado dinero, mucho dinero.

—Pues, chico, que el diablo me llevé si lo entiendo —dijo la muchacha pintolescamente—. Si se tratara de mí y pusieras un poco de empeño, me sacarías todo lo que quisieras. Lo único que lamento —suspiró melancólicamente— es que no lo intentes.

—Gracias por tus palabras —pellizqué cariñosamente su mejilla—. Pero no lo haría, aunque... Bueno, sigamos donde íbamos. Estábamos en que la señora Ellis posee mucho dinero. ¿Tienes alguna idea de cómo lo obtiene?

—No, en absoluto. Supongo que tendrá sus ricas acciones en el Banco y que estas le proporcionarán todo cuanto necesita.

—Muy bien. Quedamos en que no lo pasa mal, económicamente hablando.

—Y tanto. Como que de vez en cuando, se da una vuelta por las joyerías y vuelve cargada hasta los topes. ¡Vaya fulana!

—Las joyas son siempre una buena inversión —comenté—. Ahora, pon atención a lo que voy a preguntarte. ¿Recuerdas el visitante que llegó cuando yo estaba con ella?

—Te refieres al señor Dellasha, ¿verdad?

—Algo por el estilo —dije aparentemente indiferente.

—Bueno, ¿qué quieres saber del tipo?

—¿Qué es lo que puedes decirme tú? —repregunté.

—Pues que suele venir por casa, aunque no con mucha frecuencia. Ella me tiene ordenado que siempre que lo haga, diga

que la llaman por teléfono, si es que en esos momentos tiene alguna visita. Y quien paga manda, Larkie.

—Comprendo. ¿Cómo se tratan?

—Parecen viejos conocidos, pero nunca les he visto efusión alguna. Aunque me da en la nariz que las efusiones deben reservarlas para otro lugar más discreto.

—Posiblemente. ¿Oíste su diálogo?

—No. Si me viera escuchando detrás de las puertas, me despediría en el acto. Y eso no me gustaría. Paga bien, el trabajo es escaso... ¿qué quieres?, no tengo ganas de ir a coser trozos de seda a una fábrica de paracaídas. Estoy bien, como lo que me da la gana, bebo lo que me apetece, sin emborracharme, por supuesto, me da mucha ropa interior suya... ¡hay qué ver cómo viste la fulana! ¡Al diablo con todo!

—Una sana filosofía —murmuré—. De modo que ella y Dellasha se conocen desde hace tiempo. ¿Cuántas veces le has visto tú en el tiempo que llevas en la casa?

—Más o menos, una docena.

—¿Han discutido siempre, como ayer? No parecían estar muy de acuerdo en lo que hablaban.

—Ya te digo que no escucho lo que dicen las visitas de la señora Ellis. El puesto me gusta y no quiero perderlo. Una vez las introduzco, me retiro al otro extremo de la casa y solo acudo si me llaman.

—¿Qué tiempo ha empleado las otras veces Dellasha en las visitas?

—Poco. Cinco minutos como máximo.

—Y ella, ¿después de su marcha, se ha mostrado disgustada?

—Pues, sí, bastante, aunque nunca ha hecho el menor comentario. Pero, oye, chico guapo, ¿qué eres tú, un detective? ¡Vaya suerte perra la mía! Pensaba haber hecho una conquista para esta tarde y...

Tuve que interrumpirla.

—Me gustaría comprarte un buen obsequio, pero ya que no puedo hacerlo en persona, hazlo tú por mí, preciosa. Te lo mereces —tras de lo cual dejé un fajo de billetes en la mesa, donde también estaba la consumición que no había tocado siquiera y salí con paso

rápido del «Trocadero».

CAPÍTULO XVIII

CUANDO vi a Hermione me quedé sin respiración. Y es que la chica no era para menos.

—Tengo abajo el coche. Me hubiera gustado traer una carroza de ébano y oro, tirada por seis caballos blancos, con cuatro palafreneros vestidos a la federica. Es lo menos que te mereces.

Hermione rio con risa baja y agradable. Tenía aún mi mano entre las suyas y la acercó a su mejilla con gesto lleno de afecto.

—Jamás hubiera podido sospechar que el acto de tutelar a un exconvicto me resultara tan agradable. No te molesta que lo diga, ¿verdad?

—Viniendo de ti, nada puede enojarme —contesté—. ¿Vamos?

Ella soltó mi mano y echó a andar.

Conversamos agradablemente durante el tiempo que duró el trayecto hasta el «Tarento». Menos mal, me dije, que después de haber estado con Paulina, de la cual había extraído una substanciosa información, había tenido tiempo suficiente de ir a una sastrería, en dónde me había provisto de la ropa necesaria para acudir a un local de aquella categoría, en donde hasta el respirar costaba dinero.

Un obsequioso *maître* nos acompañó hasta una de las mesas situada en lo mejor del establecimiento. Hermione me dejó a mí la elección de la carta y pedí los platos, encargando unos Martinis por vía de apremio.

La cena se desarrolló agradablemente. Hermione era conversadora muy hábil y su ingenio era fértil e inagotable. De vez en cuando, nos levantábamos a bailar alguna pieza para entretener la velada.

De pronto, vimos a una pareja que pasaba cerca de nosotros. Ella era Rosie, mi antigua prometida, y su acompañante, por

supuesto, no podía ser otro que Matt Dellasha.

Este nos vio y sonrió en el acto. Cambió unas breves frases con Rosie y los dos se dirigieron a nuestra mesa. Vi que el rostro de la joven se ensombrecía y eso me agradó; aún me quería, por lo visto.

—¡Qué agradable casualidad! —exclamó Dellasha. Estoy seguro de que fingía una sorpresa que jamás había sentido—. Estoy verdaderamente sorprendido de verla aquí, señora Ellis. Y en buena compañía, además —se refirió a mí.

—¿Se conocen? —dijo Hermione.

Yo estaba ya en pie, naturalmente.

—Creo que sí —contesté—. El señor Dellasha y yo nos hemos visto anteriormente.

—Señora Ellis —habló Dellasha—, tengo el gusto de presentarle a mi prometida, la señorita Mordaunt.

Las dos mujeres se saludaron con sendas inclinaciones de cabeza. Hermione dijo:

—¿Por qué no se sientan unos momentos con nosotros? Nos gustaría invitarles a una copa de champaña, ¿no te parece, Lark?

—Por supuesto —dije, observando de reojo a Rosie y gozándome con el violento sofoco que las últimas palabras de Hermione habían provocado en ella.

Nos sentamos. El camarero trajo una botella que descorchó, sirviendo las copas. Brindamos por la felicidad de los próximos cónyuges y luego la conversación se desarrolló por cauces intrascendentes. Sin embargo, había una cosa cierta, de la cual yo solo me daba cuenta: Rosie estaba violentísima, próxima al estallido, y ello me hacía disfrutar mucho, sobre todo cada vez que, con intención, ponía ojos de degollado al mirar a Hermione. Y, para colmo, la mano de esta y la mía no se separaban un solo momento.

El espectáculo que ofrecía el «Tarento» cesó momentáneamente. Entonces, la orquesta empezó a tocar.

Rosie se puso en pie. Sonrió encantadoramente, aunque enseñando los dientes.

—Hay dos caballeros aquí. ¿Ninguno de ellos me invita a bailar?

Era a mí al que se dirigía al hablar, pero fingí hacerme el

remolón. Sin embargo, Hermione misma fue la que me empujó a la pista.

—Larkie, querido, estoy un poco fatigada. ¿Por qué no complaces a la señorita Mordaunt?

—Oh, encantado —dije, poniéndome en pie. Tomé a Rosie por el tallo y nos alejamos al compás de un lánguido *slow*.

Rosie tenía los labios prietos y los aflojó un momento para decir:

—Buena protectora te has buscado, ¿eh, Lark?

—No sé a qué te refieres, querida —contesté—. La señora Ellis es toda una dama y, por si no lo sabías, la encargada de mi tutela postcarcelaria.

—Ya, ya. Sabes buscártelas, Lark. Has debido aprender mucho en la cárcel.

—Por supuesto. Entre otras cosas, que la fidelidad es una palabra vana. No sé a qué te molestas porque salga con la señora Ellis, si ya no hay nada entre tú y yo.

—Al menos —declaró con acento despechado—, podrías tener la discreción de no exhibirte con esa vieja en público. ¿Qué te sucede —añadió con, mordacidad—, andas explotando tus encantos varoniles como un vulgar gigoló?

—Querida Rosie —contesté flemáticamente—, no creo que seas tú la más indicada para tirar la primera piedra. Si mal no recuerdo, tenías veintiún años cuando íbamos a casarnos. Han transcurrido cuatro conque ahora te hallas en el cuarto de siglo. Pensando en que Dellasha te pasa, al menos, quince, sería cosa de meditar mucho en quién de los dos es el que realmente se vende.

Mis palabras provocaron en ella un violento sofoco. Solo el recuerdo del lugar en que se hallaba le impidió largarme un bofetón como una casa.

En aquel momento, un vivo fogonazo nos deslumbró un instante. Ambos volvimos el rostro a la vez.

Jutta estaba allí con una enorme cámara fotográfica, sonriéndonos picarescamente. Vestía un breve corpiño y una minúscula faldita, que ponía al descubierto la perfección de unas piernas esculturales enfundadas en seda negra. Era el atavío común a las vendedoras de flores y cigarrillos, pero no había ninguna más

hermosa que ella, incluyendo mi accidentada pareja de baile y a Hermione. Me guiñó un ojo pícaramente y luego se alejó con su cámara a cuestas.

—Esto es el colmo —dijo Rosie—. Ya no faltaría más, sino que te timaras con una individua de esa especie.

Empecé a ponerme serio.

—Escucha, Rosie, no he venido aquí a que me pongas mala cara, sino a divertirme. Si te molesta que lo haga, lárgate; no creas que voy a echarme a llorar por ello. Soy libre, tú misma lo has dicho. ¿O es que piensas que voy a acudir a ti cada vez que hagas chasquear los dedos?

Mi filípica pareció surtir efectos.

—Dispénsame —dijo, ya más amansada—. Pero... es que me parece que he cometido una solemne tontería al comprometerme con Matt.

—No me salgas ahora con el cuento de que me quieres, porque no me lo creeré —respondí despiadadamente—. Son los actos y no las palabras los que cuentan.

—Sí —murmuró sordamente—, sí. Sin embargo...

—Olvidame —dije—. Ya no podría amarte después de lo sucedido. Aun cuando hubiese sido culpable, y tú sabes bien que, pese a las pruebas en contra, no lo soy. Una mujer fiel y enamorada no abandona jamás al hombre a quien quiere. Y tú lo hiciste apenas me pusieron las esposas en torno a las muñecas.

—Fue un impulso propio de mis pocos años. Si supieras lo que me ha dolido después...

—No se puede encender fuego con unas cenizas frías —dije sentenciosamente—. El que hubo en mí, se apagó ya hace tiempo.

—Pero...

—Déjalo. Cásate con Dellasha. Es un nombre maduro, pero atractivo. Y parece estar en buena situación económica. Te hará feliz, no cabe la menor duda.

—Él es muy diferente a ti —dijo Rosie, con voz lamentosa.

—Lo siento. Dicen que somos juguetes de nuestro destino. No opino así; aunque a veces pueda parecer lo contrario, somos nosotros los que hemos de labrar nuestro propio destino... Tú lo quisiste así; atente, pues, a las consecuencias.

Rosie me miró con ojos húmedos.

—¿Es esta tu última decisión?

—Definitiva —contesté enfáticamente.

La muchacha suspiró. Me dio pena, pero ¿qué diablos iba a hacer? Ella se lo había buscado y... por otra parte, ahora yo me había enamorado de otra, cuyo rostro, paradójicamente, no había visto aún.

—Tendré que resignarme —trató de sonreír.

—No te irá mal con Dellasha. Parece próspero. ¿En qué trabaja?

—Negocios —contestó ella vagamente—. He oído hablar de importación y exportación y algo de Bolsa, pero ya sabes que nunca he tenido cabeza para estos asuntos.

La orquesta paró de tocar y nos dirigimos a la mesa. Al sentarnos allí, Jutta volvió a tirar otra placa.

Apenas había tenido tiempo de probar el champaña de mi copa cuando un correcto camarero se inclinó delante de mí.

—¿Señor Brendyck?

—Sí, el mismo.

—Tenga la bondad, señor. Le llaman al teléfono.

Aquello me llenó de aprensión. ¿Habría empeorado Mike? Que yo supiera, nadie sino las dos mujeres conocían mi paradero aquella noche. Por lo tanto, si alguien me llamaba, tenía que ser una de ellas.

Me levanté, procurando dominar mi inquietud. Pedí excusas y seguí al camarero.

Este me hizo atravesar la sala casi en toda su longitud. Abrió una puerta y penetré en un corredor brillantemente iluminado.

—Al final de todo, señor —dijo.

Aquello empezó a no gustarme. He visto otros locales similares al «Tarento» y suelen disponer en cada mesa de enchufes para el hilo telefónico. Dado el aspecto del local en que nos hallábamos, lo lógico hubiera sido una disposición similar, pero no la había. De no tratarse de Mike, lo más probable era que hubiera enviado la llamada al diablo, pero no podía estar seguro, y por ello avancé hacia la puerta que se veía al final del corredor.

Hice girar el pestillo, franqueando el umbral. Penetré en una amplia habitación, en la cual se hallaba Realson. Estaba apoyado

en una gran mesa de despacho, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriendo irónicamente.

—Hola, doctor. Me ha costado encontrarle, la verdad.

Fui a decir algo, pero en aquel momento algo duro cayó con demoledores efectos sobre mi nuca. Un violentísimo fogonazo blanco estalló delante de mis ojos. Cuando caí al suelo, ya no tenía conciencia de lo que me pasaba.

CAPÍTULO XIX

EL reactor bajó a bajísima altura, atronando mis oídos. El agudo gemido de su eyector de gases se alejó fugazmente, para volver junto a mí casi al instante. Pensé que como aquel condenado piloto continuase empeñado en hacer pasadas tan cerca de mis oídos, no iba a romper la barrera del sonido, sino mis tímpanos.

El reactor volaba entre nubes. Estas se hallaban muy bajas y, de repente, empezaron a descargar lluvia sobre la tierra. Quise buscar un impermeable, un paraguas, algo, en fin, para resguardarme del agua, pero no lo encontré. Una nube que parecía un sucio globo de goma gris reventó justo encima de mí, empapándome de pies a cabeza.

Me estremecí y abrí un poco los ojos. El bramido del reactor se alejó paulatinamente, pero, a pesar de todo, volvió a llover sobre mí. Tosí y estornudé, tratando de expulsar unas gotas de agua que habían penetrado en mis pulmones, y luego procuré incorporarme, sin conseguir otra cosa que quedar sentado de mala manera sobre un chorreante pavimento de cemento.

Miré estúpidamente a mi alrededor. Tres o cuatro hombres, a los cuales conocía harto bien, me rodeaban en semicírculo, contemplándome con aire cruel y despiadado. Mis pupilas se desfocaron una vez, pero conseguí ajustar la visión, tras un esfuerzo que me provocó una terrible basca.

Reconocí a Realson al instante. También estaban Gruber, el gorila, Villez «Pelo Negro», «Estúpido» y Helakridys, el griego. Este último, sobre todo, me miraba con odio insano. Seguramente recordaba todavía el leñazo que le atizara en el «Silver Eagle» y ansiaba tomarse el desquite.

«Estúpido» tenía en las manos un cubo lleno de agua. Fue a arrojarme el líquido encima, pero Realson le contuvo con una

mano.

—Quieto, ya ha recobrado el conocimiento.

Sacudí la cabeza. Traté de ponerme en pie y lo conseguí. La habitación, un sótano destinado a almacén de cachivaches, sin otra iluminación que una lámpara en el techo, bailó una frenética zarabanda ante mis ojos durante unos segundos, pero luego se fue quietando hasta dejar firme e inmóvil el pavimento.

—Bueno —dijo Realson—, creo que ya ha llegado la hora de que nos entendamos este caballerete y yo ¿Se encuentra en condiciones de escucharme?

—Depende —dije, palpándome el chichón de forma alargada que tenía en la nuca. Contuve una mueca de dolor. ¿Con qué me habían golpeado?, me pregunté.

—Es fácil —dijo Realson. Los pandilleros continuaban en torno suyo, formando corro a dos metros de distancia de mí—. Solo tengo que hacerle una pregunta: ¿dónde guardó el negativo que le entregó la rubia?

¡Conque aquel era su objetivo! Sabían que la fotografía podía comprometerles en sumo grado y trataban de hallarla. Al no saber dónde podía estar escondido el cliché, habían recurrido al medio más cómodo para averiguarlo: interrogar a su actual propietario: yo.

—Vete al infierno —mascullé, limpiándome los labios con el dorso de la mano.

Entonces noté la falta de un peso en el hombro izquierdo: aquellos bastardos me habían despojado de mi automática.

—Esa contestación no me agrada —dijo Realson, flemáticamente—. Me gustaría más que se mostrase dispuesto a colaborar con nosotros. Lo digo por su propio bien, doctor.

—No estoy dispuesto a decirlo, granuja —respondí, con tono airado—. Lo único que me gustaría en estos momentos es hallarme a solas contigo para apretar tu gañote a gusto. Estoy seguro de que Satanás te recibiría con los brazos abiertos.

—Es posible —comentó el forajido glacialmente—. Pero usted olvida que tenemos medios persuasivos capaces de hacer hablar al más reacio.

—¿De veras? —sonreí despectivamente.

Comparados con los chinos comunistas, aquellos fulanos eran simples párvulos. Solo sabían emplear la fuerza bruta, mejor o peor aplicada, pero, ¡diablos!, también la fuerza bruta puede hacer daño.

—Sí, doctor —continuó Apolo—. Le he dicho que tenemos medios para soltar la lengua. Usted nos dice dónde está el negativo y nosotros le soltaremos a usted... ¡y a la chica!

Realson hizo un gesto rápido y sus compinches se apartaron a un costado, dejándome ver lo que había al otro lado del sótano, a cuatro metros de distancia.

Jutta estaba allí, en pie, con los brazos en V, por encima de su cabeza, sujeta con unas cuerdas por las muñecas a sendas argollas empotradas en el muro, una altura ligeramente inferior a los dos metros. Lo tobillos estaban igualmente sujetos a otras dos argollas situadas casi al pie del muro, de modo que las piernas le quedaban también abiertas, dejando entre los pies una separación de un metro.

La muchacha tenía el rostro encarnado por completo, a consecuencia de los bofetones que le había propinado aquellos salvajes para hacerla hablar. El corpiño estaba rasgado en el lado izquierdo, lo cual probaba que ella no se había entregado tan fácilmente, que había habido lucha. El flanco de aquel lado estaba al descubierto y tenía en él un verdugón rojo de muy feo aspecto.

La vista de Jutta en aquella posición hizo arder la sangre en mis venas. Un velo escarlata se opuso ante mis pupilas y, sin pensármelo dos veces, me lancé hacia adelante, bramando como un poseído.

Aquellos tipos eran astutos. Esperaban mi reacción porque el gorila y Helakridys me salieron al encuentro, como si hubiesen ensayado de antemano la maniobra, agarrándome cada uno de ellos por un brazo. Traté de resistirme, pero aun cuando mis fuerzas eran muchas, aquella pareja de cafres eran más fuertes aun individualmente que yo, de modo que actuando de conjunto resultaba imposible vencerlos.

Realson se acercó a mí con una siniestra sonrisa en los labios. En aquel momento me asaltó un deseo pueril: disponer de una navaja de afeitar, no para rebanarle el cuello, sino para afeitarle el abrigantado cabello negro de que tan orgulloso estaba. Y la imagen del Bello Apolo con la cabeza monda como un huevo, provocó en

mí tal acceso de hilaridad, que no pude por menos de soltar una estentórea carcajada.

Mis risas fueron cortadas de repente por un feroz puñetazo que me largó el fulano, aplastándome los labios. La sangre empezó a fluir al instante y me llenó la boca con su tibio sabor a sal.

—Deja de reírte, bastardo —me insultó Realson procazmente.

El golpe me encolerizó aún más y le escupí a la cara, manchándole de sangre y saliva. Barbotó una imprecación y volvió a golpearme.

Levanté el pie y traté de arrearle en el vientre. Pero el tipo era escurridizo y se echó a un lado.

—¡Sujetadle bien, condenados! —gritó.

La presión de las manazas que aprisionaban mis brazos, aumentó. «Estúpido» vino por detrás y me ligó los tobillos con un trozo de cuerda. Entonces, Realson volvió a la carga.

Como ya he dicho, era valiente solo con las mujeres o cuando estaba rodeado de una cohorte de sus esbirros. Me atizó otro puñetazo en el pómulo derecho que me lo rajó en el acto. Disparó el puño izquierdo, clavándomelo en la base del cuello, bajo la oreja. Un ramalazo de candente dolor subió en el acto hacia el cráneo, haciéndome lanzar un gemido de angustia.

Volvió a pegarme. Sus golpes no eran demasiado contundentes ni tenían la fuerza cada uno de ellos, por sí solos, para hacerme perder el sentido. No era uno solo el que me hacía daño, sino la suma de todos.

Mis labios se partieron por segunda vez. El ojo izquierdo empezó a hincharse. Al otro lado, Jutta gritaba desgarradoramente, sin que ninguno de aquellos forajidos le hiciera el menor caso. Todos disfrutaban enormemente con la paliza que me estaba propinando Realson con plena impunidad.

La sangre comenzó a deslizarse por la pechera de la camisa. Los puños del individuo empezaron a castigarme los flancos. Me retorcí, presa de inauditos dolores.

Traté de soltarme de mis guardianes, pero las manos de estos eran tan sólidas como las argollas que mantenían quieta a Jutta.

Y de pronto, todo se esfumó delante de mí. Una ráfaga negra pasó por delante de mis ojos, doblé la cabeza sobre el pecho y perdí

el conocimiento.

Cuando lo recobré, minutos más tarde, me hallaba de nuevo en el suelo, en medio de un charco de agua. Traté de respirar; los pulmones me ardían y en las fosas nasales tenía algo semisólido que me indicó era sangre a medio coagular. Quise abrir los labios, pero apenas pude; los tenía tan hinchados como salchichas. Los costados me dolían espantosamente, notaba el pómulo izquierdo con un bulto como un melón y solo podía ver con el ojo del lado opuesto.

A mayor abundamiento, cuando quise moverme, advertí que no podía hacerlo. Tenía las manos atadas a la espalda por una cuerda que se me clavaba cruelmente en las muñecas, impidiendo la circulación de la sangre, y en los tobillos me pasaba algo parecido.

Los dolores fueron y vinieron en ardientes oleadas, hasta disiparse un tanto. Entonces alguien, arrodillándose a mi lado, me tomó por los cabellos, obligándome a levantar la cabeza.

—¡El negativo, Brendyck! —dijo una voz que en aquellos momentos no supe identificar.

—No... no —dije, a través de mis hinchados labios.

Realson se plantó ante mí, con las piernas abiertas y las manos en las caderas.

—Te doy un minuto para que hables, Brendyck. Ya hemos perdido demasiado tiempo por ser considerados contigo. Si no sueltas lo que queremos saber, empezaremos a actuar.

—¡Idos todos... al infierno! —murmuré, sintiendo un vivísimo dolor en los labios cada vez que articulaba una palabra.

—¡No lo digas, Lark! —gritó Jutta de pronto—. No se lo digas a estos bastardos.

Y empezó a insultarlos con una riqueza de calificativos que me dejó absorto por unos instantes.

Realson se fue hacia ella y le pegó dos bofetadas que restallaron en el sótano como sendos latigazos. Jutta se mordió los labios para no gritar y aún tuvo humor para lanzarle un salivazo, acompañado de una poco delicada referencia a sus antepasados. El forajido estaba recolectando en aquellos momentos todo cuanto nos sobraba a nosotros.

Pero no la pegó más. Volvió hacia mí y me miró con ojos que

llameaban siniestramente.

—¿Estás decidido a hablar, matasanos?

Moví la cabeza negativamente. Realson dijo:

—Bien, entonces, vamos a emplear el procedimiento número dos. Es una lástima, porque tendré que estropear la suave piel de una linda chica, pero puesto que te empeñas...

Metió mano en el bolsillo derecho de su chaqueta y sacó algo cuya sola vista, al comprender la perversidad de sus intenciones, hizo helar la sangre en mis venas. Era una especie de cable de acero, duro y flexible, de unos veinticinco o treinta centímetros de largo y no más grueso que el dedo meñique, pero que, bien empleado, podía inutilizar o matar a un hombre. Por lo visto, como más adelante podría comprobar, era una de las armas favoritas del Bello Apolo, pero hasta entonces no había tenido ocasión de ver cómo la utilizaba.

Tomó el fragmento de cable con ambas manos y lo curvó, sonriendo perversamente. Me miró durante un segundo y luego, con gesto repentino, giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia Jutta.

Vi que la muchacha perdía el color por completo. Sus labios empezaron a temblar, pero no dijo nada.

Realson movió la mano izquierda y al instante pude oír el ruido de algo que se rasgaba. La media izquierda de Jutta se rasgó dejando al descubierto el muslo de aquel lado. La muchacha vestía aún el uniforme que usaba durante su trabajo en el «Tarento».

Mis dientes castañetearon. Realson movió la mano derecha y al instante Jutta lanzó un alarido desgarrador. El forajido se echó a un lado para que pudiera ver el verdugón que su golpe con el cable había provocado en la blanca piel de la muchacha.

Los ojos de Jutta me miraron con inenarrable expresión de sufrimiento. Un golpe de aquellos tenía que doler muchísimo, a la fuerza.

—¿Qué? —dijo Realson—. ¿Te decides a hablar?

Y repitió el golpe.

Jutta emitió un segundo alarido, que hizo vibrar los muros del sótano. La pandilla rio a coro; era indudable que los cuatro rufianes disfrutaban del espectáculo como si fuera la cosa más graciosa del

mundo.

—¡Basta! —grité, haciendo caso omiso del dolor de mis labios—. No la pegues más, hablaré.

—¡No! —chilló Jutta, debatiéndose como una posesa—. ¡No se lo digas! ¡Luego nos matarán a los dos!

—¡Cierra el pico, ramera! —barbotó Realson. Volvió sus ojos hacia mí—. Doctor: ¿qué dices?

—Calla, Lark —insistió Jutta—. Estos bastardos no tienen escrúpulos. Si de todas formas nos han de matar, al menos que sea sin que se enteren de lo que tanto les interesa.

Las palabras de Jutta me hicieron vacilar. Tenía razón... pero no podía tolerar que siguieran torturándola de aquella manera, aunque luego pasara lo que pasara. En la forma que se habían puesto las cosas, un tiro en la nuca era una cosa misericordiosa comparado con lo que harían con nosotros hasta que hubieran obtenido la información que deseaban.

Realson se fue hacia Jutta, poniéndose al lado derecho de la muchacha. Agarró los cabellos con la mano izquierda y levantó la mano armada con el trozo de cable.

—Escucha, doctor: te doy un minuto de tiempo para que hables. No pienso concederte ninguna prórroga. Si pasado ese tiempo no hablas, daré el primer golpe —rio con trémulos perversos—. Y te aseguro que después de esto nadie volverá a mirar a la cara de esta fulana.

Con el extremo del cable trazó una línea imaginaria que iba desde la comisura del ojo izquierdo hasta la barbilla, en el lado opuesto.

—El más ligero golpe deja señales, indelebles —siguió—. Y luego, se le puede dar otro en sentido contrario, con lo cual dejaríamos en esta cara tan linda una bonita aspa encarnada, para diversión de propios y extraños. ¿Qué te parece, doctor?

Jutta intentó moverse, pero él la dio un fuerte tirón del pelo, sometiéndola de nuevo. El rostro de la joven estaba tan blanco como la nieve y sus senos se movían espasmódicamente.

—¡Vamos! —tronó Realson—. ¡Contesta de una vez!

Jutta abrió los labios.

—No, Lark, no digas...

La mano del canalla se levantó en el aire.

—Es la última vez que lo repito, matasanos. Contaré hasta diez, y si al terminar no has hablado...

—¡Basta! —exclamé.

Cualquiera que fuese la suerte que nos esperaba, no podía tolerar que aquel perro marcase de tal modo una faz tan hermosa como la de Jutta. Añadí:

—Suelta ese cable, diré lo que quieras.

—Antes de soltarlo, tienes que hablar, doc.

—¿Y quién me garantiza que no le pegarás después de que haya hablado?

Miré la pierna de Jutta. El muslo izquierdo tenía dos verdugones de más de un centímetro de ancho cada uno. Eran unas señales indelebles que no se borrarían jamás. Pero aquel trozo de epidermis iba más o menos cubierto; en cambio la cara...

En aquel momento, algo chasqueó inesperadamente. Todos volvimos la vista a la vez hacia el lugar donde había sonado el ruido.

Para bajar al sótano era preciso utilizar una escalera que tenía seis o siete peldaños y que terminaba en una especie de corredor adosado al muro, el cual medía tres metros de largo. Una barandilla de madera protegía la escalera y el pequeño corredor, el cual concluía frente a una puerta de madera, la cual acababa de abrirse a medias en aquel instante.

—¿Realson? —dijo una voz opaca, de gruesos tonos.

—¿Qué hay? —contestó el rufián malhumorado al parecer porque le habían privado de una agradable diversión.

—Vengan todos, pronto —ordenó la voz.

—Pero, es que... iba a decirme ahora dónde está el negativo.

—¡Obedezca, Realson! —tronó el fulano que había al otro lado de la puerta—. Deje de mi cuenta lo que se debe hacer, ¿estamos?

Realson se mordió los labios. Era obvio que no le gustaba ser mandado, y menos en aquella forma tan perentoria, pero según se veía no le quedaba otro remedio que acatar las órdenes que se les daban.

—Está bien —dijo.

Guardó de nuevo el trozo de cable y me miró con ansia

homicida. Inquirió:

—¿Qué hacemos con la pareja?

—Déjenlos donde están; más tarde nos ocuparemos de ellos.
¡Vamos, fuera todos!

Los cinco pandilleros salieron uno tras otro, cerrando la puerta con llave el último. Y entonces, Jutta y yo nos quedamos solos en el sótano.

CAPÍTULO XX

JUTTA sonrió.

—Hola, Larkie —dijo—. Parece que nos encontramos en un serio aprieto, ¿eh?

Procuré sentarme en el suelo, cosa que conseguí tras no pocos esfuerzos, tratando de dominar los dolores que me asaltaban por todas partes.

—Eso parece —contesté—. ¿Puedes decirme dónde estamos, cariño? Lo último que recuerdo antes de despertarme la primera vez es que alguien me golpeó en la nuca. No sé más.

—Este es el último sótano del «Tarento» —declaró la muchacha—. Encima hay otro, destinado a bodega y almacén. Aquí, como puedes ver, solo se guardan los trastos viejos.

Miré en torno mío. Había unos cuantos cajones grandes, media docena de sillas estropeadas y algunos desperdicios más. No tenía ventilación de ninguna clase, excepto cuando se abría la puerta.

—Bueno —contesté—. Esos tipos se han ido. No sabemos cuándo volverán, pero creo que debiéramos intentar escapar de aquí.

—Me gustaría que ideases algo para conseguirlo... —dijo Jutta con voz plañidera, mirando alternativamente las argollas que sujetaban sus muñecas—. Me han atado bien, bastardos del diablo.

Traté de buscar algo con la vista que pudiera servir para cortar mis ligaduras. Mientras lo hacía pregunté:

—¿Cómo te trajeron a ti también aquí, Jutta?

—Dijeron que el jefe quería verme. Sencillo, ¿eh?

—¿El jefe? ¿A quién se referían?

—Al dueño del «Tarento», naturalmente.

—¿Es que está complicado en el asunto?

—Con toda seguridad, aunque no es de los que dan la cara. Ni tampoco creo que sea uno de los jefes principales, sino solamente una figura de relumbrón.

—¿Tienes alguna idea de quiénes pueden ser los peces gordos?
Jutta sacudió la cabeza.

—No. En absoluto. Se esconden muy bien y resulta imposible descubrirlos.

—¿Conoces tú a una tal Hermione Ellis? —pregunté de repente.

—¿Te refieres a la fulana que iba contigo esta noche?

—Sí, la misma.

—Suele venir algunas veces por aquí. Aunque nunca tan bien acompañada como esta noche, pequeño canalla.

Sonreí, halagado por el comentario.

—No pude evitarlo, bonita. ¿Qué me dices del otro tipo que estaba con nosotros en la mesa?

—¿Dellasha? Ese sí suele venir con más frecuencia.

—¿Acompañando a la otra muchacha?

—Solo unas cuantas veces.

—¿Y las demás?

—Figúratelo.

—Ya —murmuré—. Su aspecto parece muy próspero, Jutta.

—Aquí se gasta bien el dinero. No es avaro, desde luego. Una vez le hice una fotografía con la rubia que llevaba esa noche y me soltó veinte «pavos» de propina. Habían salido bien, por supuesto.

—¿Juega?

—Alguna vez. Más bien por pasar el rato o por entretener a su acompañante.

—¿Y la señora Ellis?

—No. Viene, cena, se divierte un poco, presencia el espectáculo y luego se marcha.

—¿Con quién solía venir acompañada? ¿Realson, tal vez?

—¿Ese canalla? Oh, no; ella es demasiado fina para admitir una compañía semejante. Sus acompañantes han sido siempre personas respetables.

—Tendremos que pensar bien de ella —murmuré, decepcionado.

El conocimiento de Hermione y Dellasha podía ser accidental y, dada la índole de los negocios de este último, bien podían tener alguno en común, suponiendo la abundante herencia que ella había recibido del difunto Ellis. Quizá Dellasha se cuidaba de administrársela o algo por el estilo.

—Lark —exclamó Jutta de pronto—, ¿qué pensarán hacer luego con nosotros?

—No lo sé, pero me da en la nariz que nada bueno —hacía ya rato que forcejeaba con las ligaduras que me sujetaban, sin conseguir nada positivo.

—¿A dónde habrán ido? Tiene que ser a un lugar donde les necesiten con urgencia, de lo contrario...

Las palabras de Jutta me dieron que pensar. El hombre que les había dado la orden de suspender la tortura y seguirle no había reparado en el importante detalle de que estábamos ya dispuestos a declarar dónde estaba el negativo de la fotografía. Esto quería decir una cosa...

Sentí de repente un terrible frío en la espalda. Los dientes me castañetearon de tal modo que Jutta lo advirtió al instante.

—¡Lark! ¿Estás malo? ¿Qué te sucede? ¡Contéstame, por el amor de Dios! —gritó alarmada.

Empecé a sudar. Ahora comprendía dónde podían haber ido a parar aquellos forajidos. ¿Para qué diablos querían el negativo si conocían el paradero de Mike Glengan? Una vez suprimido este, la fotografía poco importaba, porque no podría declarar a mi favor. Pero aún había más.

Concordia y Betty estaban con Mike. Aquellos forajidos no se pararían en barras y las suprimirían del mismo modo para que no pudieran hablar posteriormente. Eran unos tipos desalmados, para los cuales la vida humana carecía de importancia.

—¡Contesta, Lark!

Miré a Jutta con pupilas opacas.

—Han averiguado dónde está Glengan y han ido a buscarle.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, terriblemente consternada.

—Pero aún hay más —añadí—. Tenía dos mujeres cuidándole. Ahora las matarán también.

—¡No! —chilló Jutta.

Y de repente, en un incontenible acceso de rabia, empezó a forcejear con las ligaduras que sujetaban sus muñecas y sus tobillos a las argollas.

—¡Quieta! No conseguirás nada práctico —dije.

Empecé a arrastrarme hacia ella. Si podía ponerme en pie, quizá con los dientes consiguiese alcanzar las cuerdas de sus muñecas. Aunque lo dudaba bastante, porque a su elevada estatura había que añadir la distancia de los brazos en alto.

De pronto, al pasar frente a uno de los cajones que había adosados a la pared contigua, divisé algo que hizo saltar de gozo mi corazón. Era un vidrio, apoyado contra el muro, procedente seguramente de alguna de las ventanas superiores y guardado allí con posteriores fines de utilización. El vidrio era grande y se comprendía que no lo hubieran arrojado, dado el tamaño.

—Me parece que he visto algo —dije a Jutta.

Me puse de rodillas y caminé así, a saltitos, hasta llegar junto al cajón. Entonces agaché la cabeza y la apoyé en un costado del mismo.

Empecé a hacer fuerza. A pesar de que estaba vacío, era grande y pesaba. Tras algunos esfuerzos que me llenaron de sudor, conseguí arrastrarlo un metro más allá, dejando el vidrio completamente al descubierto.

Entonces me tendí de espaldas, frente al cristal, y encogí las piernas. Disparé los pies y el vidrio saltó en mil pedazos.

—¡Bravo, Larkie! —gritó Jutta, jaleándome. Como yo, veía próxima la liberación.

Ahora venía lo más difícil: atrapar un fragmento de aquel vidrio para poder cortar las ligaduras. No había más que una solución: tomar un trozo con los dientes y hacer lo que se pudiera.

Me arrastré de nuevo, eligiendo un fragmento ligeramente apoyado contra la pared. Estaba polvoriento y me llenó al instante la boca de mal gusto. Pensar en una posible infección hizo que mis cabellos se erizasen, pero no veía otra forma de utilizarlo.

Finalmente, pude conseguir sujetarlo con los dientes, dejando fuera como unos quince centímetros, con aristas tan afiladas como una cuchilla de carnicero. Aguantando la respiración, apoyé la espalda en la pared para poder incorporarme.

Cuando lo hube conseguido, tuve que esperar a que el sudor de mi frente se me evaporase un tanto, pues me caía a chorros, impidiéndome casi la visión. Después de unos minutos de espera, caminé hacia Jutta a saltitos.

Los ojos de la muchacha brillaban enfebrecidos. Había comprendido mi idea, pero no quería hablar, temerosa de que el cristal volviera a caer al suelo. Acercándose a ella todo lo que pude, me empujé sobre las puntas de los pies.

Empecé a cortar. Las hilachas de la cuerda del brazo derecho saltaron una por una. De pronto, perdí el equilibrio y caí de espaldas.

Jutta chilló agudamente:

—¡Lark!

Al ver que perdía el equilibrio, procuré caer de la mejor manera posible. No obstante, mi cabeza chocó con seco ruido contra el suelo encementado, y empecé a ver luces de colores. Pero aún pude conservar un poco de conocimiento, el suficiente para no soltar el vidrio de mis dientes.

Volví a empezar.

—Ten cuidado, Lark —dijo Jutta.

Solté un gruñido. Casi me costó un cuarto de hora ponerme al lado de ella nuevamente, pero lo conseguí empecé a cortar de nuevo.

La nuca me dolió, debido a la forzada postura. De vez en cuando, sentía que los pulmones estaban a punto de estallarme y entonces perdía altura, dejando que los pies descansaran sobre sus talones. Luego, pero inexorablemente, la cuerda fue desgastándose.

La sangre brotó de una de las comisuras de los labios, corriéndome por el mentón. Pero, ¿qué importaba ya una mancha más?

Súbitamente, Jutta lanzó un grito.

—¡Suelta, Larkie!

Bajé los pies. Ella dio un fuerte tirón y la cuerda saltó con seco chasquido.

Entonces quiso tomarme con la mano libre el vidrio.

Negué con la cabeza. Jutta comprendió y empezó a mover el brazo para restablecer la circulación de la sangre, cosa que logró

unos minutos después.

El resto fue fácil. Jutta cogió el vidrio y empezó a cortar la cuerda del brazo izquierdo. Incapaz de sostenerme en pie, roto por la tensión, caí nuevamente de espaldas, jadeante buscando aire penosamente para mis maltratados pulmones.

Al terminar de soltarse el brazo izquierdo, Jutta se venció hacia adelante. Permaneció unos momentos a gatas, apoyada en el suelo con las manos, tratando de recobrar fuerzas. Su rostro y el mío estaban a tan corta distancia que aún tuvo humor para besar mis labios tumefactos.

—Eres el hombre más maravilloso que he conocido jamás —dijo, con suave sonrisa.

Unos minutos más tarde, los dos estábamos libres por completo. Pero aún quedaba por resolver el problema de la salida del sótano.

Esto no nos importó demasiado, por el momento. Jutta se arrojó en mis brazos y me besó con ansia devoradora. Sus labios maltrataron los míos, pero era un maltrato muy diferente del que había recibido por parte de Realson.

Nuestras efusiones duraron muy poco, con harto sentimiento por parte de ambos. Casi antes de que empezáramos a pensar en la manera más práctica de largarnos del sótano, oímos el chasquido de una llave en la cerradura de la puerta.

Jutta y yo miramos a la vez hacia el lugar de donde procedía el ruido. Luego, movidos por un impulso simultáneo, echamos a correr de puntillas hacia el único lugar donde, por el momento, podíamos resguardarnos.

Nos situamos bajo la escalera. Era un refugio precario, pero no disponíamos de otro en aquellos momentos. Los forajidos volvían de nuevo, pero no quería volver a pasar por otra sesión semejante. Busqué con la vista un arma que pudiera servirme tanto para el ataque como para la defensa, y encontré una tabla de regular tamaño, metro y pico de largo por diez o doce centímetros de ancho y uno y medio de grueso. Bien manejada, sus golpes podían causar devastadores estragos.

La puerta se abrió de golpe. Sonó una voz:

—Ese bastardo nos lo dirá, tenlo por seguro.

Sonó una risita.

—¡Jo, jo! La cara que puso Realson cuando vio...

El forajido que estaba hablando se interrumpió de repente. Jutta y yo nos miramos; acabábamos de saber que ya habían advertido nuestra liberación.

—¡Condenación! —aulló el pandillero—. ¡Griego, se han escapado!

CAPÍTULO XXI

APRETÉ la tabla con fuerza. Los dos pandilleros descendieron la escalera a todo correr, tremendamente desconcertados por lo que ellos estimaban una huida incomprensible.

Llegaron al piso y miraron en todas direcciones. Entonces me resolví a salir de mi escondite y a atacar.

«Estúpido» me vio al instante y lanzó un grito.

—¡Cuidado, griego!

Y echó mano a la sobaquera tirando de pistola.

Dejé que la sacara. Entonces le golpeé la muñeca con el filo de la tabla.

La pistola voló por los aires, en tanto «Estúpido» lanzaba un grito de inenarrable agonía. Cayó de rodillas, sujetándose el brazo fracturado con la mano izquierda.

Repentinamente, algo parecido a una maza hidráulica cayó sobre mi pecho. Volé hacia atrás, cayendo de espaldas sobre un cajón, cuya superficie se quebró con sonoro crujido de astillas.

El griego se me echó encima, antes de que pudiera reaccionar. El golpe me había dejado sin aire en los pulmones y con las mismas fuerzas de un recién nacido. Helakridys empezó a batanearme a gusto.

Traté de contestarle, pero mis puñetazos se perdieron en el vacío.

El griego rio complacido. Levantó el brazo, enseñando un puño como un jamón.

Pero no pudo descargar el golpe. Algo explotó fragorosamente cerca de nosotros.

El griego sacudió la cabeza, mirándome con ojos extraviados. Por detrás de él, vi a Jutta empuñando el revólver que había

perdido «Estúpido».

Se necesitaba algo más que una simple bala del treinta y ocho para detener a un monstruo como aquel... Después de la breve interrupción, el griego trató de golpearme de nuevo.

Jutta se puso a su costado. No había más que una forma de parar a un salvaje como aquel, y la muchacha lo hizo. Colocó el arma a un centímetro de distancia de aquella cabezota y gatilló con decisión.

Los ojos de Helakridys voltearon espantosamente dentro de sus órbitas. Su vitalidad, sin embargo, era prodigiosa. Me golpeó el rostro, dejándome medio atontado.

El revólver estalló de nuevo. Un chorro de algo, caliente y viscoso empezó a mojarme la cara. Puse las manos sobre el pecho del gigante y apreté con todas mis fuerzas.

Necesité usar además las piernas para apartar aquella mole de mí. Helakridys lanzó un ronco estertor y se desplomó de costado. Pataleó convulsivamente, quedándose inmóvil poco a poco.

Entonces me puse de rodillas. Alargué la mano casi a tientas.

—Dame el revólver —pedí.

Jutta me lo entregó.

Tomé el arma. Casi no podía apuntar. Pero tenía que hacerlo. Era imperativo impedir que «Estúpido» saliera del sótano. Herido o muerto, poco importaba, pero no podía consentir que se largase a avisar al resto de la cuadrilla.

El tipo se había aprovechado de la situación y, recobrándose parcialmente, huía por la escalera arriba. Apunté al centro de su espalda y disparé una vez.

La detonación sonó como un cañonazo en aquel reducido ámbito. «Estúpido» se detuvo un instante, estremeciéndose horriblemente. Luego intentó continuar su camino.

Volví a disparar. Esta vez, el pandillero se quedó quieto en el sitio. Giró sobre sus talones, dándome la cara. La sangre le fluía por los labios.

De pronto, perdió el equilibrio, venciéndose hacia adelante. Quiso utilizar el brazo, pero al tenerlo fracturado, el miembro no pudo sostener el peso del cuerpo. Su cintura se apoyó en la barandilla de madera, la cual cedió con sonoro crujido. «Estúpido»

dio una voltereta completa en el aire y cayó de espaldas al suelo. Ya no se movió más.

Tiré el arma a un rincón, con gesto lleno de rabia. No, no me gustaba aquello. Yo había estudiado para salvar vidas, no para cortarlas a tiros. Pero ¿qué podía hacer si me atacaban? Uno no puede ser siempre yunque o mansa oveja; alguna vez tiene que convertirse en martillo o lobo.

Jadeando casi sin poder tenerme en pie, fui hacia el cadáver de Helakridys, registrándole afanosamente. Llevaba una pistola, una «Luger» alemana, aunque no parecía muy dado a su uso. Probablemente había disfrutado más empleando su fenomenal fuerza física. Pero ahora la «Luger» me vendría a mí muy bien. Comprobé que funcionaba perfectamente y fui hacia Jutta.

Tomé el brazo de la muchacha, dirigiéndonos hacia la salida. Llegamos al primer sótano y, antes de seguir adelante, busqué ansiosamente una cosa que pudiera remediar, siquiera fuera por el momento, la debilidad en que nos hallábamos.

Había un cajón de whisky abierto. Saqué una botella y rompí el gollete contra el muro. Soplé para limpiar de partículas de vidrio la parte rota y luego se la entregué a Jutta.

La muchacha levantó la botella en alto. Más de la mitad del licor se vertió por su cuello y escote, y esto la hizo reír convulsivamente. Yo sonreí también, aunque bien sabe Dios que tenía muy pocas ganas de hacerlo.

El licor me reanimó notablemente. Salimos de allí, alcanzando la parte superior del «Tarento», ya desalojado por completo a aquellas horas de la madrugada. El local estaba desierto por completo.

Fui a dirigirme hacia la puerta, pero Jutta me detuvo.

—No pretenderás que salga vestida de este modo, ¿verdad?

—Bueno —la urgí—, date prisa.

—No tardaré ni cinco minutos —dijo, largándose al vestuario de empleadas.

Regresó antes del plazo fijado, abrochándose la blusa que vestía, junto con una falda de amplio vuelo. Del hombro izquierdo le colgaba una gran bolsa de cuero, en la que trasladaba la cámara fotográfica y demás adminículos.

—Esos granujas —masculó.

—¿Qué te sucede?

—Han sacado los negativos y se los han llevado. ¿Qué diablos de excusas voy a presentar yo mañana a mis clientes?

Me asombró que la muchacha estuviese preocupada por una cosa que a mí me parecía tan banal. Pero, a fin de cuentas, ella vivía de semejante trabajo y era lógico que se hubiera enfadado.

Cojeaba ligeramente al andar. Rezongó algo entre dientes.

—Maldito... Me ha hecho polvo el muslo.

—Eso tiene fácil arreglo —dije.

—¿Cómo? —me miró significativamente.

—Te lo diré en otra ocasión —agarré su brazo—. Andando, ahora tenemos algo que hacer.

—¿Crees que llegaremos a tiempo? —preguntó ansiosamente, en tanto buscábamos una salida.

—No lo sé. Hemos perdido ya mucho aquí. Si esos tipos averiguaron el escondite de Glengan, les ha sobrado tiempo para matar a veinte más.

Todas las puertas del local estaban cerradas. Era seguro que el griego y su compinche poseían una llave, pero no sentía el menor deseo de bajar a ver de nuevo sus cadáveres.

—¿Dónde hay una ventana? —pregunté.

—Ven por aquí —dijo Jutta, agarrándome de la mano.

Me guió por el mismo corredor donde yo había caído en la trampa, introduciéndome en los lavabos. Estos tenían un par de ventanas, por una de las cuales saltamos al exterior. El suelo estaba a nivel del piso, de modo que la maniobra resultó fácil.

Dimos la vuelta al edificio, caminando cautelosamente. Yo tenía la «Luger» a mano por si era preciso utilizarla, pero nadie nos estorbó el paso. Al llegar al aparcadero vimos dos automóviles. Uno de ellos era el mío.

—Por lo visto —masculé— estaban seguros de que no íbamos a escaparnos, pues no se han molestado en llevárselo de aquí.

Todo el cuerpo me dolía tremendamente. Haciendo un esfuerzo, fui hacia el otro coche, seguramente el de los pandilleros, y desinflé las gomas. De este modo, no podrían utilizarlo contra nosotros si luego los restantes querían venir en busca del vehículo.

Jutta me esperaba ya en el mío. La muchacha se frotaba nerviosamente la parte afectada por los golpes del cable. Monté tras el volante y di marcha, saliendo de allí a toda velocidad. El alba asomaba ya por oriente.

Estuve tentado de llamar a mi amigo el teniente Sheppard, pero me contuve. Si Realson y sus pandilleros habían actuado ya, poco iba a poder hacer el policía.

Mientras rodábamos hacia la ciudad a toda marcha, me pregunté quién podría ser el tipo que había surgido tan repentinamente en el sótano, ordenándoles marchar con él. La voz parecía desfigurada y, posiblemente, lo era con deliberación. ¿Quién era? ¿Dellasha? ¿El dueño del propio local, pese a lo que me había manifestado Jutta en sentido contrario?

Llegamos a casa de Concordia cuando ya el nuevo día ponía una nota gris en las calles de Boultonville. Me apeé a toda prisa, olvidando mis dolores y me abalancé hacia el ascensor.

Al llegar arriba, salimos atropellándonos mutuamente en nuestra ansia por llegar antes. Recorrimos el pasillo a toda prisa y nos detuvimos ante la puerta del apartamento de Concordia.

La puerta estaba entreabierta. Sentí un terrible frío en la espina dorsal. La mano de Jutta se crispó sobre mi brazo.

La miré y ella me miró a mí. ¿Qué cosa tan horrible había al otro lado de la puerta?

Los dientes me castañetearon súbitamente. Moví la cabeza.

—No... —tartamudeé—, no me atrevo a entrar...

Jutta decidió por mí. Inspiró con fuerza e irguió el busto.

—Yo lo haré —dijo resueltamente.

Empujó la puerta y desapareció en el interior de la casa.

Esperé fuera, sintiendo que las piernas se negaban a sostenerme en posición vertical. Me imaginé a Concordia, a Betty y a Mike, tirados por el suelo, llenos sus cuerpos de orificios de bala o quizá apuñalados para evitar el escándalo de los tiros. Algo líquido me corrió de repente por el cuello: era sudor.

La puerta volvió a abrirse de repente. Jutta apareció bajo el umbral, con una expresión de tremendo desconcierto pintada en su rostro.

—¡No hay nadie, Larkie! —dijo.

CAPÍTULO XXII

—¿QUÉ? —grité, abalanzándome sobre ella y apartándola a un lado con inenarrable violencia.

Recorrí el apartamento en pocos segundos, comprobando que, efectivamente, se hallaba vacío. Se veía algún desorden en las habitaciones, pero no era mayor del que lógicamente cabía esperar. Regresé al vestíbulo, donde me aguardaba Jutta, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Estás seguro de que era aquí donde se escondía Mike Glengan? —preguntó ella.

—¡Diablos! Ha estado desde el segundo día que lo hirieron —mascullé—. Y yo también he vivido aquí este tiempo. La dueña del piso es... amiga mía y, además, estaba mi antigua enfermera. No hay duda posible, Jutta.

La muchacha se mordió los labios. Dejó la bolsa sobre un sillón y penetró en la casa.

—Me da la sensación de que se han largado a tiempo —dijo, en tanto se dirigía hacia la cocina—. Aquí no se ve el desorden lógico en un posible secuestro.

Encendió el gas y puso agua a calentar.

—¿Tú crees que han tenido tiempo de fugarse? —exclamé.

—Casi seguro —dijo.

Se volvió hacia mí y, de repente, hizo chasquear los dedos. Exclamó:

—¡Ahora estoy segura de ello!

La esperanza renació de nuevo en mi pecho.

—Explícate, pronto —la acucíé.

—Recuerda la entrada de los dos pandilleros en el sótano. Venían muy divertidos, como si acabaran de presenciar algo que les

hubiera causado una gracia enorme. Uno de ellos decía, más o menos: «Ese bastardo nos lo dirá, estoy seguro.» Y el otro se echó a reír: «La cara que puso Realson cuando vio...», contestó. ¿Qué es lo que vio ese canalla, Larkie? Yo te lo diré: nada. Sencillamente, nada. El piso estaba vacío y sus ocupantes habían volado. Por eso el primero sostenía la tesis de que tú se lo dirías y estaba seguro de ello. ¿Qué era lo que tenías que decirles? El nuevo escondite de Mike Glengan, eso es.

Me quedé mirando a la muchacha con ojos maravillados. Efectivamente, sus razonamientos eran completamente lógicos. Concordia y Betty habían huido de allí con el herido. Ya no podíamos dudar de ello; todas las señales lo evidenciaban así.

Sin embargo, había dos preguntas a las cuales era urgente responder y que, casi sin darme cuenta, expresé en voz alta.

—Primero: ¿cómo supieron ellas que Realson y los otros pensaban venir aquí? Segundo: ¿a dónde se han ido?

El agua para el café empezó a hervir. Mientras lo preparaba, Jutta dijo:

—A la primera pregunta no puedo responderte, Larkie. Ni creo que tú lo hagas. En cambio, la segunda es más fácil. Conoces a las dos mujeres y sabes sus costumbres.

Me alargó una taza llena de humeante líquido. Empecé a tomar el café a pequeños sorbos, en tanto pensaba furiosamente.

—¡Ya está! —exclamé de pronto—. ¡Solo pueden haber ido a un sitio, Jutta!

—¿Cuál?

—La casa de Betty, la enfermera. Allí estarán seguras; Realson no conoce el lugar.

—Es posible —contestó la muchacha—. Si es cierto lo que dices, es el mejor sitio para esconderse. Yo había pensado en tu casa...

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar. Allí será el primer lugar donde habrán acudido esos pájaros al ver que este piso estaba desierto. Ellas no son tontas, tenlo por seguro.

Repetí el café. Luego empecé a sentirme cansado. Además, tenía la ropa mojada y destrozada y era urgente un cambio de indumentaria. Tranquilo al respecto sobre la suerte de Concordia y

los otros dos, mis nervios empezaban a relajarse, acusando la tensión en que habían estado mantenidos en las últimas horas.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó la muchacha.

—Tú quédate aquí. Sería peligroso que volvieras a tu domicilio. Seguramente estará vigilado. En cambio, aquí, como ya han estado, no creo se les ocurra volver.

—¿Y tú?

—He de ir a mi casa. No tengo ropa, es forzoso que lo haga.

—Ten cuidado, Larkie... —rogó ella, súbitamente alarmada.

Me toqué el costado izquierdo.

—Tengo una buena protectora —contesté—. Ellos se me llevaron mi automática, pero me dejaron esta «Luger», que tampoco está mal. Adiós, preciosa —dije, pellizcándola suavemente en las mejillas—; que descanses mucho.

Me acompañó hasta la puerta. Una vez allí me miró inquisitivamente.

—Oye —dijo de pronto—. La dueña de este piso, ¿es guapa?

—Sí —murmuré tras ligera vacilación.

—¿La... quieres? —su voz se mostraba ligeramente alterada.

—Sí —contesté, mirándola de frente.

Su pecho se hinchó un momento. Luego emitió un profundo suspiro.

—¡Lástima! Parece que he llegado tarde —comentó valerosamente.

—Eres muy hermosa, Jutta, y podrás encontrar un hombre bueno y cariñoso que te haga feliz —dije, palmeándola suavemente en el hombro.

—Sí, pero no se llamará Lark Brendyck.

De pronto, me empujó hacia el pasillo, diciendo:

—Anda, lárgate —y cerró la puerta de golpe.

Permanecí allí unos momentos, ensimismado. Luego, meneando la cabeza, me dirigí al ascensor.

Llegué a mi casa sin novedad. Antes de entrar exploré el terreno, sin ver nada sospechoso. Una vez dentro, cerré todas las puertas y ventanas herméticamente, con el fin de evitar una posible sorpresa durante mi sueño. Después me preparé un baño bien caliente, al cual siguió una ducha helada, que me dejó como nuevo.

Reparé los desperfectos de mi cara; algunas señales, sin embargo, tardarían tiempo en desaparecer. Pero habiendo salvado la vida, esto carecía de importancia.

Estaba agotado, tenía que descansar. Busqué un lecho y me tumbé en él, durmiéndome en el acto.

Cuando desperté eran ya las cuatro de la tarde. Sentía un hambre devoradora, por lo que fui a la cocina, preparándome algo de comer. Al terminar busqué el teléfono y marqué un número.

Nadie contestó a mis llamadas. Insistí un par de veces, obteniendo en ambas idéntico resultado. Sonreí; era evidente que no querían arriesgarse a denunciar su presencia contestando a las llamadas. Entonces terminé de vestirme y, tras un atento examen del panorama exterior, salí a la calle, encaminándome a casa de Betty.

Cuando llamé a la puerta, tardaron algunos segundos en contestar. Advertí que estaban mirando a través del visor y luego la puerta se abrió de golpe.

Concordia se arrojó en mis brazos.

—¡Lark! —exclamó con vehemencia—. ¡Oh, Dios mío, estás vivo!

—Eso parece —contesté—. Pero vamos adentro; aquí estamos escandalizando.

Penetramos en el apartamento y cerré la puerta, más pequeño que el de Concordia, pues solo disponía de un diminuto vestíbulo, un dormitorio, una cocina comedor y los servicios correspondientes. Al oír nuestras voces, Betty salió a recibirnos.

—Hola, doctor —sonrió—. Salvó el pellejo, ¿eh?

—Yo no diría tanto, Betty —contesté.

—Te pegaron —exclamó Concordia, mirando mis facciones, en las cuales se advertían notoriamente las señales de los golpes recibidos.

—Sí, pero ahora carece de importancia. Ya se pasará. Lo importante es: ¿cómo está Mike?

—Bastante bien, doctor. Ahora descansa. Recobró el conocimiento y se le ve débil, pero saldrá adelante.

—Eso es bueno —contesté—. ¿Cómo se les ocurrió venir hasta aquí?

—Fue Betty la que lo advirtió desde la ventana. Casi todo el tiempo, desde que te marchaste, estuvo vigilándonos un tipo que no le gustó. Ni a mí tampoco, cuando me lo enseñó.

—¿Y cómo hicieron para deshacerse del fulano?

Una chispa de buen humor brilló en los ojos de la enfermera.

—La segunda parte del festival corrió a cargo de Concordia. Que se lo explique ella, doctor.

Miré a la joven. Esta se turbó.

—Yo... no te enfades, Lark... pero era lo único que podíamos hacer, después de acordado el plan. Me... me vestí y salí a la calle, procurando pasar por delante del individuo. Fui a una tienda cercana y compré una botella de whisky. Luego regresé y pasé por delante de él otra vez... —Concordia se interrumpió; ya no se atrevía a continuar hablando.

—Vamos, vamos, sigue —la apremié.

Betty pugnaba por contener la risa, pero sus esfuerzos no obtenían el resultado apetecido. Al fin, después de una tremenda carcajada, que hizo convulsionar todo su cuerpo, dijo Betty:

—Le volvió loco con un par de contoneos. Hablaron algo y el tipo quedó tarumba. Entonces ella hizo ostentación del whisky. ¿Qué más quería el fulano que una chica guapa y una botella de buen licor? Conque se olvidó de todo y subieron al piso. Y en vez de la botella, recibió un botellazo que lo dejó sin sentido, porque yo estaba esperándole detrás de la puerta. Lo atamos con unas sábanas, lo amordazamos y después nos largamos de la casa, dejándolo allí encerrado.

—¿Y Mike?

—Soportó bastante bien el traslado. Pesa poco ahora, y entre Concordia y yo nos apañamos para poder bajarlo a la calle. Ya teníamos un coche: el del individuo que nos había estado espiando, al cual le habíamos despojado de la llave de contacto. El resto fue sencillo. Después, Concordia se llevó el coche muy lejos de la puerta, para no dejar indicios delatores, volvió en un taxi. Eso fue todo, doctor. ¿Qué le parece?

Miré a las dos mujeres con admiración. Se merecían un aplauso, ciertamente.

—Bien —dije—, confieso que lo que menos me gustaría en este

mundo es ponerme frente a ustedes Me rendirían en el acto.

Betty se echó a reír. Concordia... no lo sé, por aquel maldito velo.

—Bueno, Concordia —dijo Betty—, ¿por qué no le sirve una copa a su médico? Tiene aspecto de estar necesitándola.

—Sí —contestó la joven.

Betty nos dejó solos en la cocinita. Tomé unos sorbos de licor y expliqué a Concordia lo que había hecho durante la noche anterior y el resto del día, incluyendo lo relativo a Jutta.

—¿Es muy hermosa? —preguntó ella de pronto.

—Bastante —contesté—. No tanto como tú, sin embargo.

Concordia se levantó de pronto, volviéndome la espalda. Se la veía presa de una súbita excitación.

—No tan hermosa como yo —murmuró.

Me puse en pie, acercándome a ella y tomándola de los hombros con las manos. Ella se estremeció al contacto y, cruzando sus brazos, apoyó sus manos sobre las mías.

—Concordia —murmuré, sintiendo su agitada respiración—. ¿Por qué has dicho eso?

—¡No me lo preguntes! —contestó ella con cierta violencia.

—Pero...

—Por favor. Dispénsame, Lark, me he puesto un poco nerviosa.

—¿Por culpa de Jutta Eckstrom?

Ella no contestó. El rápido movimiento de su seno era, sin embargo, síntoma harto delator de lo que pasaba en su interior.

—Concordia —murmuré suavemente—, debes saber que me he enamorado de ti y que no quiero a otra mujer más en este mundo. Jutta ha sido para mí un valioso auxiliar; puede que todavía necesite de sus servicios. No te diré que, de no haberte conocido a ti, ella y yo... Pero sabe que nos queremos, ¿entiendes?

—Sí, Lark —murmuró ella, ya más calmada. De pronto se volvió y escondió la cabeza en mi pecho—. Oh, ¿cuándo terminará esto, Lark?

—Pronto, muy pronto —contesté, más que nada para darle ánimos—. Quizá antes de lo que te imaginas.

—Ojalá fuera verdad lo que dices —murmuró apasionadamente.

—Lo es —contesté con absoluta firmeza.

Permanecemos así unos momentos. Luego nos separamos.

—¿Te marchas?

—Sí —respondí—. He de hacer algunas gestiones.

—Por favor...

—Quédate tranquila, sé cuidarme.

Y me marché de allí, sin ver siquiera a Mike, antes de que Concordia pudiera hacer algo por retrasar mi partida.

En realidad, no tenía ningún plan definido. Hasta cierto punto, porque quería ver a una persona, pero aquel día me iba a ser imposible. Tenía que esperar al siguiente, antes no podía hacerlo sin despertar sospechas. Se trataba de Paulina y, naturalmente, no quería citarla por teléfono ni, mucho menos, ir a buscarla a casa de Hermione. Por cierto, me pregunté con curiosidad, qué habría pensado Hermione al ver que no volvía. No la habría hecho mucha gracia, seguramente, pero esto no era cosa que me preocupase mayormente.

Pensando en todo esto me hallaba cuando, de pronto, sentí una voz junto al coche.

—¡Brendyck!

Volví la vista. Había detenido el «Chrysler» junto a la acera, por culpa de un disco rojo, y un hombre me había visto pararme en aquel lugar.

Mi contestación resultó automática, cosa que me enojó bastante al pensar en que vestía de paisano en lugar del infamante traje de presidiario.

—¿Señor?

Homer Dugson abrió la portezuela del coche y se sentó a mi lado. La luz roja cambió a verde y arranqué.

Dugson sacó un cigarro, mordió la punta y la escupió a través de la ventana. Luego, envuelto en una nube de humo azul, me miró a los ojos.

—Estoy enterado de sus andanzas, Brendyck —dijo severamente—. ¿Es que no se le ha metido en la mollera que ese no es el mejor procedimiento para permanecer lejos de la cantera?

—Estoy interesado en aclarar un crimen que no cometí —respondí secamente.

—Lo sé. Y también sé que le dije que debía olvidarlo todo y

concentrarse en su porvenir, pero no me has hecho el menor caso.

Sorteé un pesado camión de mercancías.

—Póngase usted en mi caso —repuse, sin apartar mi vista del frente.

—Soy capaz de ponerme en su caso y en el de mil expresidarios más, Brendyck —contestó duramente el alcaide—. Llevo veinte años en el oficio y no hay nadie que pueda enseñarme nada acerca del mismo. Le dije que todos los que salieron en sus mismas condiciones, amenazando con volar al mundo, acabaron en el patíbulo. ¿Tiene usted ganas de morir ahorcado?

—No, pero tampoco quiero que se burlen de mí, alcaide. Estoy a punto de conseguir la información que deseo, y ahora que ya casi lo he logrado no voy a echarme atrás.

Dugson meneó la cabeza.

—Veo que es inútil todo cuanto se le diga, Brendyck —suspiró—. En fin, allá usted. No tengo facultades para detenerlo, pero lo haría de muy buena gana, créame. Una temporadita de nuevo en la prisión le refrescaría el caletre, con toda seguridad.

Frente a nosotros había un patrullero policial.

—Allí tiene gente que puede hacer lo que dice —repliqué—. ¿Por qué no los llama?

—Por usted mismo, porque, a pesar de todo, le aprecio y sé lo que vale... cuando se encuentre a sí mismo. Olvide esas locas ideas de venganza...

—¡No es venganza, sino justicia lo que busco! —exploté.

A punto estuve de ganarme una multa al tener que frenar a medio centímetro de una señal de paso para peatones. Los frenos del coche maullaron agudamente y el guardia que había en la encrucijada me miró con encono.

—Está bien, está bien —dijo Dugson, abriendo las manos—. Es usted ya mayorcito para saber lo que se hace. Sin embargo, antes de dejarle quiero hacerle una indicación. Será la última.

—Está bien, desembuche.

—Tengo noticias de que la señora Ellis está quejosa de usted.

—Me lo supongo —repuse fríamente.

—Es su «Probation Officer». No le conviene disgustarla.

—Lo sé. Pero la culpa no fue mía. Sin embargo, me propongo

pedirle excusas en cuanto pueda.

—Hágalo. Lo digo por su bien. Es mujer que goza de buena posición y mejor situación económica. Podría ayudarle mucho, si usted lo quisiera, Brendyck.

—No me gusta que me ayuden las mujeres —refunfuñé.

—Olvide el sexo en este caso. Es su tutor mientras dure su libertad bajo palabra. Su misión es ayudarle y usted debe aceptar tal ayuda. Al menos, eso figura en el pliego de condiciones que firmó usted al ser excarcelado.

—Lo sé. A pesar de todo, no me gusta.

—¿Ella... o su ayuda? —preguntó el alcaide, maliciosamente.

—Ya sabe a lo que me refiero, y sabe también que soy un hombre. Pero podían haberme proporcionado otro tutor. ¿Me lo buscó usted?

—No. Nunca lo hago, sería salirme fuera de la esfera de mis atribuciones. Lo único que puedo hacer es emitir mi voto, junto con mi informe, en las reuniones periódicas de la Comisión de Libertad Bajo Palabra. Cuando proponen un «Probation Officer», son los miembros de la Comisión quienes lo hacen, y la responsabilidad, naturalmente, recae sobre ellos.

Llegamos a la altura de la calle Cleveland.

—Pare aquí —dijo Dugson.

Frené. El alcaide se apeó. Me miró por última vez.

—Me gusta ver la gente fuera, no dentro, aunque usted y los demás que se hallan en sus condiciones puedan pensar lo contrario. Yo no tengo la culpa de mi oficio; siempre habrá presos y carceleros, y alguno tiene que serlo.

—Comprendo —dije.

Desfrené, embragué y salí arreando.

Un minuto más tarde, detuve el coche y entré a telefonear en un bar. Llamé a Hermione, disculpándome con ella. Hermione se portó bastante bien, aunque se la notaba resentida. Dije que iría a verla en cuanto pudiera y luego colgué.

No creí que se hubiera tragado las excusas que le di, acerca de una repentina indisposición, pero, ¿qué diablos podía decirle? No iba a contarle lo que me había sucedido, le hubiera resultado demasiado fuerte.

A continuación, llamé a Jutta. La muchacha, a juzgar por el tono de su voz, se había agarrado al teléfono con el ansia de un náufrago a la tabla de salvación. Chilló al reconocer mi voz.

—¡Lark! ¿Dónde te has metido, pequeño canalla?

—Descansando, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

—Como una leona en su jaula. ¿Cuándo me das permiso para salir de aquí? Tengo que ir a trabajar al «Tarento», recuérdalo.

—Creo que te conviene estar enferma una temporada. Llama por teléfono y díselo así al dueño.

—Y tú, ¿qué harás?

—Seguir adelante con mis pesquisas, naturalmente.

—Me gustaría ir contigo, Larkie —dijo con acento plañidero.

Recordando a Paulina, me dije que aquello no podía ser. Y se lo dije. Pero le di un número de teléfono.

—Es por si necesitas algo de mí, querida. Adiós —y colgué antes de que pudiera hacerme la menor objeción.

CAPÍTULO XXIII

ENCENDÍ mi cuarto cigarrillo. Ya empezaba a tener la boca seca. ¿Era que Paulina, la pizpireta, había renunciado a su día de salida?

Pero no, allí estaba, manteniendo el equilibrio inverosímilmente sobre aquellos tacones que medían diez centímetros y haciendo girar el cuello a todo tipo con quien se cruzaba por la acera.

Tiré el cigarrillo y puse el coche en marcha. Di la vuelta completa a la calle, pues había estado aguardando en la acera contraria, y luego maniobré para situarme al lado de la chica.

—¡Paulina! —llamé suavemente, cuando estuvimos a bastante distancia de casa de Hermione.

Ella miró hacia mí. Sus ojos chispearon de pronto.

—¡Larkie! —exclamó gozosa.

Me incliné hacia la derecha y abrí la portezuela. Paulina se coló dentro como un torbellino, apretándose con fuerza contra mí.

—¡Larkie, chiquillo! Ya empezaba a echarte mil maldiciones...

—Echa las persianas, monada —dije, arrancando de nuevo—. No soy de los que dejan plantada a una mujer, cuando esta me gusta tanto como tú. Lo único que ha pasado era que no quería hacerme visible para la señora Ellis, ¿comprendes?

Paulina me guiñó el ojo pícaramente.

—Eres un amorcito, Larkie. Resultas realmente encantador.

—Aún no te he demostrado todo lo que valgo —contesté, y luego nos enfrascamos en una conversación por el estilo hasta llegar al «Trocadero».

Una vez en este local, fuimos al rincón de dos días antes. Pedí un par de Martinis y luego de haberlos bebido y haber soportado sus efusiones pasé a la acción directa. Por la mañana había estado

en el Banco y disponía de dinero fresco.

—Paulina —dije—, tú y yo tenemos que hablar muy en serio.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—¿De qué, Larkie?

—Me dijiste el otro día que estabas muy bien en casa de la señora Ellis, ¿no es eso?

—Sí, claro. ¿A dónde diablos quieres ir a parar?

—Necesito entrar en su casa cuando ella no esté. Tú me avisarás y...

—¡Larkie!... —exclamó la muchacha, asustada—. ¡Eso que dices no puede ser! Me costaría el empleo.

—Lo haremos de modo que no te cueste nada. Además, te ganarás una pequeña comisión por hacerme ese favor, para que puedas comprarte la joya que más te agrade. ¿Qué te parecerían doscientos cincuenta dólares para empezar?

Y sacando el dinero, desplegué sobre la mesa un abanico de billetes que la dejó con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Larkie! —murmuró absorta.

Empujé el dinero hacia ella.

—Es tuyo —manifestó—. Tómalo.

—Pero... —me miró estupefacta—. ¿Quién diablos eres tú, Larkie?

—Un príncipe disfrazado —contesté, propinándola un cariñoso estrujón—. Acéptalo y no hagas más preguntas.

—¿Y bien? ¿Qué harás una vez estés dentro?

—Déjalo de mi cuenta. Pero te prometo que no lo hago para robar. Puedes estar segura de ello.

Su voz tembló ligeramente.

—¡Larkie, me das miedo!

—No temas —contesté, palmeando afectuosamente su mano—. Te digo y te repito que no pienso cometer ningún delito. Solamente... quiero hacer un ligero registro en busca de unas cosas que me interesan. Puede que ella no las tenga, pero es una probabilidad que debo intentar. Además, tú misma puedes estar presente mientras hago el registro. Así verás que todo queda igual que antes.

—Está bien —dijo la muchacha—. Para eso no hace falta que

me dieras ningún dinero...

Reuní todos los billetes y luego los deposité en el mismo sitio que la vez anterior. Acto seguido la atraje hacia mí, sin encontrar ninguna resistencia por su parte. Ni a recibir el dinero ni al beso que siguió a continuación.

Regresé a casa ya casi de noche, procurando antes no dejar en mis labios la menor señal que pudiera comprometerme ante Concordia. Cené opíparamente, y la tensión que nos rodeaba, pareció relajarse un tanto. Charlamos y, por primera vez, al contar una graciosa anécdota que me había sucedido en los primeros tiempos de la iniciación de mi carrera, pude escuchar la risa de Concordia.

Tomamos una taza de café y ya nos disponíamos a acomodarnos para pasar la noche lo mejor posible en aquel estrecho apartamento, cuando, de pronto, el teléfono estalló con estridencia.

Nuestra conversación se cortó de pronto. Los tres miramos hacia el lugar donde sonaba el timbre con insistencia.

Me levanté y caminé hacia la repisa donde estaba el teléfono. Llevé el auricular a mi oreja, y apenas lo había hecho, todo mi cuerpo se envaró, poniéndose rígido como una tabla.

—Lark —escuché la voz de Jutta, no más alta que un susurro—, están ahí. Ven pronto, por el amor de Dios.

—¿Quiénes? —grité, espantado.

—Ellos —dijo Jutta, en el mismo tono—. Los oigo. Están tratando de forzar la puerta... ¡Ya están ahí! —su voz se transformó de pronto en un agudísimo chillido—. ¡Larkie!

A través del hilo telefónico pude escuchar el ruido de un mueble que se desplomaba crujidoramente. Luego una sonora imprecación, emitida por una voz masculina, y después otro aullido aterrador. Acto seguido alguien colgó el teléfono con un golpazo que atronó mis oídos.

Yo también lo colgué, mirando a las dos mujeres. Supongo que, en aquellos instantes, mi rostro debía ofrecer un aspecto espantoso.

Concordia se aferró a mi brazo con gesto crispado.

—¡Lark! ¿Qué sucede? —preguntó, alarmadísima.

—Jutta —dije solamente.

Y, de repente, eché a correr hacia la puerta.

Descendí a la calle como una exhalación. Cuando me metía en el coche vi que Concordia salía del portal.

—¡No, no vengas! —grité.

Pero ella no me hizo el menor caso. Pasó al otro lado y se sentó junto a mí.

—También llevo un revólver —dijo—. Puedo serme útil.

Arranqué a toda velocidad, comiéndome las esquinas. Llegamos a casa de Concordia en un tiempo excepcionalmente breve. Hubiera querido empujar el ascensor con las manos, pero aquello era imposible.

Entramos en el apartamento, percibiendo ya, a las primeras de cambio, las señales de una enorme lucha. Muebles volcados y rotos en astillas, manchas de sangre en las paredes y luego desorden, un desorden total y absoluto.

Miramos por todas partes, sin encontrar el menor rastro de Jutta.

—¿Se la habrán llevado? —pregunté, sintiendo hielo en la sangre.

De pronto, un ruido extraño hizo que ambos volviéramos el rostro hacia la puerta del dormitorio, único lugar que aún no habíamos tenido tiempo de examinar. El ruido era horrible, espeluznante, como de una bestia sin nombre que se hallara en los espasmos de una agonía indescriptible. Era una mezcla de gorgoteo y chirrido, y estas son las palabras más aproximadas que puedo encontrar para tratar de dar una pálida idea de lo que era aquel ruido, que jamás he vuelto a oír.

Concordia exhaló un leve grito de susto y se colgó de mi cuello. Procuré calmarla y luego me desasí de sus brazos. Saqué la «Luger» y, después de amartillarla, me acerqué a la puerta del dormitorio, que aparecía cerrada.

Inspiré con fuerza. Luego lancé un tremendo puntapié y la puerta se abrió con violencia huracanada.

Nos quedamos asombrados. El dormitorio estaba vacío, aunque en el suelo se veían numerosas manchas de sangre.

El ruido se reprodujo, ahora con más intensidad al hallarnos sin el obstáculo de la puerta abierta. De pronto, Concordia lanzó un

chillido que puso mis nervios tensos como cuerdas de violín.

Su brazo señaló hacia el otro lado del lecho. Miré en aquella dirección y los cabellos se me erizaron en el acto.

Dos manos, cubiertas de sangre hasta el codo, aparecieron por encima de la colcha, aferrándose a la ropa de cama, como si su dueño quisiera incorporarse. Luego, una cabellera dorada, manchada casi por completo de sangre, surgió ante nuestros espeluznados ojos. Y después...

El rostro era una masa informe de carne y cubierta de sangre, que goteaba sin cesar por las numerosas heridas que le habían sido inferidas.

Tardé unos segundos en reconocer a la propietaria de aquella faz. Quizá no lo hubiera conseguido de no haber sido por los fragmentos de cabello que no habían sido manchados por la sangre.

—¡Jutta! —grité, abalanzándome sobre ella.

Al pasar al otro lado, sentí todavía nuevos estremecimientos. Toda la parte superior de su cuerpo estaba llena de marcas longitudinales, de las cuales fluía la sangre incesantemente. Aquellos bárbaros no habían respetado nada con tal de conseguir sus propósitos.

—Lark —susurró Jutta, con un burbujeo de sangre. La tomé en mis brazos, sin importarme en absoluto ponerme perdido de sangre, y la deposité sobre el lecho. Al hacerlo, Jutta se convulsionó.

—Aprisa —grité—. Concordia, pon agua a calentar. Hay sábanas, rásgalas a tiras.

—¡Fue Realson! —gritó Concordia, recobrándose de pronto del horror sentido a la vista de aquella carnicería.

Las trazas de los golpes eran inconfundibles. En aquel momento me juré a mí mismo buscar inmediatamente a Realson y hacerle pagar su salvajismo y su bestialidad inauditas, fuera como fuera. Aun siguiendo la taliónica fórmula, no pagaría dejándose arrancar ojo por ojo y diente por diente. Merecía vivir mil veces, para quitarle la vida otras tantas.

Limpié un poco el rostro de Jutta. Su pulso era debilísimo. No sobreviviría. Busqué en el apartamento, encontrando parte de los medicamentos que Betty había descuidado llevarse a causa de las prisas de la fuga. Había cardiazol y le puse una inyección que

pareció reanimarla ligeramente. Pero aquello no era más que el principio del fin, que se acercaba inexorablemente, a pasos agigantados.

Me miró. Alzó una mano y trató de acariciarme el rostro. Pero no tenía fuerzas y el brazo cayó a lo largo de la cama.

—¿Realson? —pregunté.

—Sí —contestó con un debilísimo susurro.

—¿Por qué?

—Quería... saber dónde... te escondías y dónde escondías a Mike... Larkie... no se lo dije...

Oí un sollozo a mi espalda. Era Concordia. La miré un segundo y vi que tenía las manos sobre el rostro y que sus hombros se estremecían convulsivamente.

La fidelidad de Jutta me conmovió. Oprimí su mano con suavidad.

—Larkie...

—Sí, Jutta.

—No le hagas nada a Realson... por mí... Hazlo por Polly.

—¿Polly? —exclamé intrigado.

—Sí... Era... —reunió todas sus fuerzas para emitir la frase—. Era mi hermana...

—¿Tu hermana? —repliqué, estupefacto.

—Sí... —hube de inclinarme hacia ella, pues casi no percibía su voz—. Ella... se cambió el nombre... decía que el nuestro... resultaba extraño... demasiado nórdico... Además... cada una vivíamos de diferente modo... independientes... Yo había llegado a Boultonville... una semana antes de su muerte... y sacar fotografías era todo lo que... sabía hacer... Polly conocía al dueño del «Tarento» y... me proporcionó el empleo...

Las últimas manifestaciones acabaron con las escasas fuerzas que le restaban. Su respiración se hizo jadeante y estertórea.

De pronto, el cuerpo de Jutta se arqueó en una suprema convulsión.

—¡Larkie! —gritó.

Se relajó casi en el acto. Moviéndose un par de veces más y luego sus miembros se fueron estirando lentamente.

Tomé su muñeca con el índice y el pulgar. Un minuto más

tarde, cubrí por completo aquel maltratado cuerpo con una sábana.

Me puse en pie. Concordia seguía sollozando y la atraje hacia mí.

Pareció que mi gesto provocaba en ella un incontenible ataque de histeria. Aunque la sujetaba por los hombros, ella me golpeó el pecho con los puños.

—¡Mátalo, Lark! —chilló—. ¡Mátalo! ¡Busca a Realson y mátalo! ¡Esa hiena humana no merece vivir!...

—¡Cálmate, Concordia! —exclamé, zarandeándola con fuerza para hacerla reaccionar.

Después de un par de sacudidas, el ataque se resolvió en un mar de lágrimas.

Dejé que llorara hasta que se calmó un tanto. Entonces fui en busca de una botella y traje un vaso lleno de licor que le ofrecí. Acto seguido me dirigí al teléfono.

Me contestó una voz soñolienta.

—¡Un cuerno para el bastardo que me despierta a estas horas de la noche! —dijo Sheppard—. ¿Quién es?

—«Cara Bonita» —dije—. Vamos, policía, levántese y cumpla con su obligación.

CAPÍTULO XXIV

SHEPPARD estuvo contemplando un momento el cadáver de Jutta. Luego dejó caer la sábana y se enfrentó con nosotros.

—Salgamos de aquí —dijo con voz ronca.

Resultaba evidente que, aunque por su profesión estaba acostumbrado a ver muchas cosas, era la primera vez que contemplaba una salvajada semejante.

Concordia nos sirvió unas copas. Sheppard despachó la suya de un trago. Luego dijo:

—Es difícil, pero tendrá que hacerlo usted mismo, doctor...

—¿De modo que le indicamos quién es el asesino y no se atreve a ir a detenerlo? —barboté, rojo de indignación.

—Calma, calma —me recomendó el policía—. Atengámonos a los hechos. Ustedes están seguros de que ha sido Realson. Lo ha dicho la muerta y yo les creo. Ahora bien, ¿qué sucederá cuando presente a ese bribón ante el juez? ¿Con qué apoyaré mi demanda? Antes de que le haya visto las narices al juez, vendrá un abogado con un mandamiento de «habeas Corpus» y nos dejará empantanados y llenos de ridículo. Además, aunque consiguiéramos detenerle y encerrarle con una sólida acusación, no lograríamos nada positivo. No es a Realson a quien perseguimos estrictamente, sino a sus jefes.

—Usted sabe quiénes son. Dígame sus nombres. Yo me encargaré del resto —dije en tono acusador.

—Sí, sé quiénes son. Mejor dicho, me lo supongo, con notables visos de verosimilitud. Y puedo darle sus nombres. La otra noche estuvo cenando en el «Tarento» con uno de ellos. Es, precisamente, el que se encarga de la parte digamos femenina del negocio, y no quiero ser más explícito porque hay una dama delante. Pero aún falta uno, uno que está detrás de todo el tinglado y que es el que

mueve los hilos. A ese no le conozco ni he tenido hasta ahora la menor ocasión de averiguar el menor dato.

—Bien —dije—, ¿y el tercero?

—Dellasha.

—Pero no tengo pruebas que lo demuestren —dije.

—Búsquelas. Usted puede hacerlo mejor que yo. Si intentase mover un dedo en ese sentido, mi empleo volaría en el acto. Y, desgraciadamente, mi mujer y mis hijos tienen la mala costumbre de comer tres veces al día. Es una postura egoísta, lo reconozco, pero no puedo actuar de otra forma. Dellasha y la señora Ellis y el jefe de ambos se gastan mucho dinero con las autoridades de la ciudad, y en cuanto supieran que he asomado las narices en este endiablado asunto, se meterían migo. Discúlpeme, Brendyck, pero hay que tomar los hechos tal como son y no como querríamos que fueran.

Comprendí la postura del teniente y le disculpé «in mente». Demasiado hacía arriesgándose por mí de aquella manera.

Señalé con la cabeza hacia el dormitorio.

—¿Y qué hacemos con... con...?

—Déjelo de mi cuenta. Váyanse ustedes. La policía no se explicará cómo Jutta Eckstrom llegó hasta aquí, tampoco lo que hacía. La dueña del apartamento —miró a Concordia— está de viaje. Esto justificará su ausencia.

—Está bien —tomé del brazo a la joven—. Nos vamos. Adiós y gracias por todo, Sheppard.

—Adiós —contestó el policía.

Permanecemos en silencio hasta llegar a casa de Betty. Esta nos recibió con expresión inquisitiva, reparando en la sangre que había manchado mis ropas. Pero estaba acostumbrada a ver cosas semejantes y no dijo nada.

—Ha muerto —dije, y esto bastó.

De repente, sentí la natural reacción. Eché a correr hacia el cuarto de aseo.

Volví unos minutos más tarde, algo más tranquilizado. Concordia me había preparado un vaso lleno de licor, que despaché de una sentada.

—Dispensa —murmuré, buscando un cigarrillo.

—De nada —dijo ella. Luego añadió—: Me darás tu ropa. Quiero limpiarla de manchas. No debes volver a tu casa otra vez, sería correr demasiado riesgo.

—Claro —aprobé, expulsando el humo.

Concordia preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Buscar a Realson.

—Pero no sabes dónde se encuentra.

—Idearé un plan, descuida.

Aquella noche, mientras descansaba en el divancito del vestíbulo, pensé mucho. Eran unos tipos astutos, hábiles, y sobre todo despiadados. Comprendían que yo era el peligro que se cernía sobre ellos, y trataban de deshacerse de mí y de todos cuantos me ayudaban. Yo era el ser que se interponía entre ellos y el disfrute de su vida muelle y cómoda, apoyada sobre los pilares canallescos del vicio y la disipación en sus más variada y abyectas formas. Había tratado únicamente de demostrar mi inocencia, pero, indirectamente, me había metido en las redes de una poderosa banda, algunas de cuyas mallas empezaban a crujir alarmantemente, amenazando rotura. Cuando esta se produjera, las fuerzas de la Ley y el orden irrumpirían por el hueco, destruyendo su criminal organización.

Ahora empezaba a ver claro en muchas cosas. Todo partía, o casi todo al menos, de aquel indiscreto sueño que había tenido en mi celda. El resto era fácil de suponer. Hermione Ellis había sido uno de los trucos que habían empleado para deshacerse de mí y les había fallado.

El nombramiento de aquella hermosa pécora para «Probation Officer» me había resultado más que sospechoso desde el primer momento, y lo sucedido en el «Tarento» había acabado de confirmar mis sospechas. Por eso, en la conversación que había sostenido telefónicamente con ella para disculparme de mi «desaparición», no se había mostrado todo lo enojada que hubiera debido parecer. Demasiado enterada estaba ella de lo que me sucedía en aquellos momentos en los sótanos.

Y en cuanto a Dellasha, quería, consolidar su posición con un ventajoso matrimonio. Ventajoso en ambos sentidos: en lo económico y en lo social. Rosie Mordaunt era una acaudalada

heredera, perteneciente a la crema de Boultonville, y aquel enlace consolidaría definitivamente la posición de Dellasha. ¿Quién, después de la boda, iba a meterse con el yerno del poderoso negociante y financiero John W. Mordaunt?

Faltaba, sin embargo, un tercer personaje: el que nadie conocía. Por más que repasé en mi memoria, no supe encontrar ninguno a quien aplicar mis sospechas.

¿Tan alto estaba?

Finalmente, agotado, me dormí muy cerca de la madrugada. Eran pasadas las diez cuando Concordia me despertó, tocándome suavemente en el hombro.

—Lark.

—¿Sí? —murmuré, ahogando un bostezo.

—El desayuno está. Y una tal Paulina también está.

Me despabilé en el acto.

—¿Qué? ¿Ha venido hasta aquí? —exclamé, alarmadísimo.

De pronto comprendí que esto era imposible; solo le había dado el número de teléfono.

—No —contestó Concordia con tono despechado—. Te llama por teléfono. ¿Es que no vas a parar nunca de andar entre faldas?

—Esas faldas me llevarán adonde yo quiero —gruñí.

Pasé los dedos por entre el cabello y acudí descalzo al teléfono.

—Lark al habla —dije.

—Hola, amorcito —dijo Paulina.

Su voz era tan chillona que se oía por fuera del auricular. Miré a Concordia de reojo y vi que esta se marchaba dando un portazo.

—¿No puedes hablar más bajo? —mascullé, irritado—. ¿Qué diablos pasa?

—No te enfades, cariño —dijo ella plañideramente—. Solo quería hacerte un favor.

—Está bien, desembucha pronto. Tengo prisa. ¿De qué se trata?

—La señora Ellis saldrá mañana de la ciudad. Estará fuera todo el día. Me ha dicho que le prepare lo necesario para veinticuatro horas de ausencia. De modo que puedes venir cuando quieras.

—Perfectamente —dije. Pero tenía otros planes con respecto a Paulina—. Escucha, quiero pedirte otro favor...

—Bueno, si puedo hacértelo...

—Lo harás, no te quepa la menor duda. Tienes que pedirle permiso a la señora Ellis para salir a las cinco de esta tarde.

—Pero, ¿eso no puede ser! ¡Hasta mañana no me toca!

—Pues pídele el permiso —dije duramente—. Dile que te quedarás mañana a cuidar la casa en su ausencia, cualquier cosa, pero a las cinco quiero verte en el «Trocadero», ¿estamos?

—Bueno, trataré de conseguirlo... Pero no te lo aseguro...

—Cariño, te aprecio mucho —la interrumpí—. Pero tendré que olvidarte si no haces lo que te digo.

Era canallesco aprovecharse de la pobre muchacha de aquella forma, pero me consolé pensando que Paulina no era mujer que se apurase mucho al quedar plantada por un admirador. Por otra parte, una sustanciosa compensación económica haría menos enojoso el término de nuestras breves relaciones.

—Eso sí que no —protestó la chica—. Iré, aunque tenga que sacarle los ojos a la señora Ellis.

«Se lo merecería», dije para mis adentros.

Luego alcé la voz.

—Bien, hasta las cinco, preciosa. Y procura ponerte tu mejor vestido, ¿comprendes?

—Por ti, haría...

La interrumpí:

—Otra pregunta; ¿sabes conducir?

—Claro que sí.

—Espléndido. Eso es todo cuanto necesitaba saber. ¡Adiós!

Y colgué.

Encendí un cigarrillo. Aquella Paulina, cuyo conocimiento había sido puramente casual, me iba a dar mejor resultado del que podía esperar. Sería un magnífico cebo para pescar el pez a quien tantas ganas tenía de freír en mi sartén. Luego tendría que apartarla a un lado, mas no parecía mujer a quien afectase demasiado una contingencia semejante.

Terminé de fumar el cigarrillo y abrí la puerta.

—¡Concordia!

La joven se presentó unos segundos más tarde, remoloneando visiblemente.

—Estoy aquí —dijo con cierta sequedad.

La tomé por un brazo, después de pegar un empujón con el pie a la puerta.

—Tú no acabas de convencerte de que eres la única mujer a quien amo y que todo lo que hago está encaminado a resolver nuestro problema.

—El tuyo, querrás decir —contestó hoscamente—. Primero fue Jutta. Era muy hermosa...

—Y me ayudó como tú no puedes darte una idea.

—Después, fue la señora Ellis. Es muy guapa, tengo entendido;

—Bueno, ella no tiene la culpa de serlo.

—Y ahora me sales con esta que te llama «amorcito» descaradamente. Lark, ¿cómo quieres que confíe en ti?

—Porque no me amas lo suficiente como para creer absolutamente en mí, pese a tus protestas. De otro modo, no habrías adoptado esa actitud que tan mal te sienta.

—¿Y cuál quieres que adopte? Si te parece, empezaré a dar saltos de alegría.

—¡Oh, las mujeres! —exclamé exasperado—. ¡Qué manía tienen de complicarlo todo!... ¿Qué me dijiste anoche, después de que hubo muerto Jutta? Piensa bien, recuérdalo. Quiero oírlo de nuevo de tus labios. Me golpeabas el pecho mientras lo decías.

Se puso rígida. Sus ojos llamearon.

—¡Repítelo! —ordené.

Desvió la vista a un lado.

—Estaba nerviosa...

—¡Repítelo, Concordia!

Habló con voz muy baja, pero volvió a repetir las frases que había pronunciado en aquellos momentos de histerismo.

—¡Mata a Realson... Es una hiena humana... y no merece vivir...

—No lo mataré, si no es absolutamente necesario —contesté—; no soy ningún verdugo ni quiero usurpar funciones que no me pertenecen. Pero esa chica con la cual he estado hablando hace unos momentos, es el cebo con el cual pienso atraer a Realson al lugar donde quiero encontrarle, ¿me comprendes? Ella puede hacerlo, tú no.

—¿Por qué?

Me mordí los labios un segundo. Luego contesté:

—Si te lo digo, te enfadarás.

—Contéstame, quiero saberlo.

—Está bien. Ella es guapa y hermosa, y puede ir con la cara descubierta.

Las pupilas de Concordia llamearon repentinamente. Su seno tembló con un espasmo de cólera.

—Sí, ella puede ir descubierta por la calle. Y yo no. ¿Quieres saber por qué no puedo salir a la calle si no es con el rostro tapado por este condenado velo? ¿Quieres saberlo de una vez?

Se inclinó hacia mí, adelantando el busto. Estaba presa de un incontenible ataque de cólera. Bajo el velo negro, su rostro debía estar del color de las cerezas.

—Bien —murmuré tranquilamente—, dilo de una vez.

Su mano derecha subió hacia arriba y se arrancó el velo de un tirón.

—Mira —gritó casi histéricamente—. Mira y verás por qué no puedo ir por la calle sin llevar la cara tapada. Contéplame y averigua por qué odio tanto a Realson. Así sabrás por qué quise matarlo y por qué deseo que alguien castigue como se merecen sus villanas e iniquidades. ¡Mírame bien, Lark Brendyck!

Recogí el velo que había arrojado en el paroxismo del furor y se lo entregué de nuevo.

—Fue Realson también —dije.

—Sí.

—Cuéntame.

Ella volvió de repente las espaldas.

—Dame un cigarrillo primero.

Saqué uno del paquete y lo encendí, pasándoselo luego por encima del hombro... Concordia lo tomó y aspiró nerviosamente las primeras bocanadas. Después empezó a hablar. Su relato no fue muy extenso, aunque sí enjundioso.

CAPÍTULO XXV

—HARÁ un año, más o menos, que llegué a Boultonville, contratada por una agencia para cantar en locales como el «Tarento» y similares. No era una gran cosa, pero me defendía y aún había conseguido ahorrar unos cuantos miles de dólares. Todavía conservo buena parte de ese dinero y gracias a ello vivo sin trabajar por el momento.

«Poco después conocí a Realson. Visto desde el punto de vista femenino, hay que reconocer que es un tipo atractivo. Yo le gusté y él me gustó también. De momento no ocurrió nada; mi interés principal se centraba en mi trabajo; si todo me salía bien en el «Tarento», me esperaba un importante contrato con el «Desert Inn», de Las Vegas. Como comprenderás, actuar en un local semejante es prácticamente el espaldarazo de la fama y yo no podía desperdiciar la ocasión.

«En vista de que me mostraba esquivia, Realson apretó el cerco. Confieso que empecé a perder la cabeza. Entonces yo ignoraba sus actividades y, por otra parte, no me había preocupado mucho de su manera de obtener los ingresos suficientes para vivir. Llegó una época en que el contrato con el «Desert Inn» pareció inminente y un día, Realson me invitó a tomar unas copas en su apartamento, después de mi actuación en el «Tarento».

Encendí un cigarrillo. Presentía el resto de la narración.

—La cosa no tenía mayor importancia —declaró Concordia—. Le acompañé y bebimos un par de combinados. Luego... él quiso abrazarme. Me besó, le besé; fin de cuentas, le amaba. Pero luego...

Concordia se interrumpió, presa de una súbita agitación. Después de chupar nerviosamente el cigarrillo, continuó:

—Siempre he sido una mujer decente. Él no quiso verlo. Se puso furioso, como loco. Jamás he visto a una persona en tal estado.

Temí que fuera a estrangularme, pero no, no tuve esa suerte.

—Estás blasfemando, Concordia —la reprendí suavemente.

—Quizá, discúlpame. Pero, es que cada vez que recuerdo la escena que siguió... Él sacó ese trozo de cable que lleva siempre consigo. Antes de que pudiera advertir qué pretendía hacer conmigo, me dio dos golpes, muy fuertes y seguidos. «Vete a cantar al infierno», aulló, y se marchó.

»Aquella frase fue lo último que pude oír, porque me desmayé. El resto... puedes suponértelo tú mismo.

Cesó de hablar y arrojó el cigarrillo a un lado. Yo tiré también el mío. Después, la tomé por los hombros la hice girar suavemente hasta dejarla frente a mí. Contemplé especulativamente las señales que el cable de aquel canallesco individuo había dejado en el rostro de Concordia. Los golpes habían sido propinados con sádica deliberación, precisamente en el sitio en que más estragos podían causar. Eran dos cicatrices, largas, de unos quince centímetros cada una, cruzándose como ramas de un aspa precisamente sobre el centro de los labios de la joven, que le llegaban desde casi los pómulos hasta el borde opuesto de la mandíbula inferior. El primer golpe había sido asestado con particular fuerza, en el segundo, cabía suponer, lógicamente, un instintivo movimiento de defensa y retroceso de Concordia ante el brutal e inesperado ataque, lo cual había originado un extraño levantamiento del labio superior que dejaba casi al descubierto la encía por el lado izquierdo, provocando una mueca horrible que nada podía borrar... como no fuera el velo que siempre llevaba puesto.

Así me explicaba sus reticencias y el hecho de que tuviese los espejos cubiertos con paños negros. A cualquier mujer, en sus mismas condiciones, le habría sucedido lo mismo: el horror a contemplarse con las facciones desfiguradas, unas facciones que antes habían sido de singular belleza, le impedía utilizar un adminículo tan necesario en la estética femenina.

Pasé el dedo índice por las dos ramas de aquella aspa en rojo, un rojo cárdeno, casi violado, que infundían un aspecto tan repugnante a un rostro que antes de aquella salvajada había debido ser, sin duda, hermosísimo. La respiración de Concordia se aceleró de pronto, al sentir el contacto de mi dedo.

—Por favor —murmuró.

Y, de pronto, con gesto súbito, la atraje hacia mí y besé con furia aquellos labios maltratados y destrozados por la saña de un individuo a quien no se podía llamar con ninguno de los calificativos que contiene el diccionario.

En un primer momento, Concordia se resistió, pero luego acabó entregándose al encanto del instante. Su mano me acarició suavemente la mejilla y la noté temblorosa de pasión.

Unos segundos más tarde le devolví el velo. Ella se lo colocó de nuevo.

—Ahora ya lo sabes todo —dijo con voz ronca.

—Sí, lo sé —repliqué—. Y ello me ha hecho amarte más todavía, si pudiera ser. Pero ahora, después de esta explicación, tú has de tener ciega confianza en mí. En todo y por todo, ¿me comprendes?

Asintió con un breve parpadeo. Sus hermosos ojos brillaban con una sospechosa humedad. Apretó mi mano tiernamente y dijo solamente:

—Sí, querido.

Y luego añadió:

—Pero es que cada vez que sales con una mujer que puede llevar el rostro descubierto, me consumo de celos sin poder evitarlo, Lark.

Sonreí, mientras la acariciaba el cabello.

—Procura ser paciente. Pronto podrás hacer tú lo mismo... con la ventaja de que entonces siempre me llevarás al lado.

Suspiró profundamente.

—Oh, Dios mío, cuánto lo deseo.

Acto seguido dije que tenía que salir. Concordia manifestó que ya tenía la chaqueta y la camisa limpias, pero que no habían quedado muy bien.

—Me compraré ropa nueva ahora. Tengo que salir.

—¿A dónde?

—A preparar el cebo para atrapar a Realson. Tengo que hacerlo bien o, de lo contrario, fracasaré.

Después de examinar a Mike y comprobar que, afortunadamente, su estado general mejoraba por momentos, prescribí el tratamiento para el día. A continuación, me marché.

Lo primero que hice fue dirigirme al banco, donde le aticé un palo a mi cuenta corriente que la dejó temblando. Empecé a pensar en lo que sería de mí cuando hubiera agotado el dinero, pero me dije que, si reparaba mucho en el detalle, acabaría por acobardarme, de modo que opté por no hacer caso y me dirigí a realizar la segunda diligencia de la mañana, que consistió en equiparme de limpio de arriba abajo en unos grandes almacenes.

—A este paso —refunfuñé para mis adentros—, todo mi caudal se va a ir en ropa.

Una vez vestido, tomé el «Chrysler» y me dirigí a una agencia de alquiler de coches, tomando uno convertible, aparatosamente pintado en blanco y rojo, cuyos metales herían a la vista. Era el marco ideal para una individua como Paulina y si con esta y el convertible no picaba Realson, entonces es que yo era idiota de nacimiento.

Después de aquello, aún compré algunas cosillas más: un par de pendientes y un enorme collar, de bisutería, naturalmente, pero muy escandalosos. A la hora en que Paulina los luciría, no se notaría mucho si eran legítimos o me habían costado en total dos docenas de dólares.

Ya no me quedaba otra cosa que hacer que esperar la hora de la cita en el «Trocadero». A las cinco en punto acudí al local, encaminándome al mismo rincón de siempre.

Paulina llegó casi media hora más tarde. Venía muy sofocada y con los pulmones a punto de estallar.

—Larkie, amorcito, casi creí que no iba a poder venir. Esa fulana parece que se caló algo raro, pero al fin me dejó salir.

—Eres un encanto, preciosa —dije, barbilleándola un poco, cosa que la puso hueca como un pavo—. Y ahora, vamos a hablar en serio tú y yo.

Encargué un par de combinados y le expliqué el plan. Paulina se asustó un poco.

—No temas —dije—, ese tipo no te hará nada. Además, estaré yo para protegerte.

—Pero... no le conozco.

Le hice una descripción gráfica y detallada de Realson. A pesar de todo, se mostraba reticente.

—Larkie, cariño, me das miedo. ¿Qué piensas hacer con ese tipo?

—No te preocupes, es cuenta mía. Nada malo, por supuesto —y para disculparme de la mentira, crucé los dedos índice y medio por debajo de la mesa—. Solamente deseo tener un rato de charla con él.

—¿Y crees que accederá? —preguntó, temerosamente.

—¿Te has mirado al espejo antes de salir de casa? —dije con galantería—. Ese tipo seguiría a una escoba con faldas, cuando más a una bomba atómica como tú. Accederá, te lo aseguro.

—¿Y si... y si luego me...?

—No tendrá tiempo, porque antes habré actuado yo. Ya te lo he explicado antes con todo detalle. Solo tienes que hacer lo que te he dicho; del resto me encargo yo.

Metí mano en el bolsillo y extraje cinco billetes de a cien, que puse delante de ella. Luego, al mismo tiempo, le entregué los pendientes y el collar.

—Esto —me refería al dinero—, es por la molesta. Y lo otro, para aumentar tus poco aumentables atractivos.

—Si fueras otro —dijo, guardándose codiciosamente el dinero en el seno—, no lo haría ni por todo el oro del mundo. Pero, tratándose de ti... Bueno, no lo puedo remediar, me traes loquita, Larkie. Y el caso es que, entre unas cosas y otras, con tus malditos líos, no hemos podido pasar una tarde tranquila.

—Dentro de un par de días todo estará listo para complacerte —contesté—. Ah, y mañana iré a casa de la señora Ellis, como quedamos ayer. ¿Qué hora te parece mejor?

—Te avisaré por teléfono.

—Conforme.

Inicié la acción de levantarme, pues ya se nos echaba la hora encima, pero ella me sujetó por las solapas, mirándome de un modo singular. Medio minuto más tarde, yo tenía que limpiarme los labios y ella retocárselos.

—Al menos —suspiró—, que no me vaya de vacío del todo.

Salimos fuera. Montamos en mi coche, cuyo aspecto era el de uno de tantos, y nos dirigimos al «parking» donde había dejado el convertible. Una vez allí le entregué las llaves, repitiéndole por

enésima vez las instrucciones a fin de que todo saliese tal como lo había planeado.

Paulina asintió y se metió en el coche. Realmente, era la mujer indicada para tal vehículo. Si Realson no caía en el lazo... bueno, ya solo me restaba alquilar entonces un pelotón de marines y fusilarlo.

Un cuarto de hora después, me hallaba a la entrada de la calle Pioneers, espiando las luces de neón que anunciaban el «Silver Eagle». Agazapado tras el volante, con el sombrero echado sobre los ojos, era preciso acercarse mucho a mí para reconocerme.

El convertible estaba un poco más lejos, pero en el sitio bien visible. Este era un detalle fundamental y Realson tenía que reparar en él para meterse de bruces en la trampa tendida.

El tiempo pasó lentamente. Esperé media hora, una hora, una hora y cuarto y empecé a desesperarme. Si Realson no había acudido al lugar de su predilección aquella tarde, podría dar todo mi esfuerzo por perdido.

De pronto, la puerta del «Silver Eagle» se abrió y dos siluetas caminaron por la acera hacia la salida de la calle. Aun a pesar de la distancia, la risa inconfundible de Paulina llegó hasta mis oídos.

Puse el motor en marcha y arranqué suavemente, observando a la pareja a través del retrovisor. Cuando estuve seguro de que ambos habían entrado en el convertible, aceleré y salí a todo escape de allí.

Diez minutos más tarde llegaba al lugar donde había ordenado a Paulina que llevase a Realson. Frené, corté el contacto y salí del coche, parapetándome tras un macizo de flores. La penumbra del lugar, situado entre dos faroles, facilitó notablemente mis maniobras.

Cinco minutos más tarde, unos faros guiñaron un par de veces a lo lejos. Saqué la «Luger» y tensé todos mis músculos, disponiéndome a la acción.

El convertible se detuvo allí segundos más tarde. Por encima del leve gemido de los frenos, escuché la inconfundible risa de Paulina. Luego una voz claramente masculina.

Salí de mi escondite caminando a gatas y di la vuelta al coche. Súbitamente, alargué la mano y agarré a Realson por el pescuezo, al mismo tiempo que le aplicaba la boca de la pistola detrás de la

oreja.

—¡Quieto, canalla! —dije sibilantemente—. Un solo movimiento y te envío a hacer compañía a Satanás.

CAPÍTULO XXVI

PAULINA era una magnífica actriz. Exhaló un leve chillido, no muy alto, lo justo solamente para «demostrar» el susto que sentía.

—Con usted no va nada, señorita —dije. Habíamos quedado de acuerdo, para no comprometerla, en que fingiríamos no conocernos —. Usted puede marcharse... en cuanto yo me haya llevado a este tipo del coche.

Realson estaba despavorido. El contacto de la pistola con su cráneo le había restado toda posibilidad de resistencia. Ni siquiera rechazó al recibir mi intimación.

Solté su cuello y me retiré un paso, sin dejar de encañonarle.

—Sal del coche y ten en cuenta que a la primera jugarreta que me hagas, te parto el corazón de un balazo. Usa solo la mano derecha, bastardo.

Temblaba... Me había reconocido y sabía, o mejor dicho, se imaginaba lo que podía esperar de mí. Abrió la portezuela y apenas puso los pies en el suelo, le largué un derechazo a la mandíbula que lo derribó por tierra. Lo malo para él fue que tenía la pistola en la mano.

De todas formas, el golpe no fue muy fuerte, solamente lo necesario para atontarlo y restarle capacidad de resistencia. Me incliné sobre él y lo levanté a pulso agarrándolo por el cuello de la chaqueta. Era fuerte, pero en mis manos resultaba poco menos que un chiquillo.

Miré a Paulina con gesto truculento.

—Y usted, señorita, hará bien en largarse de aquí cuanto antes si no quiere recibir lo suyo. Olvídese de lo que ha visto y cierre la boca para que un día no le entre en ella una mosca de plomo.

Paulina la pizpireta arrancó de allí, como alma que lleva el diablo. Desde luego, se merecía un «Oscar»; su interpretación había

sido magistral.

Acto seguido empujé a Realson hacia la casa que había en el centro del jardín, la cual, ¡oh, casualidad!, había resultado ser la mía. Dije a su oído:

—Las manos quietas o te volaré la sesera.

Era un tipo cobarde, como todos los de su especie y aun llevando encima una pistola, no se atrevía a resistirse cuando se encontraba solo y sin la escolta de sus satélites ante un hombre de una pieza. Y ustedes perdonen la manera de señalar.

Abrí la puerta con la mano izquierda. Hice pasar a Realson delante de mí y con la misma mano, encendí las luces del vestíbulo, cerrando luego de un puntapié.

Acto seguido le ordené:

—¡Vuélvete, bastardo!

El tipo obedeció. Estaba verde de miedo. Toda su arrogancia, toda la fanfarronería de que hacía gala continuamente, había desaparecido de su rostro y en aquel momento presentaba un aspecto tal que casi llegó a infundirme lástima.

Pero el recuerdo de las horribles marcas del rostro de Concordia, el recuerdo de la espantosa muerte de Jutta borró en el acto de mi ánimo todo sentimiento de compasión hacia aquel canalla. No pude contenerme y, cambiándome la pistola de mano, con gesto rapidísimo, le solté un demoledor derecho que lo catapultó hasta el otro lado de la estancia.

Antes de caer al suelo ya estaba sin conocimiento. Me aproveché de la circunstancia y lo registré, despojándole del revólver que llevaba y de su inseparable trozo de cable. Pensé en arrojar este a la basura, pero, meditándolo con más calma, dije que quizá pudiera servirme de algo más tarde.

Agarré al desmayado por el cuello de la chaqueta y me lo llevé de allí hasta la habitación más próxima. Una vez en ella, me despojé de la mía y me remangué la camisa.

Encendí un cigarrillo, no tenía prisa. A punto estaba ya de consumir el segundo cuando Realson despertó.

Se sentó en el suelo, mirándome con expresión aturdida e incoherente. Poco a poco, la comprensión fue entrando en su cerebro y entonces sus ojos se desorbitaron.

Alargué la mano derecha hacia él. El trozo de cable le apuntó directamente a la cara.

—Ahora estás solo, Realson —dije—. Tus amigos no están contigo ni tienes a nadie que te guarde las espaldas mientras tú apaleas salvajemente a mujeres indefensas. Y puesto que no hay nadie más entre tú y yo, vamos a sostener los dos una interesante conversación.

Tenía los labios secos y se los humedeció con la lengua. Quiso hablar, pero la voz le salió deformada e ininteligible.

—Debería matarte a palos con esto —blandí el cable—, pero no soy como tú. Lo único que quiero es que me digas quién es tu jefe. Nada más. En cuanto lo hayas dicho...

—No... no sé nada, doctor... —barbotó, lívido de terror—. Nunca he sabido nada...

Me acerqué a él y lo puse en pie con la mano izquierda.

—Una vez —dije rechinando los dientes—, marcaste el rostro de la mujer a quien yo amo más que a nada en este mundo. Recuérdalo, se llama Concordia Shine. Jutta Eckstrom tuvo peor suerte, murió. Aunque no la amaba, la apreciaba mucho, sin embargo. Es por ellas por lo que quiero que hables. ¡Y hablarás, te lo aseguro! —terminé con un bramido que le hizo temblar de pies a cabeza.

Toda la fanfarronería de que había hecho gala anteriormente le había desaparecido apenas se dio cuenta de la situación en que se encontraba. Lloriqueó como una vulgar mujerzuela, lívido de pánico.

—Le aseguro que...

Soltó un aterrador aullido que hizo temblar los vidrios de la estancia y eso que no había hecho más que acariciarle el hombro izquierdo con el cable. Si llego a pegar fuerte, le parto el húmero, pero entonces hubiera sido sadismo y yo no poseo tan terrible defecto.

—Habla, Bello Apolo —dije, procurando contener mi cólera. Después de lo que había visto, resultaba difícil ser paciente—. Habla, si quieres seguir con el rostro intacto.

—Le aseguro que no lo conozco, doctor. No sé quién es...

—Estás mintiendo. Tú ejecutabas directamente sus órdenes. No

puedes alegar ignorancia o desconocimiento. Tus acciones te delatan más que si lo hubieras voceado a los cuatro vientos. Además, la noche en que nos teníais prisioneros a Jutta y a mí en el sótano del «Tarento», ese individuo os ordenó salir de allí para que le acompañarais adonde yo tenía escondido a Mike Glengan. Le oí y tú le viste, conquese desembucha su nombre...

Tragó saliva. No se atrevía a hablar, esto era evidente. En vista de que no se resolvía a hacerlo, le di un ligero golpecito con el cable en la punta de la nariz. Aulló de dolor, pero, por lo visto, el miedo a su jefe podía más, porque no se resolvía a dar el nombre que tanto me interesaba.

En vista de ello, decidí atacar por los flancos, a ver si de esta manera podía arrancarle la verdad.

—¿Fuiste tú quien colgó a Daphne Karr?

Calló. Su silencio era más evidente. Además, aún conservaba en la memoria el golpe recibido precisamente con el trozo de cable que tenía en la mano.

—¿Por qué?

Apretó los labios. Gruesas gotas de sudor resbalaron por su rostro, mas, a pesar de todo, permaneció mudo. Me repugnaba hacerlo, pero no tenía otro remedio si quería llevar a buen puerto mi empresa.

Volví a golpearle, esta vez en el mismo sitio que la primera vez, pero con algo más de fuerza. El toque le dejó sin respiración.

—Suéltalo ya de una vez, condenado. ¿Por qué ahorcaste a Daphne Karr?

—Me... me lo mandó el jefe.

—¿En qué se fundó para darte esa orden?

—No... no lo sé.

—¡Mientes, perro! —chillé, empezando a perder el dominio de mí mismo. No pude contenerme y le di un golpe que le hizo lanzar un aullido desgarrador.

—Basta, basta —gimoteó—. Se lo diré todo.

—Entonces, habla de una vez.



—Entonces, habla de una vez...

—Daphne Karr se había enterado del nombre del jefe. Se lo oyó a... a...

—A ti, ¿verdad?

Parpadeó en señal de asentimiento.

—¿Cuándo?

—Estaba hablando por teléfono con él y ella oyó parte del diálogo. Me di cuenta más tarde y le pregunté qué hacíamos con la

chica, sobre todo al advertir que trataba de ponerse en contacto con usted.

—Bueno, y después de todo esto —dije—, supongo que no te opondrás a darme el nombre de ese repelente tipo, ¿verdad?

—¿Me soltará luego? —preguntó ansiosamente.

Medité un segundo. Podía arrancarle una confesión escrita de que él había sido autor de las muertes de Daphne Karr y de Jutta, pero un abogado medianamente hábil desvirtuaría aquello inmediatamente, con el irrefutable, argumento de que habían sido obtenidas a la fuerza y, además, sin testigos. Imaginándome a Daphne colgando del montante y a Jutta literalmente destrozada a golpes, se me hacía muy duro prometer a Realson que iba a dejarle libre después de cometer tales crímenes.

El fulano adivinó mis dudas.

—Si no me promete soltarme, no se lo diré.

Le miré con ojos llameantes. Levanté la mano derecha.

—¿Y qué me dices de este vergajo? —exclamé—. Pero no soy como tú. Te soltaré, aunque de poco te servirá, porque cuando haya caído tu jefe, tú no habrás de correr mejor suerte.

—Está bien. Se llama...

De repente alzó la rodilla derecha y me la clavó en la ingle.

Un dolor agudísimo, como la quemadura de un hierro candente, me subió por el abdomen hasta la garganta. Bascas de dolor convulsionaron mi estómago y me doblé hacia adelante, tratando desesperadamente de conservar el conocimiento.

Levanté la mano izquierda y quise agarrar a Realson, quien ya se disponía a huir de allí. Pero solo conseguí quedarme con la manga de su camisa entre los dedos.

El tipo me soltó otro golpe en el cráneo que no me tumbó porque lo vi venir y tuve tiempo de ladear la cabeza. Aprovechó la ocasión y echó a correr hacia la salida.

Me incorporé, oprimiéndome el bajo vientre con la mano izquierda Dominando mis dolores como pude, eché a correr tras él.

Realson ganó el vestíbulo y alcanzó la puerta. Hizo girar el pomo y se precipitó fuera.

Pero no dio dos pasos seguidos. Casi en el acto, retrocedió con el espanto pintado en su rostro. Una sombra oscura acababa de

alzarse en aquel momento frente a él.

En el centro de la sombra se produjeron de pronto tres rápidos fogonazos.

¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!

Las detonaciones sonaron muy apagadas. Realson giró violentamente sobre sí mismo, con los brazos extendidos, como si fuera a lanzarse desde lo alto del trampolín de una piscina. Vomitaba sangre a chorros.

Permaneció así un momento. Tras él sonó aún un cuarto ¡plop! que fue el golpe definitivo. Un enorme boquete le apareció de pronto en la frente, al salir el proyectil entrado por la nuca, y fulminado definitivamente, el forajido cayó al suelo.

Retrocedí más aprisa, perseguido por tres o cuatro de aquellos mortíferos avispones de plomo que tan poco ruido hacían. Era evidente que el asesino de Realson utilizaba una pistola con silenciador. Las balas levantaron lascas de yeso en torno mío y una de ellas rebotó con agudísimo gáñido. Afortunadamente conseguí salir indemne.

Corrí hacia el cuarto donde había estado interrogando a Realson y tomé mi «Luger». Al volver a la puerta de entrada, comprobé que el asesino había escapado. Era natural, por otra parte.

Cerré la puerta y me incliné sobre el cuerpo de Realson. No había ya nada que hacer por él. El Bello Apolo ya no volvería a sentirse centro de los revoloteos femeninos. Tres balazos en medio de la espalda y uno en la nuca, suelen curar radicalmente toda clase de veleidades amorosas.

Me puse en pie, contemplando durante unos instantes el aspecto que ofrecía el cadáver de Realson en el centro del vestíbulo. Era imperativo de todo punto sacarlo de allí; no podía ir avisando a la policía para que vinieran a recogerlo. Quizá lo había hecho ya el asesino para meterme en un lío.

Subí al piso superior y busqué un par de mantas, con las cuales envolví el cuerpo de Realson, metiendo dentro del rollo su chaqueta, la pistola y el trozo de cable. Estaba a punto de salir de casa cuando, de repente, oí el frenazo de un coche frente a la puerta de casa.

Saqué la pistola y me parapeté tras la puerta, que continuaba entreabierta. Unos tacones repiquetearon sordamente sobre la

arena del senderillo central. La puerta se abrió y el altísimo peinado de Paulina asomó por el otro lado de la madera.

Bajé el arma con un suspiro de alivio. La muchacha venía a resolverme un arduo problema. Cerré la puerta y la miré.

Tenía el rostro blanco como el yeso. Había visto el charco de sangre que había en medio del vestíbulo y, en el primer momento, había pensado que era mía. Pero al verme respiró con fuerza, aunque no pudo por menos de estremecerse fuertemente al verme allí, con aquel bulto a las costillas.

—¡Larkie! —dijo muy bajito.

—Hola, Paulina —y me anticipé a sus suposiciones—. No he sido yo, te lo aseguro.

Paulina tragó saliva. Temblaba visiblemente.

—¿Es... es...?

—Sí, el mismo. Antes de que pudiera hablar con él todo lo que quería, vino uno de sus compinches y lo acribilló a tiros. Mira las huellas de los balazos; ha estado en un tris que yo no corriera la misma suerte.

—¿Y... y qué vas a hacer ahora?

—Sube al piso superior. Corre. Bájate un par de mantas y mójalas en agua. Luego limpia la sangre. Aprisa o nos pescará la policía.

En medio de todo, supo ser valiente. Hizo lo que le decía, sin más preguntas, y en cinco minutos el vestíbulo quedó limpio.

—¿Qué hago ahora con las mantas? —preguntó.

—Sal afuera y mira a ver si se ve venir a alguien. Tenemos que sacudirnos este paquete de encima. Si ves que tengo el camino despejado, silba suavemente.

—Sí, Larkie.

—Llévate las mantas sucias y échalas en el portamaletas de mi coche.

—De acuerdo.

Paulina salió. Unos segundos más tarde, oía su silbido.

Apagué la luz del vestíbulo y crucé el jardín más que aprisa. Para fortuna mía, como ya he dicho antes, la Avenida Valley Forge es tranquila y de muy escaso tránsito, que a aquella hora, las diez de la noche, resultaba nulo. Todo el mundo estaba ya encerrado en

sus casas y nadie me vio salir con aquel bulto tan sospechoso encima de los hombros. Por ese motivo precisamente había elegido Valley Forge como mi residencia, ya que, cuando actuaba, me gustaba que la convalecencia de mis pacientes se desarrollara en un ambiente plácido y tranquilo y sin los naturales ruidos de la urbe.

Arrojé el cuerpo de Realson en el asiento posterior del coche. Paulina me miró inquisitivamente.

—Tú, a casita —dije—. Es tarde ya; vete antes de que la señora Ellis sospeche de ti. Llámame mañana en cuanto veas que puedo acudir allí, ¿estamos?

Paulina trataba de dominar sus temblores.

—Sí, Larkie —dijo valerosamente.

—Deja el coche en el mismo «parking». Yo iré allí a recogerlo para devolverlo a la agencia. ¡Aprisa, aprisa!

Me metí en el coche y salí arreando de allí en dirección a la ruta nacional número 12, en la que rodé por espacio de media docena de kilómetros. Al llegar a esta distancia, derivé a la derecha, metiéndome por un caminejo que no era apenas utilizado y que concluía en una vieja cantera abandonada. Yo lo sabía muy bien, porque al otro lado estaba el río y había ido más de una vez de «pic-nic» con alguna aventurilla ocasional, en los buenos tiempos, en que vivía feliz y sin preocupaciones.

Detuve el «Chrysler» cerca del borde de la cantera. Saqué el cadáver de Realson y lo arrojé por el precipicio. Luego tiré también las mantas que habían servido para fregar el piso. Acto seguido regresé a casa.

CAPÍTULO XXVII

CONCORDIA y Betty me acogieron con muestras de viva ansiedad. La joven reparó en las manchas de sangre que, inevitablemente, habían quedado en mis ropas.

—¡Lark! ¿Qué ha sucedido? —preguntó ansiosamente.

—Realson ha muerto —repuse con lúgubre acento—. Una copa, por favor, o me caeré redondo.

Betty trajo la botella y un vaso. Mientras lo hacía, Concordia quiso saber más detalles.

—Espero que no hayas sido tú —declaró.

—No... —bebí un trago y el alcohol puso fuego en mis venas—. Solamente había hablado con él, pero no pude terminar la conversación. Murió sin que me dijera todo lo que me interesaba saber —y acto seguido les relaté lo que había sucedido desde el momento en que atrapé a Realson hasta mi regreso a casa.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunto la muchacha, estrujándose las manos.

Me senté en un sillón y apoyé la frente en una mano.

—Mañana me llamarán para ir a casa de la señora Ellis y registrarla. Si esto me falla... no sé, quizá sea preciso ir pensando en abandonar.

Me notaba lacio, desmadejado, lleno de desaliento en suma. Haber estado a punto de alcanzar el triunfo y ver que se me escapaba de las manos en el último segundo, era como para hacer perder los ánimos al más templado.

Concordia notó mis dudas y se arrodilló frente a mí, mirándome intensamente.

—Lark —murmuró—, tú no vas a abandonar ahora. No puedes hacerlo, sería traicionarte a ti mismo y a todos los que han muerto

por la ambición de esos desalmados. Polly, Daphne, Jutta, incluso los mismos pandilleros muertos, se estremecerían en sus tumbas si supieran que tú dejas a un lado este asunto, incapaz de proseguir hasta el fin. Tienes que continuar, ¿me oyes? Hasta que lo resuelvas del todo. No puedes dejarlo ahora, Lark, no puedes —insistió.

La miré sonriendo.

—¿Y eras tú la que me recomendaba que huyéramos de aquí, abandonando todo?

—Sí, pero entonces no había visto morir a Jutta Eckstrom —contestó.

Permanecimos unos instantes en silencio... Luego la tomé de los hombros y la atraje hacia mí. Ella se refugió en mis brazos, como un pajarillo asustado.

—Tengo miedo, Lark, mucho miedo. Esos salvajes no se detienen en nada con tal de conseguir sus perversos propósitos... pero al mismo tiempo no puedo, no podemos consentir que se salgan con la suya y sigan cometiendo más crímenes. Tienes que impedirlo y desenmascararlos, Lark.

—Lo haré. Tengo que hacerlo —repetí—. Si no lo hiciera —agregué—, no podría recuperar nunca mi licencia de médico. Y tú sabes cuánto conviene que yo la recobre, ¿no es eso?

—Sí —dijo en voz muy baja. Al cabo de unos momentos, preguntó—: Todavía no estoy bien enterada del todo como murió Polly Conniston.

—Fue el crimen más astuto y diabólicamente planeado que jamás se haya cometido —respondí. Saqué tabaco y prendí fuego a un cigarrillo; lo estaba necesitando. Expulsé el humo y continué—: Cierta noche, llamaron a mi puerta. Salí, Betty estaba ausente, y me encontré con Realson y Polly. Realson, a quien, por supuesto, no conocía entonces, me dijo que la muchacha había sufrido un pequeño accidente y que era preciso curarla. Accedí, por supuesto, aunque mi especialidad, como sabes, no es curar heridas producidas por accidente, pero mi primer deber como médico es sanar a los enfermos, sin hacer de momento más preguntas. Luego, por supuesto, como así lo hice más tarde, llamaría a la policía. Por el instante lo que convenía era curar a Polly. Entre Realson y yo la llevamos al quirófano. Empecé a desinfectarme las manos y cuando volví junto a la muchacha, Realson había desaparecido.

»Esto me hizo sospechar algo. Pero no podía echar a correr en persecución de Realson. Polly se desangraba.

Me puse en pie y di un par de paseos por la estancia, fumando nerviosamente.

—Puedes imaginarte lo que habían hecho aquellos salvajes con la muchacha. Habían practicado con ella una operación criminal, deliberadamente mal practicada, con objeto de aprovechar la ocasión y suprimir un peligroso estorbo para ellos. Me imagino que Polly que debía de ser muy ambiciosa, debía haber entrado en posesión de buena parte de sus secretos y reclamado una mayor participación en el negocio. El plan era astuto y diabólicamente planeado. No podía fallarles y no les falló. Polly murió en la mesa de operaciones, y la policía me sorprendió con las manos en la masa.

»De nada me sirvieron mis protestas de inocencia. El cadáver estaba allí y, por si fuera poco, salió a relucir una famosa fotografía en la cual se me veía bailando con Polly. No la había visto jamás en mi vida, pero aquella noche había salido con unos amigos, de los cuales me perdí luego y, un poco alegre, con media docena de copas en el cuerpo, recalé en el «Tarento». Esto fue lo que acabó de hundirme.

Concordia escuchó el relato en completo silencio. Al terminar, se me acercó y puso una de sus manos sobre mi hombro.

—Todo terminará pronto y bien, querido —murmuró dulcemente.

Exhalé un suspiro.

—A veces, me parece que todo es un mal sueño y que voy a despertar pronto. Pero la realidad se encarga de desmentir mis ilusiones. No, desgraciadamente no es un sueño, sino una dura y áspera realidad.

—Que perderá su aspereza dentro de poco, Lark —dijo Concordia—. Estoy yo, estoy a tu lado y lo estaré mientras vivamos.

La tomé por la cintura y la atraje hacia mí, mirándola al fondo de sus pupilas, de una negrura insondable.

—¿Estás segura de ello? —pregunté ansiosamente.

—Por completo —replicó con firmeza. Luego dijo—: Verás, en

el primer momento, cuando me impediste disparar sobre Realson, te maldije y te odié. Luego hice algunas investigaciones y me enteré de lo que eras, lo que habías sido. Ello me hizo cambiar de sentimientos hacia ti y decidí ayudarte en lo que pudiera. Además, ya no lo hacía tanto por simpatía como por egoísmo, tú ya me comprendes.

—Sí —suspiré de nuevo—, sí.

—Y luego, por si fuera poco, tuve la desdicha de enamorarme de ti. ¿Quién te dejaba ya en tales condiciones?

—¿Crees sinceramente que enamorarte de mí ha sido una desdicha?

Apoyó su cabeza en mi hombro.

—No —dijo en voz muy baja—. Al contrario, ha sido para mí el logro de la mayor felicidad que una mujer pueda ambicionar.

A las once de la mañana siguiente sonó el teléfono.

—Es Paulina —dijo Concordia al llamarme.

—Simpática muchacha —murmuré, tomando el auricular.

—Larkie... —sonó la voz de la pizpireta—, ya puedes venir cuando quieras. El ogro se ha largado.

—Conforme. Estaré ahí antes de media hora —y colgué.

Mis ropas estaban ya limpias, aunque, afortunadamente, esta vez no se habían manchado tanto de sangre como las otras. Concordia tuvo humor para emitir una broma.

—Espero no pasarme la vida limpiando las manchas de sangre en tus ropas, querido —manifestó.

—Sí —repuse—. En los últimos tiempos, mi consumo de artículos textiles ha sido verdaderamente exorbitante.

—¿Tardarás mucho?

—No puedo predecirlo. Pero no pases pena por mí; sabes que sé salir de todos los atascos, por muy duros y difíciles que parezcan.

—No me gustaría que te metieras en uno del cual no pudieras salir —se quejó.

—Tampoco a mí. Hasta luego.

Me dirigí a la calle de Davy Crockett, parando precavidamente a una distancia regular del 518. Nuevamente, para pasar desapercibido, iba con gafas y sin sombrero, y con este disfraz, Paulina se negó a reconocerme hasta que tuve que demostrarle que

era yo en persona.

—¡Uf! —suspiró aliviada cuando vio que, efectivamente, era yo. Intentó «efusionarse» conmigo, pero no tenía demasiado tiempo que perder—. En el primer momento —dijo, tratando de ocultar su decepción—, creí que serías alguno de esos tipos que venía a rajarme la barriga.

—Nadie te hará nada ni tú tienes por qué temerlo, preciosa. Anda, vamos, condúceme al cuarto de la señora Ellis.

Penetramos en el apartamento y Paulina me condujo al lugar indicado. Empecé el registro, que concluí media hora más tarde, sin haber hallado nada positivo.

—¿Qué? —preguntó ella ansiosamente al verme decepcionado.

—Nada, por ahora. Oye, ¿no tiene ella un *secrétaire*, quiero decir un lugar en donde despacha su correspondencia?

—Sí. Ven —y me cogió de la mano, llevándome a una habitación de pequeño tamaño, en la cual había un par de estantes con libros magníficamente encuadernados, una mesa, una silla y un sillón para recibir a las visitas, todos los muebles de estilo y magníficamente contruidos. Era un lugar ideal para retirarse y concentrar la imaginación, muy semejante a otros en que antiguamente se escribieron cartas que luego han pasado a la posteridad.

Pero allí no se escribían cartas de aquella índole, sino, en todo caso, cosas muy distintas y llenas de perversidad. Tenía la sensación de que iba a encontrar algo que me iba a permitir solucionar mi caso y sin más dilaciones comencé el registro.

Abrí los cajones uno por uno sin encontrar nada. Había dos o tres cuadros de buena factura, tras los cuales miré con idéntico resultado. Incluso llegué a tantear el tapizado de la silla y el sillón, convencíendome de que bajo ellos no se ocultaba tampoco nada sospechoso. Al fin, empecé a pensar que mis esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Paulina notó mis dudas y vacilaciones.

—¿No encuentras lo que buscas? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Encendí un cigarro y aspiré el zumo con fuerza, tratando de concentrarme.

Mientras fumaba, mi vista estaba clavada en una de las

estanterías repletas de libros, todos ellos magníficamente encuadernados en piel roja con rótulos dorados. Era un magnífico complemento de la decoración y aunque se advertía que muchos de ellos eran obras maestras de la literatura, se veía con claridad que su presencia allí era casi puramente ornamental.

Me acerqué a uno de los estantes, examinando atentamente los libros. Los miré uno por uno, incluso sacándolos en ocasiones, siempre con el mismo resultado. De pronto, Paulina dijo:

—Hay uno que ella usa mucho, Larkie.

Giré en redondo.

—¿Cómo lo sabes tú?

—La veo muchas veces con él bajo el brazo. Debe ser muy bueno porque lo lee con frecuencia.

—¿Sabes tú cuál es?

—Oh, no, en absoluto. Chico, todos esos autores son chino para mí. Yo no he pasado de Mickey Spillane y «Pantalla de plata».

—Bueno, quizá le guste mucho el autor —dije, y empecé a buscar por la estantería opuesta.

De pronto, cuando ya había tirado unas dos docenas de libros, advertí que uno de ellos tenía el lomo algo más usado que el resto. El rojo de la encuadernación aparecía un poco sobado y las letras doradas habían perdido parte de su brillo original.

Tiré de él y lo saqué del estante. Luego lo abrí:

Era incomprensible la confianza de aquella gente teniendo una cosa semejante al alcance de cualquiera. O bien lo hacían, seguros de que a nadie se le ocurriría mirar en las estanterías y menos un título semejante. Muchas veces nos pasa eso: tenemos una cosa delante de las narices y no lo sabemos ver. Hermione Ellis había jugado con la sicología de las gentes y había ganado hasta entonces.

Sin embargo, no había calculado que su doncella, a la cual ella sabía de gustos opuestos en literatura a lo que había allí, podía chiflarse por un servidor de ustedes. Las torres más altas caen a veces por la falta de un solo ladrillo.

Abrí el libro. Una rápida ojeada a su contenido, bastó para darme una leve idea de que lo que tenía en las manos era dinamita pura. Nombres, domicilios, cifras, fechas, todo, todo estaba allí

escrito con una letra incuestionablemente femenina. También había rasgos masculinos, pero estos eran los menos. El noventa por ciento de lo que allí había escrito era, con toda seguridad, por mano de Hermione. ¡Y qué negocios más sucios y repugnantes! Cuando uno obtiene su grado de medicina, suele tener avezado el estómago a toda clase de cosas raras, pero aquello superaba a todo cuanto había visto en mi vida.

El título del libro era altamente sugeridor: «La Divina Comedia». ¿Qué era, ironía, o simplemente, elegir un título poco buscado habitualmente para leer?

No pude seguir adelante con mis cálculos; de pronto, algo cayó al suelo revoloteando. Me incliné para recogerlo, viendo que era un cliché fotográfico.

Lo miré al trasluz. Pude reconocerme parcialmente, como asimismo a Hermione, ambos la noche que estuvimos en el «Tarento». Aquella había sido una de las últimas, si no la última, fotografías obtenidas por Jutta. Por eso la muchacha estaba tan airada al darse cuenta de que le habían vaciado la cámara. Pero ¿qué objeto tenía conservar aquella fotografía?

La guardé en el bolsillo. Era necesario revelarla y ampliarla para poder dictaminar acerca del particular. Luego me dispuse a marcharme de allí. Ya había obtenido cuanto deseaba y prolongar mi estancia resultaba inútil.

En el momento en que nos disponíamos a salir, oímos, aterrados el ruido de la puerta exterior que se abría. Las voces de Dellasha y Hermione sonaron claramente en nuestros oídos.

Paulina se puso a temblar convulsivamente. En cuanto a mí, mi estado de ánimo no era mucho mejor.

No comprendía por qué Hermione volvía antes de tiempo. Posiblemente Dellasha tenía mucho que ver con el asunto. Fuera como fuera, lo único claro de todo era que la pareja estaba allí y que podía ponernos en una situación muy apurada si nos encontraba en el despacho.

Pensé furiosamente en una solución que me permitiera largarme de allí sin desdoro y, por supuesto, sin daños físicos para mí y para Paulina. De pronto, encontré la idea.

Dellasha y Hermione se dirigían a la salita privada. Aunque había cortinas que la cerraban, no era seguro que no oyesen mis

pasos. Además, se habían detenido en la puerta de la salita, sin penetrar en ella y discutían nada amigablemente, acerca de sus actuales compromisos.

Acerqué mi boca al oído de Paulina y dije:

—Lanza un par de gritos, muy fuertes, como si estuvieses tremendamente asustada.

Era viva Paulina la pizpireta y comprendió. Aún no había terminado yo de hablar, cuando pegó un alarido que sacudió los cuadros.

Entonces, con velocidad relampagueante, hice dos cosas: rasgué sus ropas de un manotón y, a continuación, cuando aún estaba soltando el segundo chillido le aticé un derechazo a la mandíbula que la derribó fulminada con las piernas por alto.

De este modo, siempre podrían considerar que la había asaltado y no la causarían ningún perjuicio. Si Paulina continuaba siendo tan buena actriz como había demostrado la noche anterior, sabría salir adelante con toda facilidad.

Inmediatamente me aplasté contra el muro, junto a la puerta.

Hermione y Dellasha cruzaron el umbral y antes de que pudieran ver otra cosa que el inanimado cuerpo de Paulina tendido en el suelo, les intimé a levantar las manos.

Se volvieron en redondo, tremendamente sorprendidos por mi inesperada presencia en aquel lugar. Dellasha trató de sacar un arma, pero salté hacia él y le derribé con un golpe de la pistola en la mandíbula. El tipo se derrumbó como una masa inerte.

Hermione me miró con ojos espantados. Bajo el espeso maquillaje que cubría su rostro, la piel blanqueó lívidamente.

—Lark —dijo.

La miré con asco y repugnancia a la vez. Ella se dio cuenta de lo que pasaba por mi mente y avanzó hacia mí, con los brazos extendidos, en actitud suplicante.

—Lark, por favor...

En cualquier otra circunstancia, hubiera sentido cierta compasión por ella. Pero estaba tan sumida en la porquería como los demás y los asesinatos cometidos habían sido en su propio beneficio. Pensar en la manera con que había obtenido aquel lujo me dio náuseas.

El odio hirvió en mi pecho. Ella se dio cuenta de lo que pasaba en mi interior y quiso arrojarse sobre mí. No la dejé llegar.

Ya me había cambiado la pistola de mano. Mi puño cerrado entró en contacto con su mandíbula. Era pobre venganza por lo que había visto, por la horrible muerte de Jutta, pero, aun así, al verla caer sin sentido, me noté mucho más aliviado.

Acto seguido, guardé el libro entre la camisa y el pantalón y, escondiendo la pistola en la funda, salí de aquella casa. El aire de la calle, pese a estar apestado por la gasolina quemada del incesante tránsito automovilístico, me hizo mucho bien, lo digo de veras.

CAPÍTULO XXVIII

SEALER, el fotógrafo del «Daily», me miró especulativamente al hallarse frente a mí.

—Hola, doc —dijo—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Puedo pedirle un favor? No conozco a nadie que sea tan discreto como usted y necesito de sus servicios profesionales con urgencia.

—¿De qué se trata, doctor? —intuía una historia sensacional y no quería perdersela.

Saqué el cliché hallado en casa de Hermione y se lo entregué.

—Esto —dije simplemente—. Positivar y ampliar al máximo.

—¿Una prueba a favor suyo?

—Sí.

Sealer estudió el negativo unos instantes. Luego se volvió a mirarme.

—Confidencialmente, doctor, nunca me pareció usted persona capaz de meterse en semejantes trotes. Si esto ha de servir para demostrar su inocencia, cuente conmigo.

—Gracias —repuse, íntimamente conmovido—. ¿Puedo esperar aquí?

—Claro. Es cuestión solo de unos minutos.

Me senté en una silla y empecé a fumar nerviosamente. Cuatro cigarrillos hube de consumir, los cuales me dejaron la garganta convertida en un raspador, antes de que regresara Sealer con una fotografía de treinta por cuarenta.

La cartulina estaba húmeda aún. La mantuvo entre las dos manos, para que pudiera examinarla a gusto.

Lo hice en silencio durante unos minutos. No tardé mucho en comprender por qué habían vaciado la cámara de Jutta.

Los cuatro estábamos sentados a la mesa. Rosie tenía el gesto duro, irritada por mi actitud embobada ante la señora Ellis. Hermione aparecía sonriéndome de un modo sugestivo. Al otro lado se hallaba Dellasha, pero este no miraba a ninguno de los que estábamos en la mesa. Tenía el rostro medio vuelto hacia atrás, hacia algo que había a mi espalda.

Era una puerta que normalmente estaba cubierta por unas cortinas y sobre la cual se veía un rótulo: «Servicio». En el momento de obtenerse la fotografía, había un hombre allí, levantando las cortinas para mirar al interior de la sala.

El individuo había sido sorprendido por el fogonazo del flash y su rostro estaba nítidamente grabado en la cartulina. Era evidente que él y Dellasha se decían algo con la vista. ¿Qué? Nuestra estancia en el sótano había sido la respuesta a la muda consulta.

Levanté la vista y miré a Sealer. Este me contempló con aire inquisitivo.

—¿Qué piensa hacer ahora, doctor?

Le devolví la cartulina.

—Guárdela. Puede servirle... pero más adelante. No haga uso de ello hasta mañana. El negativo me lo quedo yo; lo necesito como prueba.

—Sí —concordó Sealer.

Sí, dije yo para mí. Ahora comprendía por qué Hermione había guardado el negativo. Sus intenciones, y las de Dellasha, claro está, se veían perfectamente. De este modo podrían hacer coacción sobre el jefe, cansados, quizá, de no ser más que unos simples muñecos en sus manos. De categoría, pero muñecos al fin y al cabo. Y con aquella fotografía podrían extorsionarle y obligarle a bailar al son que ellos quisieran tocar. Y llevarse, además, todo el botín.

Me despedí de Sealer. Eran ya más de las dos de la tarde y me metí en un restaurante, para tomar algo que repusiera mis fuerzas. Una hora más tarde, me puse en pie, aboné la cuenta y me dirigí a la cabina telefónica.

Sonó la voz ansiosa de Concordia al otro lado del hilo.

—¡Lark!

—El mismo. Oye, nena, escucha lo que voy a decirte.

—Sí, querido.

—Tardaré en volver. No te inquietes, no puedo predecir cuánto, pero sí puedo asegurarse una cosa: mañana estará todo solucionado.

—Oh, ¿de veras? ¿Me lo juras, Lark?

—Puedo asegurárselo dentro de la limitación que imponen las posibilidades humanas. Pero lo que más deseo es que tengas paciencia y que sepas esperar.

—Estaré aguardándote, aunque tardes mil años, Lark —contestó ella con voz cargada de pasión.

Colgué, permaneciendo en actitud meditabunda durante unos momentos. Encendí un cigarrillo y me dirigí con paso lento hacia la salida.

Monté en el coche y fui hacia mi casa. Rodé sin prisas, seguro de que me sobraba el tiempo. Al llegar al final del trayecto, corté el gas y descendí, cruzando el enarenado jardín.

Abrí la puerta y entré en la casa. Busqué una botella y me serví un buen trago. Después encendí un cigarrillo y me senté a esperar, haciéndolo en el diván del vestíbulo.

Al cabo de un rato de quieta meditación, me puse en pie y efectué una breve llamada. Luego volví al mismo sitio, saqué la «Luger» y la revisé a conciencia. Acto seguido, la dejé al alcance de mi mano, bajo un cojín. Prendí fuego a un nuevo cigarrillo.

El día caminó velozmente hacia su ocaso, aunque el tiempo transcurrió para mí con interminable lentitud. Poco a poco, las colillas de los cigarrillos consumidos fueron amontonándose en el cenicero.

La espera se me hizo insoportable. Hubo un momento en que llegué a pensar en un posible fracaso de mis previsiones. Pero luego me dije que después del *raid* en casa de la Ellis, la situación debía resolverse inexcusablemente aquella noche. Las cosas habían llegado a un extremo tal que no podían prolongarse más de aquella forma ni por un solo instante. Era cuestión de terminar de una vez, fuera como fuera. Los dos bandos, naturalmente.

Dieron las siete de la tarde, las siete y media, las ocho, las nueve. La luz diurna se extinguió y fue substituida por la artificial. Las sombras de la noche envolvieron el jardín que rodeaba la casa. Y a mí también.

Súbitamente, el leve rumor de unos pies que hacían crujir la gravilla del sendero llegó a mis oídos. Tiré el cigarrillo y todo mi cuerpo se puso rígido al instante.

Los pasos se acercaron con parsimonia. El hombre se detuvo ante el pórtico, como si quisiera cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba. El farol de hierro forjado que había sobre la puerta iluminaba claramente el número.

Los pasos resonaron sobre el cemento del pequeño pórtico. Luego se detuvieron ante la puerta.

Traté de relajar mis nervios, haciendo un par de inspiraciones profundas... La puerta no tenía echada la llave, sino que, simplemente, estaña entornada lo justo para simular que había sido cerrada. Empezó a girar suavemente y la luz del farol que había en el pórtico proyectó una larga sombra en el interior del vestíbulo.

La sombra avanzó dos pasos, cerrando acto seguido. En el mismo momento, alargué el brazo izquierdo y tiré del conmutador de la lámpara que tenía a mi izquierda.

El recién llegado y yo nos miramos en silencio durante unos momentos. Llevaba en la mano una pistola, cuyo cañón aparecía raramente aumentado de tamaño en su boca. Era el silenciador.

Después de unos segundos de atenta y mutua contemplación, me resolví a romper el silencio.

—¡Buenas noches, señor Dugson!

CAPÍTULO XXIX

EL rostro del alcaide no sufrió la menor modificación. Permaneció tan pétreo e inescrutable como cuando se hallaba en su despacho de la penitenciaría.

—Creo que tenía muchas ganas de enfrentarse definitivamente conmigo —añadí—. Pero nunca supuse que lo hiciera con semejante artefacto en las manos.

—Me hubiera gustado usar otro, Brendyck —dijo con voz inexpresiva.

—¿Cuál? ¿La soga del verdugo? —pregunté irónicamente.

—Es lo mismo. Ahora ya no tiene importancia cuál sea el medio que emplee para matarle. Lo importante es que muera.

—Como Polly Conniston, como Max Hubner y como todos los demás, entre ellos una mujer llamada Jutta Eckstrom.

—Sí —dijo el alcaide—, como todos ellos.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que quizá las cosas puedan volverse contra usted mismo, alcaide? —pregunté.

—No. El teniente Sheppard ha sido alejado de la ciudad con pretexto de buscar a una banda de destiladores clandestinos. Su plan de atraerme aquí, hacerme hablar para que él me escuchara y luego actuar contra mí, ha sido destruido, Brendyck. Era una idea astuta, pero no ha dado resultado.

Me quedé helado al escuchar aquellas palabras. Era cierto, había contado con Sheppard para que me ayudase en el momento culminante, pero si este me fallaba, mi perdición era irremediable.

No obstante, procuré no mostrar al exterior lo que sentía en mi ánimo después de haber escuchado aquellas fatídicas palabras.

—Está bien —dije—; entonces, ya solo le queda disparar.

—No. Antes tiene que darme los dos negativos que usted sabe,

especialmente el que se ha llevado de casa de la señora Ellis, así como ese singular ejemplar de «La Divina Comedia».

—¿Nada más?

—Es suficiente. Sus amigos quedarán libres. No podrán nada contra mí sin usted.

—¿De, veras? ¿Está seguro de ello?

—Por favor. Terminemos, cuanto antes este diálogo estúpido que no conduce a nada. Deme lo que le acabo de pedir.

—¿Y luego disparará contra mí?

—Sí.

Me crucé de brazos.

—Entonces, prefiero no darle nada. Así no sabrá nunca dónde están guardados esos negativos y el libro. Y vivirá siempre con el temor de que un día puedan salir a relucir, arruinándole y enviándole a presidio para el resto de sus días, como mal menor.

Después de aquellas palabras, Dugson pareció perder un poco la calma. Su mano se crispó en torno a la culata de la pistola, pero casi en el acto relajó sus músculos.

—Debiera haber pensado antes en usted como posible jefe de esa banda de canallas que ha encenagado la ciudad —continué—. Solo usted podía saber con anticipación mi salida de la penitenciaría y comunicársela a Realson. Además, aunque «El Castor» era uno de sus confidentes, lo era solo en el aspecto interno de la prisión, pero no para otras cosas, como, por ejemplo, para contarle el sueño en que delaté mis intenciones, hartamente conocidas por otra parte. Por ello envié a Realson y a sus compinches a ver a «El Castor», ya que no le convenía que este supiera nada en absoluto de sus siniestras actividades. Y por eso mismo hizo presión, bajo mano, para que Hermione Ellis fuera nombrada mi oficial de vigilancia. Es hermosa, tiene dinero y posee todos los incentivos para seducir a un hombre a poco que se lo proponga. Pero a mí no se me ocurrió ir a verla enseguida de mi salida de la penitenciaría, en lo cual les falló ligeramente una de sus previsiones. Hermione era la destinada a desviarme de mis investigaciones, ¿no es cierto?

Tenía el tabaco y las cerillas al alcance de las manos. Prendí fuego a un cigarrillo y, tras expulsar el humo, continué hablando.

Ganar, ganar tiempo, era mi lema en aquellos momentos.

—Este fallo, sin embargo, no hubiera sido de gran importancia, al no mediar otras circunstancias entre tanto. Una de ellas se refiere a una mujer que odiaba a Realson y a la cual este jugó, digámoslo con suma benevolencia, una mala pasada meses atrás. Me la encontré la noche misma de mi salida, cuando estaba a punto de disparar contra él. Yo lo impedí, de lo cual me alegro infinito. Y después... Bien, las cosas han venido rodadas de tal modo, que he llegado a enamorarme de ella y ni cien mujeres como Hermione hubieran sido capaces de apartarme del camino que me había trazado. Por rara coincidencia, además, Realson fue el individuo que trajo a la Conniston a mi clínica. Doble motivo, por tanto, para acicatearme en la labor que me había impuesto. Y que, aunque usted no lo crea, está ya a punto de concluirse. Ha sido muy listo, Dugson, incluso para haberse enterado de que me había traído a Realson aquí para interrogarlo y presentarse usted para matarlo. Pero todo eso se ha acabado ya.

—Yo creo que es su vida la que toca a su final, Brendyck —respondió el alcaide con gesto impasible.

—¿Está seguro? ¿No resultaré para usted más incómodo muerto que vivo?

—Usted no puede seguir viviendo, Brendyck. Correré el riesgo de que esos documentos salgan a relucir un día. En todo caso, tengo el suficiente dinero ahorrado para huir de aquí con toda tranquilidad.

—Muy bien, conforme. Y ahora, ¿puedo hacerle un par de preguntas? Las últimas, se lo aseguro.

—De acuerdo. Hágalas. No esperaré a más.

—¿Por qué me eligieron a mí precisamente para dejarme a Polly Conniston en la puerta?

Dugson se encogió de hombros.

—Fue cosa de Realson. Le dije que lo hiciera ante el primer médico que se topara en el camino.

Hube de dominar la cólera que me acometía, al escuchar aquellas palabras pronunciadas con tanta frialdad como indiferencia. ¡Lo mismo les había dado un médico que otro, y había ido a ser yo el elegido!

—¿Qué era, exactamente, lo que sabía de ustedes la Conniston?

—Todo. O casi todo. Y quiso sacar una buena tajada del asunto. En circunstancias normales, casi no hubiera importado. Pero era voluble e inconsciente y un día hubiera acabado por traicionarnos.

—Se notan sus conocimientos de sicología, alcaide. Lástima que conmigo le hayan fallado.

—¿De veras? —dijo, sonriendo por vez primera.

Alzó la mano y la boca del arma apuntó directamente al centro de mi frente. El dedo índice se crispó repentinamente sobre el gatillo.

En aquel momento se abrió la puerta. Alguien soltó un bramido.

—¡Tire la pistola, alcaide! —dijo Dellasha.

Dugson se volvió rapidísimamente, lanzando un rugido de rabia al verse interrumpido de manera tan inesperada. Pero Dellasha ya estaba prevenido.

Tenía en la mano un revólver, cuyo cañón se incendió repetidas veces, vomitando una estruendosa serie de estampidos. Dugson soltó el arma y retrocedió un par de pasos, agarrándose el pecho con ambas manos.

Mientras el alcaide caía de bruces, Dellasha volvió el arma hacia mí. Había intentado sacar la «Luger» de debajo del cojín; pero un poco aturdido por la insólita presencia del individuo en la casa, me había retrasado demasiado para conseguir algo positivo.

—¡Quite la mano de ahí, Brendyck! —dijo Dellasha rabiosamente—. Póngase en pie y junte las manos tras la nuca.

Detrás de Dellasha entraron el gorila y Villez, y, por último, Hermione Ellis. Esta también llevaba una minúscula pistolita en la mano y sus ojos brillaban coma ascuas.

Obedecí, bastante asustado, por cierto. Aquellos tipos no emplearían conmigo tantas contemplaciones como Dugson. Primero me torturarían hasta límites inconcebibles, hasta que me viera obligado a hablar, pese a mis deseos de mantener silencio, y luego concluirían conmigo de un tiro en la nuca.

—Camine hacia la puerta. No intente hacer nada o dispararemos sin aguardar a más. Villez, ve delante.

Los disparos tenían que haber alarmado a la vecindad y, por lo tanto, su interés era largarse de allí cuanto antes. Conmigo,

naturalmente. ¡Y aquel canalla de Dugson había hecho, con sus influencias, que Sheppard se apartara de la ciudad en momentos tan necesarios!

La muerte del alcaide no era consuelo para mí. Dellasha lo había matado, simplemente, por hacerse con la jefatura de la banda, cosa muy corriente entre los «gangsters». Por eso habían guardado la fotografía que obtuviera Jutta, pero al serles arrebatada, habían optado por un medio más cómodo y rápido para deshacerse de un jefe molesto y, posiblemente, absorbente en demasía.

Salimos fuera al jardín. Villez iba a mi lado, con el cañón de su automática clavado en mi costado. El gorila caminaba a la derecha. Dellasha y Hermione venían inmediatamente detrás.

De pronto, la semipenumbra en que se hallaba sumido el jardín quedó disipada por la luz de dos o tres potentes reflectores. Un megáfono lanzó un sonoro bramido.

—¡Entréguese y tiren las armas inmediatamente!... ¡Están rodeados por la policía y no podrán escapar! ¡Levanten las manos o haremos fuego en el acto!

La sorpresa dejó paralizados por un instante a los forajidos. Luego intentaron reaccionar, cada uno a su nodo. Y yo también, naturalmente.

Villez quiso escapar hacia su izquierda. Una escopeta automática empezó a perseguirle, colocándole en el cuerpo impacto tras impacto. Se derrumbó sobre un macizo de flores, cuyas raíces pareció escarbar con los últimos movimientos de sus manos engarfiadas por la agonía.

Al sonar el primer disparo, me había tirado al suelo. Pero caí de forma forzada, debido a que Gruber había pretendido cubrirse con mi cuerpo sin conseguirlo. Quedé boca arriba, presenciando la escena casi sin desearlo.

Dellasha retrocedió hacia la casa, disparando su revólver hacia los reflectores. Un fusil ladró repetidas veces, derribándole, convulso y ensangrentado, sobre los peldaños de acceso al pórtico. Allí quedó, inmóvil para siempre.

Hermione no intentó disparar tan siquiera. Era demasiado lista para ello; sabía que de la cárcel se sale y de la tumba no. Pero no pudo calcular las reacciones de Gruber.

Este trató de refugiarse en la casa. Entonces tableteó una pistola ametralladora, soltando un chorro de balas. Y Hermione se hallaba en línea con Gruber y el arma.

La cabeza del gorila voló en mil pedazos. Aún corrió un par de pasos, impulsado por la propia vitalidad de su tremendo organismo. Luego se derrumbó, cómo un muñeco al cual le han cortado de repente los hilos que le sostienen.

Hermione quedó sentada, con la espalda apoyada contra el trozo de pared contiguo a la puerta. Tenía el pecho cubierto de sangre.

El fragor cesó apenas los forajidos hubieron caído. Entonces me incorporé lentamente con las manos en alto; no quería que me confundieran con uno de ellos.

—Baje las manos, doctor —dijo la voz de Sheppard. No sabía cómo había ocurrido aquello, que más parecía un milagro, pero lo cierto es que estaba vivo. Dejando la solución para más tarde, me acerqué a Hermione, arrodillándome a su lado.

Los ojos de la bella mujer me miraron de frente. No tardé en advertir que ya no veían nada. Su muerte había sido casi instantánea.

Me puse en pie al oír unos pasos detrás de mí. Giré la cabeza.

—El jefe está ahí dentro —dije a Sheppard—. Muerto.

—Sí —contestó el policía.

Volvió momentos después.

—De modo que era él —comentó.

—Sí.

Sheppard sacudió la cabeza.

—Bueno, creo que la limpieza está hecha.

—¿Por qué acudió cuando tenía que estar fuera? —pregunté.

—Intuí algo sospechoso en una misión encomendada tan oportunamente.

—¿Y ha desobedecido a sus jefes?

—A medias. Diré que no encontré nada, lo cual es cierto, porque no quise mirar demasiado. Hubiera perdido mucho tiempo, ¿comprende? Además, eso de los destiladores clandestinos de alcohol es para los hombres del Tesoro. No me quedó otro remedio que obedecer por disciplina, pero luego vine quemando etapas. Mi

informe señalará que me encontré en medio del jaleo y ahí sí que no podrán atacarme.

—Y habiendo muerto estos, no se atreverán a hacerle nada.

—Posiblemente estén bastante ocupados con defenderse a sí mismos. ¿No ha dicho que ha capturado un libro muy interesante?

—Sí. Venga conmigo; se lo entregaré, junto con el negativo. Lo tengo en el autoclave.

—¿Y el otro negativo, el de usted y Polly bailando?

Sonreí. Tenía motivos para ello.

—Lo tiene el propio Mike Glengan, aunque él mismo no lo sabe.

—¿Eh?

—Sí, está entre los apósitos que cubren su herida.

Sheppard me miró fijamente durante unos segundos. Luego se echó a reír.

—¡Cómo me gusta ser su amigo!

Y este fue uno de los mejores elogios que podían tributarme y el que más agradecí.

CAPÍTULO XXX

ESTA historia termina ya. Ahora el lector debe imaginarse un fundido cinematográfico, unas espirales de neblina girado en la pantalla, que luego van aclarándose poco a poco hasta dejar la imagen proyectada nítida y limpia.

Las primeras imágenes que saldrán, pues, en esta proyección final, serán las de Paulina y Mike. Sí, Paulina, la pizpireta, y Mike, el buen camarada de Corea, muy cogiditos de las manos y mirándose tiernamente con ojos de cordero degollado. Y yo, ayudado por Betty, disponiéndome en el antequirófano para la operación que tendrá lugar minutos después.

Una vez en situación, el lector escuchará la siguiente conversación:

—Ahora que ustedes se casarán —dijo Paulina—, necesitarán de Mike y de mí.

—¿Eh? —exclamé, un poco asombrado ante aquella proposición.

—Sí —continuó Paulina—. La señorita Concordia necesitará una doncella y usted un chofer y jardinero. Un doctor de su categoría no puede pasar con menos, ¿no es cierto, Mike?

—Por supuesto —contestó el aludido.

Miré a Betty.

—Y usted, claro, seguirá siendo mi enfermera personal.

—¿Quién lo ha dudado nunca, doctor? Vamos, el paciente está esperando.

—¿Podemos aguardar aquí? —preguntó Paulina ansiosamente.

—Claro.

Entré en el quirófano. Todo estaba ya listo para la operación. Ayudante, anestesista y enfermera auxiliar. Betty sería mi

enfermera principal y la que se encargaría de pasarme el instrumental.

Me acerqué a la mesa de operaciones. El paciente tenía cubierto el rostro por una sábana, excepto los ojos, que me miraban ansiosamente.

—Hola —saludé sonriendo.

Bajo la blanca sábana, Concordia contestó al saludo.

—Hola, Lark.

Tenía las manos en alto para evitar contactos sépticos. Me hubiera gustado acariciar el rostro de Concordia para darle ánimos, pero me resultaba imposible.

—Valor —dije suavemente.

—Lo tendré, Lark —contestó. Su voz era clara, serena.

Hice una levísima pausa. Luego ordené:

—¡Anestesia!

La sábana que cubría el rostro de Concordia fue apartada a un lado. Ahora había llegado la ocasión de demostrar que yo era el cirujano plástico más afamado. Y tenía que demostrarlo por la mujer a quien amaba.

FIN

Joe Mogar
**MUERTE PARA UNA
DAMISELA**



Un ejército de criminales
luchando por adueñarse de una ciudad

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Libros clásicos
del mundo
juvenil



precio:
30 ptas.

250 ilustraciones en
cada volumen.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



CRIMEN. S. A.

1001 crímenes impunes en diez años

LA PATRIA

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGÍA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestra época

T-MEN

Historias de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MI REINO

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

**CÍRCULO
ROJO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¿Quién es **bob morane?**



FICHA

Nombre y apellidos: BOB MORANE

Edad: Menos de 30 años.

Profesiones: Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se la piden)

Deportes que practica: Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación Paracaidismo.

Estatura: Alto.

Complexión: Atlético

Cabello: Rubio, muy corto.

Ojos: Azules acero

Situación militar: Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros
de aventuras que
leerá muchas veces.



COLECCION

marabú



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
795 — M.^a Adela Durango
CINCO MINUTOS

COLEC. "MADREPERLA"
691 — Jesús Navarro
LA MUCHACHA GRIS

COLECCION "ROSAURA"
625 — Delia Campos
MI ESPIA FAVORITO

COLECCION "AMAPOLA"
522 — María Morgan
NOCHES TORMENTOSAS

COLECCION "ALONDRA"
456 — Carlos de Santander
ENAMORADO DE TI

COLECCION "CAMELIA"
397 — Luis Masota
EN AMOR EN LA SELVA

COLECCION "CORAL"
69 — Corín Tellado
HABIA RENUNCIADO

COLECCION "CORAL"
598 — Corín Tellado
NO ERES TU

COLECCION "BISONTE"
116 — Fidel Prado
TRECE ENCARNADO

Col. "SERVICIO SECRETO"
600 — Clark Carrados
LA DAMA DEL ASPA ROJA

COLECCION "BUFALO"
433 — Orland Garr
DALLAS, 1890

COLECCION "TEXAS"
301 — M. Lafuente Estefanía
LA DAMA DEL ESTE

COLECCION "CALIFORNIA"
280 — Sam Fletcher
LOS PIONEROS

COLECCION "COLORADO"
225 — Tex Taylor
MANO AGIL

COLECCION "KANSAS"
191 — Meadow Castle
LA MARCA DE LOS
FLANAGAN

Col. "HEROES DEL OESTE"
173 — M. Lafuente Estefanía
EL VALLE DE LA MUERTE

COLEC. "ASES DEL OESTE"
143 — Raf Segtram
EL REY DE LOS ASESINOS

COLEC. "BRAVO OESTE"
55 — Alf. Regaldie
ALGUIEN TIENE QUE
MORIR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN



REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Cende, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchumtl, S. A. - Avda. Uruguay, 1ª
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA ASUN-
CION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 300 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Marlon Brando

El más original e independiente de los actores de la meca del cine, parece ser que recientemente ha contraído matrimonio con la actriz Rita Gam. Nació el 3 de abril de 1924, en Nebraska. Su última película ha sido "La rebelión de la Bounti".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1455

NOTAS

[1] **Oficial de Libertad Bajo Palabra.**